

EQUIPOS DE NUESTRA SEÑORA – ENS

EQUIPO RESPONSABLE INTERNACIONAL - ERI

Equipo Satélite de Formación Cristiana

ALBERGUE/CURSO DE CRISTOLOGÍA

SUMARIO

	INTRODUCCIÓN ¿QUIÉN ES JESUCRISTO PARA TI?	5
MESA 1	EL ACCESO A JESÚS DE NAZARET EN LA ESPERANZA HISTORICO-SALVIFICA DE ISRAEL	9
	1.1- La pregunta por Jesús de Nazaret	9
	1.2- Relación entre el Antiguo y el Nuevo Testamento	11
	1.3- El Dios de la promesa y el Pueblo de la Esperanza	13
	1.4- Nombres y títulos de Jesús	17
MESA 2	EL MINISTERIO PÚBLICO DE JESÚS DE NAZARET	21
	2.1- El Bautismo de Jesús	21
	2.2- Las tentaciones de Jesús	23
	2.3- El Reino de Dios, mensaje central de Jesús	26
	2.4- Los milagros de Jesús, signos del Reino de Dios	29
MESA 3	PASIÓN Y MUERTE DE CRUZ DE JESÚS DE NAZARET	33
	3.1- Jesús de camino a Jerusalén	33
	3.2- La última Cena	37
	3.3- La muerte de Jesús en la Cruz	39
	3.4- La muerte de Jesús como evento salvífico	42
MESA 4	LA RESURRECCIÓN Y ASCENSIÓN DE JESUCRISTO	45
	4.1- La resurrección de Jesucristo	45
	4.2- La Resurrección como fundamento de nuestra Fe	50
	4.3- Contenido de la fe en la resurrección de Jesús	51

4.4-	La Ascensión de Jesús	54
MESA 5	<i>EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS</i>	57
5.1-	El fin de la Encarnación	59
5.2-	La preexistencia del Verbo	61
5.3-	La persona de Jesucristo	62
5.4-	La conciencia de Jesucristo	63
5.5-	La Libertad en Jesús	65
5.6-	La Santidad de Jesucristo	66
MESA 6	JESUCRISTO EN LA CONFESIÓN DE FE Y ENSEÑANZA DE LA IGLESIA	68
6.1-	De los Apóstoles a los Padres de la Iglesia	68
6.2-	Jesús, verdadero Dios - Concilio de Nicea (325)	71
6.3-	Jesús es totalmente Hombre - Concilio de Constantinopla I (381)	75
6.4-	Jesucristo, una persona: la del Hijo de Dios - Concilio de Éfeso (431)	77
6.5-	Cristo, una persona en dos naturalezas - Concilio de Calcedonia (451)	80
6.6-	La voluntad humana de Cristo. Concilio de Constantinopla III (680-681)	83
MESA 7	JESÚS Y SU RELACIÓN CON	87
7.1-	Jesús y los Apóstoles	88
7.2-	Jesús y los pecadores	89
7.3-	Jesús y los enfermos	90
7.4-	Jesús y sus amigos	92
7.5-	Jesús ante sus enemigos	94
7.6-	Jesús y los niños	95

7.7-	Jesús y las mujeres	96
MESA 8	MARÍA, MADRE DEL HIJO Y MADRE NUESTRA	99
8.1-	La inesperada noticia de la Anunciación	99
8.2-	El gozo profundo en Belén	101
8.3-	La ofrenda de María en el Templo	102
8.4-	María, Maestra y Discípula de Nazaret	103
8.5-	El desgarramiento de María en el Calvario	105
	CONCLUSIÓN: CONOCER A JESUCRISTO Y SEGUIRLO	108
	BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA Y CITADA	111

INTRODUCCIÓN

¿QUIÉN ES JESUCRISTO PARA TI?

Si alguien te preguntara ahora: **¿Quién es Jesucristo para ti?** ¿Qué responderías? ¿Cómo responderías?

¿Te acuerdas de la respuesta de Pedro, cuando Jesús preguntó a sus discípulos: "Y vosotros, quién decís que soy yo?" Pedro respondió y dijo: "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo" (Mt 16, 13-20).

Hablar de Jesucristo es hablar de la esencia del cristianismo. La transmisión de la fe cristiana es, ante todo, el anuncio de Jesucristo. Es decir, en el centro de la catequesis cristiana encontramos esencialmente a la persona de Jesús de Nazaret, el Hijo unigénito del Padre, como nos enseña el Catecismo de la Iglesia Católica. (CIC, 422-429)

Cristo es el centro de la catequesis. Por eso, catequizar a alguien "debe revelar, en la persona de Cristo, todo el propósito de Dios [...]. Es tratar de entender el significado de los gestos y las palabras de Cristo y los signos llevados a cabo". El propósito de la Eucaristía dominical es "conducir a la comunión con Jesucristo: sólo Él puede conducirnos al amor del Padre en el Espíritu y hacernos partícipes en la vida de la Santísima Trinidad" (CIC, 426).

El Catecismo nos enseña quién es Cristo, pero esto no es suficiente. El Papa Francisco pidió "oración, adoración y reconocernos como pecadores para realmente conocer a Jesús".¹

Tomado de la carta de San Pablo a los Efesios, el Papa recordó que debe ser Cristo quien habite en nuestros corazones. "Ahí está el centro", dijo "¿Cómo podemos nosotros conocer a Cristo? ¿Cómo podemos entender el amor de Cristo que supera todo conocimiento?" preguntó.

“Cristo está presente en el Evangelio. Leyendo el Evangelio conocemos a Cristo. Y todos nosotros hacemos esto. Al menos escuchamos el Evangelio cuando vamos a Misa. El estudio del catecismo

¹ Homilía del Papa Francisco en la Misa matutina celebrada en la capilla de la Casa de Santa Marta, el 20 de octubre del 2016.

nos enseña quién es Cristo. Pero esto no es suficiente. Para ser capaces de comprender cuál es la amplitud, la longitud, la altura y la profundidad de Jesucristo es necesario entrar en un contexto, primero, de oración, como hace Pablo, de rodillas: ‘Padre envíame al Espíritu para conocer a Jesucristo’”.

Para conocer a Jesús, afirma el Papa, “es necesaria la oración, pero no solo orar, sino también adorar este misterio que supera todo conocimiento”, porque “no se conoce al Señor sin esta costumbre de adorar, de adorar en silencio. Adorar. Creo –si no me equivoco– que esta oración de adoración es la menos conocida por nosotros; es la que hacemos menos. Perder el tiempo –me permito decir– ante el Señor, ante el misterio de Jesucristo. Adorar. Y allí en silencio, el silencio de la adoración. Él es el Señor y yo lo adoro”, añadió.

Finalmente, “para conocer a Cristo es necesario tener conciencia de nosotros mismos, es decir, tener la costumbre de acusarnos a nosotros mismos, reconociendo que somos pecadores”. Es que, continuó el Papa, “No se puede adorar sin acusarse a sí mismo. Para entrar en este mar sin fondo, sin orilla, que es el misterio de Jesucristo, son necesarias estas cosas. La oración: ‘Padre, envíame al Espíritu para que Él me conduzca a conocer a Jesús’. Segundo: la adoración del misterio, entrar en el misterio, adorando. Y tercero: acusarse a sí mismo. Soy un hombre de labios impuros’. Que el Señor nos dé esta gracia que Pablo pide para los Efesios, también para nosotros, esta gracia de conocer y ganar a Cristo”

Entonces, ¿Qué significa creer en Jesucristo hoy? Su vida, su persona, su estilo de vida y su destino ¿me dicen algo todavía hoy?

Entrar en el corazón del sentido de creer en Jesucristo hoy implica responder a estas preguntas.

¿Qué es, entonces, la Cristología? ¿De qué se trata la Cristología? ¿Por qué es importante para cada cristiano el estudio de Cristología?

Cristología es una parte o un área de la teología cristiana² que trata del estudio de la persona y obra de Jesucristo; es decir, su naturaleza divina-humana, su encarnación, su revelación de Dios,

² La teología se divide en temas específicos a ser estudiados, tales como: Cristología, Mariología, Dogmática, Liturgia, Eclesiología, Escatología, Trinitaria, Biblia, etc. Siendo Jesucristo el centro de la revelación y de la vida cristiana, parece justo entender a la Cristología como la cuestión central para justificar y legitimar el estudio de otros

milagros, sus enseñanzas, su muerte, resurrección y ascensión, su intercesión en nuestro favor, su oficio de juez, su posición de Cabeza de todas las cosas, su centralidad en el misterio de la voluntad de Dios.³

¿Cuál es la etimología de la palabra "*Cristología*"?

Christos, es una palabra que viene de la traducción griega del término hebreo "Mesías", que quiere decir "ungido". Jesús es el "Mesías", esto es, el "ungido de Dios". Así, *Christos* es uno de los títulos de la primitiva comunidad cristiana que expresa la fe que profesaban en Jesús de Nazaret, Salvador de la humanidad.

Logia, significa estudio, doctrina, tratado, reflexión.

Por lo tanto, la (palabra) *Cristología* significa el estudio y la reflexión de la persona de Jesús, de su mensaje, de sus acciones, de su muerte y resurrección. Es una reflexión de fe, que nace dentro de la comunidad de los apóstoles y discípulos que vivieron con Jesús y los que creyeron por primera vez en su testimonio, y que crece, se alimenta y se mantiene viva y eficaz hasta hoy.

La reflexión de la *Cristología* católica es necesaria, ya que la Iglesia Católica es Cristo-céntrica, es decir tiene a Jesucristo como el centro de su existencia y misión. Como nos dice la constitución dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia, Cristo es la luz de los pueblos. Por eso, "todos los hombres somos llamados a esta Unión con Cristo, luz del mundo, que hemos visto, por quien vivimos, y para la cual caminamos".⁴

El centro de la fe cristiana es, sin duda, Cristo. Saber quién es Jesucristo y tener conocimiento de su propuesta, es el auténtico camino para decidirse por Él en cada situación de vida, hasta la decisión final y la ley de la muerte. Jesús, el Cristo, es el divisor de los tiempos, ya que están escritos "antes de Cristo" y "después de Cristo" en todo el mundo.

La *Cristología* es también responsable de lo que predica la Iglesia Católica. La misión de la Iglesia en todos los tiempos es anunciar a Jesús, el Cristo. La enseñanza Católica quiere siempre promover

temas, ya que todo habla de Jesucristo.

³ CHAMPLIN, R. N. *Enciclopedia de Biblia, teología e filosofía*. Vol. 1, São Paulo: Editorial Hagnos, 2002.

⁴ Constitución Dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia, nº 3.

el encuentro personal con el Cristo viviente. De donde, es necesario conocer a Jesucristo para presentarlo de modo auténtico a toda persona humana.

El Mesías es la gran esperanza del pueblo de Israel en el Antiguo Testamento. Esta esperanza se da a toda la humanidad con la venida de Jesucristo, es decir, aquel que fue prometido para cumplir esta esperanza. Él es un hombre. Él es histórico.

Pero, Él también es divino. Él es el ungido de Dios. Sus obras lo revelan como el Cristo y Él revela la voluntad de Dios: que toda la humanidad sea libre de la esclavitud y las tinieblas del pecado. Él aplastó la cabeza de la serpiente, fue un ejemplo de obediencia a Dios y rescató al ser humano, haciéndolo capaz de volver a la comunión con Dios.

En este Albergue/Curso, encontraremos los siguientes Mesas o Capítulos:

1. El acceso a Jesús de Nazaret en la esperanza histórico-salvífica de Israel
2. El Ministerio Público de Jesús de Nazaret
3. Pasión y Muerte de Cruz de Jesús de Nazaret
4. La Resurrección y Ascensión de Jesucristo
5. El Misterio de la Encarnación del Hijo de Dios
6. Jesucristo en la confesión de fe y enseñanza de la Iglesia
7. Jesús y su relación con...
8. María, Madre del Hijo y Madre Nuestra

El curso/albergue de Cristología contiene una reflexión sobre Jesucristo, la cual tiene como objetivo ayudar a responder a la pregunta inicial, hecha por Cristo a sus discípulos, **¿quién decís que soy yo?** (Mt 16:15).

Mesa 1

EL ACCESO A JESÚS DE NAZARET EN LA ESPERANZA

HISTORICO-SALVIFICA DE ISRAEL

Al sentarnos a esta Mesa lo primero que deseamos conocer es su objetivo. Para comprender a Jesucristo, su persona, su mensaje y su obra de salvación, es importante considerar el ambiente religioso de Israel. Este contexto de fe y esperanza de Israel es el que Jesús y sus discípulos vivieron. Es volviendo sobre sus caminos que podemos conocerlo mejor. Es reconociendo el desarrollo de la revelación de Dios en la historia salvífica de Israel y en sus tradiciones donde podemos descubrir cómo el Antiguo Testamento apunta hacia Jesús, pero también, cómo Él lleva a su pleno cumplimiento la Ley y los Profetas.

1.1- La pregunta por Jesús de Nazaret

La pregunta por Jesús de Nazaret, por su historia, por su persona, su obra y su mensaje, ha estado presente desde los comienzos de la comunidad cristiana. En Pentecostés, el Espíritu Santo le da a los discípulos una repentina iluminación de toda la obra y persona de Cristo. Pedro concluye su discurso de Pentecostés con la solemne definición: “Sepa, pues, con certeza, toda la casa de Israel, que Dios ha constituido a ese Jesús que vosotros habéis crucificado, Señor (Kyrios) y Mesías” (Hch 2,36). Desde ese día, la comunidad primitiva empezó a releer la vida de Jesús, su muerte y su resurrección, en forma diferente; todo pareció claro, como si un velo hubiera caído de sus ojos (cf. 2 Co 3,16).

La Iglesia sin la iluminación del Espíritu Santo no podría penetrar en la profundidad del misterio de su Señor Jesucristo. San Pablo llega a afirmar que “nadie puede decir: Jesús es el Señor, si no en el Espíritu Santo” (1 Cor 12,3). Atribuye al Espíritu Santo “la comprensión del misterio de Cristo” que se le ha dado a él, como a todos los santos apóstoles y profetas (cf. Ef 3,4-5); dice además que los creyentes serán capaces de “comprender la amplitud, la longitud, la altura y la profundidad y conocer el amor de Cristo, que excede todo conocimiento” sólo si son “fortalecidos por el Espíritu” (Ef 3,16-19).

En el evangelio de Juan, Jesús mismo anuncia esta obra del Paráclito respecto de él. Él tomará de lo suyo y lo anunciará a los discípulos; les recordará todo lo que él ha dicho; los conducirá a la verdad plena sobre su relación con el Padre y le dará testimonio (cf. Jn 16,7-15).

Esto permite poner en claro que en el Nuevo Testamento (NT), la historia de Jesús no puede comprenderse como una biografía en el sentido moderno de la expresión. Los evangelios, inspirados por el Espíritu Santo, son testimonios de fe de los testigos privilegiados, que buscan, a la vez, suscitar la fe en Jesús en su plena significación como “Cristo” y “Señor”.

Desde el siglo XVIII, dominados por el espíritu de la Ilustración, surgieron preguntas como: ¿El Jesús histórico es el mismo que el Cristo de la predicación de los apóstoles y de la Iglesia? ¿Son los evangelios narraciones históricas o invención de los discípulos de Jesús?

De esto, el resultado fue la división entre el “Jesús de la historia” y el “Cristo de la fe” que alcanzó gran popularidad. En otras palabras, no interesa saber quién es Jesucristo, sino quién ha sido en la realidad de la historia.

Benedicto XVI, en su libro Jesús de Nazaret, constata, con preocupación para la fe, que este debate ha dejado la impresión de que sabemos pocas cosas ciertas sobre Jesús y que la fe de los apóstoles y de la Iglesia en su divinidad es la que ha plasmado su imagen. Para entender esto mejor, digamos que, para los buscadores del Jesús de la historia, el presupuesto común era que para encontrar al verdadero Jesús, hay que buscar fuera de la Iglesia, desatarlo de las vendas del dogma eclesiástico, por ello el testimonio válido es el histórico y no el testimonio apostólico de la Iglesia.

Benedicto XVI, corrigiendo al “método histórico crítico”, afirma que la existencia histórica de Jesús de Nazaret es la única razón que explica el origen de los evangelios. Estos, por su propia naturaleza, son el “recuerdo” de los individuos dentro de la comunidad cristiana guiada por el Espíritu Santo. En este sentido, afirma que la resurrección es el acontecimiento que despertó este “recuerdo” de la historia de Jesús y que permitió entrar en el interior de lo sucedido, esto es, en esa relación entre los hechos y las palabras del Señor.

En la cristología católica se está convencido de que la única posibilidad para entrar en contacto con el verdadero Jesús de Nazaret es mediante la fe de la Iglesia animada por el Espíritu Santo y solo a través de ella se remonta uno a su fuente.

1.2- Relación entre el Antiguo y el Nuevo Testamento⁵

Recordemos que para conocer mejor a Jesús de Nazaret es fundamental situarlo en el horizonte de la fe y de la esperanza salvífica de Israel. El AT no es sólo necesario, sino esencial para comprender la persona, el mensaje y la obra de Jesús en el NT. De esto dan testimonio todos los libros del NT.

1.2.1- Jesucristo y el Antiguo Testamento

En los evangelios, y el resto del NT, Jesús es presentado como Aquel en quien se cumplen las Escrituras. El propio Jesús introdujo la interpretación de sí mismo refiriéndose a las Escrituras en la sinagoga de Nazaret (cf. Lc 4,14-30). En su predicación Jesús anuncia la cercanía del reino de Dios con su venida. También después de la Pascua, en el camino de Emaús, y Jesús le advierte a sus discípulos la necesidad de conocer las Escrituras para entender que ellas apuntan hacia él y en él alcanzan cumplimiento (cf. Lc 24,25-27, 44-45).

Por último, existe consenso en que Jesús de Nazaret recurrió a títulos presentes en la Escritura para presentarse a sí mismo como: «Hijo de David» (Mc 12,35-37), «Siervo del Señor» (Lc 4,16-30), “Hijo del hombre” (Lc 12,8).

De forma breve podemos describir algunas características de la interpretación que Jesús da a la Escritura como sigue:

- Jesús, al interpretar la Escritura en relación consigo mismo, indica claramente que lo anunciado por medio de Moisés y los profetas, alcanza en Él su cumplimiento (cf. Mt 5,17). Además, ilumina y da sentido a cada etapa de la historia de Israel.
- Jesús, al hacer uso de la Escritura, por ejemplo, en las tentaciones o en sus discusiones con los escribas y fariseos, reafirma que el AT conserva su valor propio de revelación (cf. Mc 12,29-31).
- Una tercera es la novedad del evento de Jesucristo. En relación con la Escritura, Jesús también revela en el poder de su palabra y de su obra la superación de los esquemas anteriores. Por ejemplo: en la controversia sobre el sábado, la idea del mesías, del siervo de

⁵ Cf. Angelo Amato, *Jesús el Señor*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2002, 59-69; cf. G. O'COLLINS, *Christology. A biblical, historical, and systematic study of Jesús*, 22-24; cf. B. FORTE, *Gesú di Nazaret, storia de Dio, Dio della storia*, 67-74. Recordamos para lo que sigue que cuando Jesús y el NT se refieren a las “Escrituras” aluden más exactamente a la Ley, los Profetas y otros libros, por ejemplo, los Salmos.

Yahvé y del Hijo del hombre que en Jesús adquieren un nuevo significado y realización definitiva.

1.2.2- La primitiva comunidad cristiana y el Antiguo Testamento

El AT fue para la primitiva comunidad cristiana y autores del NT, la principal fuente para articular sus convicciones sobre Jesús, su mensaje, su obra, su muerte y resurrección e iluminar la novedad de su acontecimiento. La lectura de algunos textos deja ver que los cristianos leen el AT a la luz de Cristo muerto y resucitado.

En el evangelio de Lucas, Jesús Resucitado explica todo lo referente a Él en las Escrituras a los discípulos de Emaús (cf. Lc 24, 32). Pedro, en su primer discurso, dice a los Israelitas: «A Jesús, el Nazareno, hombre acreditado por Dios ante vosotros con milagros, prodigios y signos que Dios realizó por su medio entre vosotros, como vosotros mismos sabéis, a éste, que fue entregado según el *determinado designio* y previo conocimiento de Dios, vosotros lo matasteis clavándole en la cruz por mano de unos impíos; a éste Dios lo resucitó librándole de los lazos del Hades, pues no era posible que lo retuviera bajo su dominio; porque *David dice* refiriéndose a El: "Veía constantemente al Señor delante de mí, puesto que está a mi derecha, para que no vacile" (Hch, 2,22-25). También Pablo acude a las Escrituras: "Cristo murió por nuestros pecados, *según las Escrituras*, que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, *según las Escrituras*" (1 Cor 15,3). También la catequesis cristiana primitiva recurrió constantemente al AT (cf. 1 Co 5,6-8; 10,1-11).

El *Catecismo de la Iglesia Católica* recuerda que ya desde los tiempos apostólicos, la tradición de la Iglesia ha leído el AT a luz de su cumplimiento en Jesucristo mediante muchas imágenes y eventos de la historia del AT que, de manera profética, anuncian lo que acontecerá en Jesús. Por ejemplo, la imagen del nuevo Moisés referida a Jesús; Jesús como el Sumo Sacerdote prefigurado por Melquisedec; el siervo sufriente de Isaías como anticipación del Jesús obediente hasta la muerte. Esto sirvió para ver las "obras de Dios en la Antigua Alianza" como "prefiguraciones de lo que Dios realizó en la plenitud de los tiempos en la persona de su Hijo encarnado" (CIC, 128).

A. Amato destaca la función preparatoria del AT, así: "Si el NT proclama que Jesús es el Cristo, nos remite al AT; a partir de éste es de donde hemos de aprender qué significa ser 'Cristo', 'Hijo de

David' e 'Hijo de Dios', 'Hijo del hombre' y 'Siervo de Dios', y también 'expiación' y 'reconciliación', 'salvación' y 'redención'".⁶

Esta mutua iluminación entre el AT y el NT:

- a) afirma la función preparatoria del AT con respecto a la venida de Jesucristo;
- b) evita pretender comprender el evento de Jesucristo sin el AT; y,
- c) advierte las dificultades de una interpretación literal e inmediata del AT.

1.3- El Dios de la promesa y el Pueblo de la Esperanza⁷

Para Israel, su futuro siempre estuvo guiado por la esperanza del cumplimiento de las promesas de Dios. Abraham escuchó la voz de Dios y partió como el Señor le había dicho (cf. Gn 12,1-9), apoyado sólo en las promesas de su Dios. Desde aquel instante, Israel fue siempre un pueblo peregrino a la espera de la promesa.

Esta relación entre Dios y su pueblo no fue siempre armoniosa y tranquila. La historia de Israel está marcada por la permanente tensión entre las promesas de Yahvé y la espera de ese futuro. En esta tensión, dice B. Forte, "del encuentro y el desencuentro entre la experiencia y la promesa, nace la expresión más profunda del alma del AT: el mesianismo".⁸ El papel del "mesianismo" fue conservar vivo el recuerdo de la promesa de Dios en cada momento de la historia de Israel. Por esto, la esperanza mesiánica es la espina dorsal del AT, que a lo largo de su historia toma diferentes formas como profeta, rey, sacerdote e incluso como Sabiduría de Dios.

1.3.1- El mesianismo profético⁹

Moisés es el prototipo de profeta. A Moisés le fue confiada la Palabra de la Promesa de manera original y que permaneció viva y eficaz a través de los profetas en las diferentes circunstancias del pueblo. Hace parte de esta promesa un nuevo profeta semejante a él: "Yo les suscitaré, de en medio de sus hermanos un profeta semejante a ti, pondré mis palabras en su boca, y él les dirá todo lo que yo le mande" (Dt 18, 18).

⁶ ANGELO AMATO, *JESÚS EL SEÑOR*, Biblioteca de Autores Cristianos, MADRID, 2002, 68.

⁷ Cf. A. AMATO, *Jesús el Señor*, 59-107; cf. B. FORTE, *Gesú di Nazaret, storia de Dio, Dio della storia*, 67-74.

⁸ B. FORTE, *Gesú di Nazaret, storia de Dio, Dio della storia*, 73.

⁹ Para lo que sigue, B. FORTE, *Gesú di Nazaret, storia de Dio, Dio della storia*, 74-77.

En este texto, el propio Moisés dibuja las principales características del profeta:

- a) llamado por Dios personalmente; y,
- b) su misión es ser la voz de Dios para su pueblo y la voz de los hombres para Dios (cf. Dt 18, 15.18).

La esperanza de Israel adquiere diferentes configuraciones dependiendo de las situaciones históricas. Así, en los tiempos de tranquilidad, esta esperanza despierta la conciencia de pueblo de Dios en Israel. En tiempo de exilio, la esperanza se alienta con el anuncio de un profeta que restaurará a Israel, un profeta de los últimos tiempos, algo así como otro Elías (cf. Ml 3, 23) o un nuevo Moisés. En tiempos de Jesús, en medio del pueblo judío se tiene una gran expectativa por un nuevo mesías profeta, un profeta como Moisés, que restablezca la Ley de Dios y la alianza definitiva.

En el NT, Jesús es reconocido no solo como uno de los profetas del AT, sino como el ungido en quien Dios cumple todas sus profecías (cf. Lc 9, 8; Lc 24, 44-45). En este sentido, Benedicto XVI subraya que: “Mateo nos presenta a Jesús como el nuevo Moisés, en el sentido profundo que precedentemente hemos visto a propósito de la promesa de un profeta que relata el Libro del Deuteronomio”.¹⁰

1.3.2- El Mesianismo Real¹¹

En el AT la esperanza de la salvación está estrechamente ligada a la estirpe del rey David. Esta esperanza tiene su raíz histórica en la promesa de Dios que el profeta Natán anuncia al rey David: “Tu casa y tu reino permanecerán para siempre ante ti; tu trono estará firme, eternamente” (2 Sam 7,16).

El testimonio de Jeremías, en los años que preceden la destrucción de Jerusalén, anuncia un comienzo nuevo en el que Dios suscitará “a David un Germen justo; reinará un rey prudente, practicará el derecho y la justicia en la tierra” (Jr 23,5). Ezequiel, profeta del exilio, no renuncia a esperar un nuevo David (cf. Ez 37, 24s; 34, 23; 17, 22-24). Después del exilio, la esperanza del reino del Mesías futuro se anuncia como un evento escatológico inminente y universal.

¹⁰ BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret I*, 92.

¹¹ Para lo que sigue, B. FORTE, *Gesù di Nazaret, storia de Dio, Dio della storia*, 78-81; A. AMATO, *Jesús el Señor*, 70-78.

En el NT, el evangelista Lucas, en la anunciación, el Ángel presenta a Jesús con los rasgos de un personaje real que necesariamente remite a la esperanza “mesiánica real” del AT, dice: “El será grande, se le llamará Hijo del Altísimo y el Señor su Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin” (Lc 1, 32-33). También la promesa de Zacarías 9, 9 sirve al evangelista Marcos (11, 1-11), y es citado expresamente por Mateo y Juan para hacer comprender el “Domingo de Ramos”: “Decid a la hija de Sion: He aquí que tu Rey viene a ti, manso y montado en un asno y un pollino, hijo de animal de yugo” (Mt 21, 5; cf. Jn 12, 15).¹²

1.3.3- El Mesianismo Sacerdotal¹³

En el AT se encuentra una corriente mesiánica sacerdotal. Por su parte, en el NT, los cristianos recurrieron a la imagen sacerdotal para expresar su experiencia y confesión en Jesús. Recordemos que también aquí algunos ajustes fueron hechos con respecto al AT:

- a) Desde Moisés y todo el AT, el sacerdocio está estrechamente vinculado a la familia de Levi, por esto se les llama Levitas. A éstos les es confiado ofrecer el sacrificio y la mediación en el culto entre Dios y el pueblo (cf. Dt 33, 8-11).
- b) Cuando se funda la monarquía, el rey permanece como el verdadero sacerdote de Israel (cf. Sal 110). Su sacerdocio es según el orden de Melquisedec, sacerdote del Altísimo: “Tu eres por siempre sacerdote, según el orden de Melquisedec” (Sal 110, 4; cf. Gn 14, 17-20).
- c) Después de la caída de la monarquía, el sacerdocio comienza a absorber también funciones reales. El sumo sacerdote se convierte en el único auténtico representante del pueblo y el verdadero mediador de salvación (cf. Lv 4, 3.5.16). Además, se empieza a gestar la esperanza mesiánica sacerdotal, como se ve en Ezequiel (cc. 40-48), y en la visión de Zacarías (alrededor del 520 a.C.) que introduce la figura de Josué como sumo sacerdote (cf. Za 3, 1-7).
- d) Sobre la última etapa, A. Amato escribe: “en el siglo anterior a la era cristiana se vuelve a encender la espera mesiánica ligada a un Mesías sacerdotal de los últimos tiempos. En

¹² Cf. BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret II*; J. GNILKA, *Jesús de Nazaret*, 334-336.

¹³ A. AMATO, *Jesús el Señor*, 78-83; B. FORTE, *Gesú di Nazaret, storia de Dio, Dio della storia*, 81-83.

definitiva, hacia el cumplimiento en Jesucristo, que, siendo Hijo de David, es también sacerdote eterno según el rito de Melquisedec (cf. Hb 5, 10)”.¹⁴

1.3.4- El Mesianismo Apocalíptico

Nos queda por examinar la espera de un mediador que viene totalmente de lo alto: “es el mesianismo de la figura de la esperanza pura, absoluta, de la espera de la intervención divina por excelencia, que justifica las expectativas más radicales y, en este sentido, más contradictorias ante el presente”.¹⁵

Tres son las figuras centrales de la intervención de Dios en el mesianismo apocalíptico de Israel: el Ángel de Yahvé, la Sabiduría de Dios y la figura del Hijo del Hombre del profeta Daniel 7, 13-14.

1.3.4.1- El Ángel de Yahvé

Desde los Patriarcas hasta antes del exilio, esta figura viene a veces identificado con Yahvé, otras, actúa en su nombre y es distinto de él. El Ángel de Yahvé tiene la función de revelar la voluntad y la salvación de Dios (cf. Ex 3, 2) y, también, de interceder ante Él (cf. Zc 1, 12). Después del exilio, llega a ser objeto de espera mesiánica, según el pasaje de Malaquías, escrito cerca del 470 a.C.: “Voy a enviar a mi mensajero a allanar el camino delante de mí, y en seguida vendrá a su templo el Señor a quien vosotros buscáis; y el Ángel de la alianza que tanto deseáis, ya llega, dice Yahvé Sebaot” (Ml 3, 1).

1.3.4.2- La Sabiduría de Dios

La Sabiduría es otra de esas figuras del AT que prepara el significado de la persona de Jesús de Nazaret, “Sabiduría de Dios”, como dice San Pablo (cf. 1 Co 1, 24-30). Mediante la figura de la Sabiduría, la salvación se hace próxima aquí y ahora.

La Sabiduría tiene caracteres proféticos (cf. Pr 1, 20-23), sacerdotales (cf. Pr 9, 1-6) y reales (cf. Pr 8, 12-36). La Sabiduría participó en la creación del mundo (cf. Sb 9,9; Pr 3, 19-20; 8, 28-29). La mediación salvífica y la benevolencia de la Sabiduría se dirige a Israel y a toda la humanidad (cf. Si 24, 6-8; Sb 10, 15).

¹⁴ A. AMATO, *Jesús el Señor*, 82-83.

¹⁵ B. FORTE, *Gesù di Nazaret, storia de Dio, Dio della storia*, 84.

De esta forma la figura de la Sabiduría recibe los trazos mesiánicos de un mediador que desciende de los cielos.

1.3.4.3- El “Hijo del Hombre”

Esta expresión de origen hebreo frecuente en Ezequiel y que significa simplemente un hombre, ser débil y mortal, en el profeta Daniel parece designar un hombre que supera la condición humana, figura celestial y apocalíptica (cf. Dn 7, 2-27). Este misterioso Hijo de hombre, de origen celeste, es entronizado por parte de Dios como rey con poder universal y eterno. De acuerdo con los evangelios Sinópticos, Jesús empleó esta figura para aludir a sí mismo al hablar sobre su vida y obra en la tierra (cf. Mt 8, 20; 11, 19), de su muerte y resurrección (cf. Mc 8, 31) y, además, de su gloriosa venida en el juicio final (cf. Mc 8, 38; 13, 26-27). En el evangelio de san Juan el “Hijo del hombre”, gana un nuevo significado en boca de Jesús, esto es, una figura personal pre-existente (cf. Jn 3, 13; 6, 62)¹⁶.

1.4- Nombres y títulos de Jesús

Con el propósito inicial y para ilustrar la contribución que el AT le da al mensaje cristológico del NT, aproximémonos a algunos títulos y nombres con los cuales Jesús viene designado en el NT: el nombre de Jesús, Cristo, Hijo de Dios y Señor.

1.4.1- Jesús

Los nombres bíblicos generalmente contienen un significado teológico. Esto sucede con el nombre de Jesús. En la anunciación el ángel Gabriel le pide a José que al niño que va a nacer le ponga el nombre de «Jesús» y le explica su significado: «porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1, 21).

El nombre “Jesús”, en hebreo, quiere decir: “Dios salva”. El nombre “Jesús” contiene el nombre de Dios revelado a Moisés: “Yahvé”. La salvación que Dios trae para su pueblo no es solo liberación de la esclavitud de Egipto, sino, del pecado.

¹⁶ Cf. G. O'COLLINS, *Christology*, 62-67; B. FORTE, *Gesù di Nazaret, storia de Dio, Dio della storia*, 84-86; A. AMATO, *Jesús el Señor*, 100-103.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* dice: “El nombre de Jesús significa que el Nombre mismo de Dios está presente en la Persona de su Hijo (cf. Hch 5, 41; 3 Jn 7)” (CIC, 432)

1.4.2- Cristo

La palabra “Cristo” viene de la traducción griega del término hebreo “Mesías”, que significa “ungido”. En Israel el término *Mesías* designaba a aquellos que eran *ungidos-consagrados* por Dios para una determinada misión: los reyes, los sacerdotes y en ocasiones los profetas.

Como “Cristo”, Jesús es el Profeta, el Sacerdote y el Rey. En este sentido, el *Catecismo de la Iglesia Católica* nos ayuda a entender lo que estudiábamos antes sobre la esperanza mesiánica en Israel, cuando dice: “Jesús cumplió la esperanza mesiánica de Israel en su triple función de sacerdote, profeta y rey” (CIC, 436).

En el NT, Jesús es presentado desde su nacimiento como el Mesías prometido a Israel (cf. Lc 2, 11). En el momento de su bautismo Jesús es el consagrado: “Dios le ungió con el Espíritu Santo y con poder” (Hch 10, 38). Los primeros cristianos identificaron a Jesús muy pronto como el Mesías. Esto no es el resultado de un desarrollo tardío, se encuentra en las formulaciones del kerigma, confesiones e himnos (cf. 1 Ts 1, 1; Flp 2, 6-11).

La palabra “Cristo” pasó a designar su identidad y su actividad, y así a ser nombre propio de Jesús, porque “Él cumple perfectamente la misión divina que esa palabra significa” (CIC, 436).

1.4.3- Hijo de Dios¹⁷

En el AT este título es dado a los ángeles, al pueblo elegido (cf. Os 11, 1), también a personajes como a los reyes (cf. Sal 82, 6; 2 S 7, 14), o a un justo. Este título indica el carácter particular de la relación que Dios tiene con la persona elegida.

En el NT, la voz del cielo en el bautismo y en la transfiguración, y la manera tan personal e íntima como Jesús se dirige a Dios como Padre y su propia resurrección (cf. Rm 1,4; Ga 1,16), contribuyeron a fijar esta expresión como un título propio de Jesús.

¹⁷ Cf. G. O’Collins, *Christology*, 62-67; E. G. FARRUGIA, “Hijo de Dios”, *Diccionario abreviado de teología*, 171.

Jesús acepta la confesión de fe de Pedro como “el Cristo, el Hijo de Dios vivo” (Mt 16, 16) y le responde con solemnidad: “no te ha revelado esto ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (Mt 16, 17).

Pero, esta revelación viene dada mediante el propio Jesús, como dice el *Catecismo de la Iglesia Católica*: “Si Pedro pudo reconocer el carácter trascendente de la filiación divina de Jesús Mesías, es porque éste lo dejó entender claramente” (CIC, 443). Este título ocupa un lugar central en los evangelios; por ejemplo, Marcos empieza y concluye su evangelio proclamando a Jesús como “Hijo de Dios” (cf. Mc 1, 1; 15, 39), y es utilizado sobre todo por Pablo (cf. *Ga* 1, 15-16) y Juan (cf. Jn 20, 31).

La confesión de Jesús como hijo de Dios “será, desde el principio (cf. 1 Ts 1, 10), el centro de la fe apostólica (cf. Jn 20, 31) profesada en primer lugar por Pedro como cimiento de la Iglesia (cf. Mt 16, 18)” (CIC, 442). El significado de esta confesión de fe, lo resume W. Kasper, así: “la profesión de fe en Jesucristo como el hijo de Dios es un resumen que expresa lo esencial y lo específico de la totalidad de la fe cristiana. Sin la profesión de fe en Jesús como el hijo de Dios no puede existir la fe cristiana”.¹⁸

1.4.4- Señor

En la Biblia hebrea *Yahvé* – el nombre de Dios revelado a Moisés que los judíos evitaban pronunciar por respeto a su trascendencia – era llamado *Adonái*, “Señor mío”.

En la tradición griega de los Setenta se convierte en *Kyrios* que significa *Señor*.

En el AT, *Señor* es la forma más habitual para designar la divinidad del Dios de Israel.

En los evangelios, con mucha frecuencia, Jesús es llamado “Señor” (cf. Mt 8, 2; 14, 30; 15, 22). Al atribuir a Jesús el título de “Señor” que originalmente se le da a Yahvé, el Dios de Israel y Creador, se está reconociendo, como pertenecientes a Jesús, el poder, el honor, la gloria y la divinidad propia de Dios Padre (cf. Hch 2, 34-36; Rm 9, 5; Tt 2, 13; Ap 5, 13).

Para Pablo, Dios Padre, resucitando a Jesús de entre los muertos y exaltándolo a su gloria, le da a Él su mismo nombre y manifiesta su divina soberanía: «Por eso Dios lo exaltó y le otorgó el Nombre,

¹⁸ W. KASPER, *Jesús, el Cristo*, 189.

que está sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo es el SEÑOR para gloria de Dios Padre» (Flp 2, 9-11)¹⁹.

Para reflexionar:

- 1) La palabra Cristo viene del término Mesías que significa Ungido. En Israel Mesías se designaba a una persona que era “ungida” para una misión. Como pareja equipista ¿se consideran ungidos, dispuestos a cualquier misión que su equipo o el Movimiento les llame? ¿Por qué? ¿Cómo lo han demostrado? ¿Qué les falta para ser verdaderos Mesías?

- 2) Si Jesús es presentado como Aquel en quien se cumplen las Escrituras. Nosotros creemos en ese Jesús de Nazaret, su historia, su persona, su obra y su mensaje. ¿Estamos haciendo que las Escrituras se cumplan en nuestra vida?

¹⁹ Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 446-451; J. L. GRESHAM, *Jesús. God and Man*, 50-53.

MESA 2

EL MINISTERIO PÚBLICO DE JESÚS DE NAZARET

Para conocer una persona se requiere encontrarse con ella, compartir con ella, conocer su pensamiento, sus proyectos y sus ideales. Pero cuando la persona que queremos conocer no es contemporánea a nosotros debemos acudir a los testimonios de quienes la han conocido, compartido su destino y transmitido sus recuerdos.

Jesús vivió en un lugar delimitado y en un momento de la historia. Muchos hombres y mujeres lo conocieron, recogieron su mensaje, lo siguieron. Estos lo siguieron como discípulos y fueron constituidos como comunidad.

La Iglesia es esa comunidad que sigue a Jesucristo, que conserva su memoria, que ofrece al mundo su testimonio y tiene en Él su esperanza. La Iglesia se experimenta unida y sostenida por Él para cumplir la misión de darle a conocer como Salvador de la humanidad y presente en nuestra historia.

Este es el objetivo de esta Mesa 2: conocer a Jesús mediante la lectura de algunos momentos centrales de su vida pública empezando por el Bautismo, sus tentaciones, su enseñanza sobre el Reino de Dios y su poder de hacer milagros.

2.1- El Bautismo de Jesús²⁰

Jesús, con su bautismo en el río Jordán por Juan el Bautista, inauguró su ministerio público (cf. Lc 3, 23; Hch 1, 22). Para entender el bautismo de Jesús es necesario conocer el significado del bautismo llevado a cabo por Juan.

Juan proclamaba, como dice Lucas, “un bautismo de conversión para el perdón de los pecados” (Lc 3, 3). Este está íntimamente unido a su inexorable predicación del juicio de Dios. Importante notar

²⁰ Cf. Joseph Ratzinger Benedicto XVI. *Jesús de Nazaret I: Del Bautismo en el Jordán a la transfiguración*. Editorial Planeta, 2011.

que la predicación de Juan y su bautismo están en continuidad con la corriente de esperanza mesiánica del pueblo de Israel en el AT que se presentó en la Mesa 1.

En tiempo de Juan Bautista eran usuales los baños sagrados y las purificaciones con agua. Sin embargo, la predicación de Juan trae consigo algo nuevo: la urgencia de la conversión y la necesidad del bautismo para el perdón de los pecados. Todo esto está simbolizado en las fases del Bautismo. Se trata de un baño completo del cuerpo. La inmersión en las aguas fluyentes del río Jordán es sobre todo símbolo de vida. Se trata de una purificación de la suciedad del pasado para poder estar listos para el Reino de Dios que está por llegar.

Los evangelios dan testimonio de que una multitud de pecadores, publicanos y soldados (cf. Lc 3, 10-14), fariseos y saduceos (cf Mt 3, 7) y prostitutas (cf Mt 21, 32) viene a hacerse bautizar por Juan.

Es innegable que Jesús fue bautizado por Juan. De este hecho dan testimonio los relatos evangélicos (cf. Mc 1, 9-11; Mt 3, 14-15; Lc 3, 21-22; Jn 1, 29-30. 33-34).

El bautismo de Jesús por Juan Bautista es, en primer lugar, un acontecimiento de revelación de su misterio de Hijo de Dios y de su misión mesiánica ungido por el Espíritu de Dios. Jesús no necesitaba someterse al bautismo de Juan para cambiar su vida o confesar sus pecados, pues Él estaba sin pecado. Sin embargo, Él se puso en la fila de la multitud de personas que aguardaban el perdón de sus pecados para sumergirse en su destino común, se hace uno con ellos, uno de ellos, carga desde ya la culpa de toda la humanidad.

De este modo, mediante el evento de su propio bautismo, Jesús inaugura el misterio de nuestra redención. Jesús toma el puesto de los pecadores. Se deja contar entre los pecadores (cf. *Is* 53, 12). Por consiguiente, el Bautismo de Jesús es la aceptación anticipada de su muerte por los pecados de la humanidad. La voz del cielo: “Este es mi hijo amado” (Mt 3, 17), es también la aceptación del Padre de la muerte redentora de su Hijo que tendrá su plenitud en la Resurrección.

También el evangelio de Juan relaciona el bautismo de Jesús con la redención sacrificial del cordero Pascual. Juan Bautista presenta a Jesús a sus discípulos como el “cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1, 29). Incluso en la Liturgia estas palabras son pronunciadas antes de la

comuni3n. Esta expresi3n en boca de Juan Bautista, despu3s del bautismo de Jes3s, anticipa e ilumina el sentido redentor de la muerte de Jes3s en la cruz (cf. Jn 1,29).

En el bautismo, Jes3s fue ungido por el Esp3ritu Santo para su triple misi3n mesi3nica como profeta, sacerdote y rey. Jes3s recibe el Esp3ritu por nosotros, para d3rselo en plenitud a todos aquellos que creen en 3l y se unen a 3l mediante el bautismo (cf. Hechos 1, 5; 2, 38). Este momento es el primer testimonio de la elecci3n voluntaria de Jes3s a su entrega para la salvaci3n de los otros.

En el bautismo de Jes3s tambi3n la Sant3sima Trinidad es manifestada. Los cuatro evangelios iluminan el misterio trinitario del bautismo de Jes3s. El Hijo es bautizado y en el momento de la salida del agua, el cielo se abre y desciende el Esp3ritu que permanece sobre 3l en forma de paloma, y, finalmente, el Padre desde el cielo da a conocer a Jes3s como su Hijo amado. Estos hechos son de gran importancia. El que los cielos se abran sobre Jes3s muestra esa 3ntima comuni3n con el Padre. Jes3s realiza su elecci3n en profunda adhesi3n al querer del Padre. Luego, el mismo Padre proclama la misi3n de Cristo, una misi3n que m3s all3 de **hacer**, es una misi3n de **ser** su hijo predilecto pleno de su Esp3ritu (cf. CIC, 536).

2.2- Las tentaciones de Jes3s²¹

Los tres Evangelios sin3pticos nos cuentan que inmediatamente despu3s de su bautismo por Juan, Jes3s, "impulsado por el Esp3ritu", va al desierto. All3 permaneci3 sin comer durante cuarenta d3as; al final de estos, Satan3s le tienta tres veces. El objetivo del Tentador es proponerle a Jes3s otra manera de llevar a cabo ser Mes3as, Hijo de Dios, en favor de la humanidad. En el centro de las tentaciones est3 el aspecto de la "elecci3n mesi3nica" de Jes3s.

Jes3s, "despu3s de ayunar cuarenta d3as con sus cuarenta noches, al final sinti3 hambre" (Mt 4, 2). "Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes" (Mt 4, 3). As3 dice la primera tentaci3n.

En los evangelios hay otros dos relatos relacionados con el pan que nos ayudan a entender la gravedad de esta primera tentaci3n.

²¹ Cf. Joseph Ratzinger Benedicto XVI. *Jes3s de Nazaret I: Del Bautismo en el Jord3n a la transfiguraci3n*. Editorial Planeta, 2011.

El primero es el de la multiplicación de los panes para las miles de personas que lo habían seguido a un lugar desértico. ¿Por qué se hace en este momento lo que antes había rechazado como tentación? La gente había llegado para escuchar la palabra de Dios y para ello habían dejado todo lo demás, y así, como personas que han abierto su corazón a la Palabra de Dios anunciada por Jesús ahora están preparadas para recibir el pan que Jesús multiplica.

El segundo es en la última cena, que se convierte en la Eucaristía de la Iglesia y el milagro permanente de Jesús sobre el pan. Jesús mismo se ha convertido en grano de trigo que, muriendo, da mucho fruto (Jn 12, 24). Él mismo se ha hecho pan para nosotros, y esta multiplicación durará inagotablemente, hasta el fin de los tiempos. De este modo entendemos ahora las palabras de Jesús que toma del Antiguo Testamento (Dt 8, 3) para rechazar al tentador: "No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios".

En la segunda tentación de Jesús, una vez que el diablo ha constatado que al hombre de Jesús no le basta la mera satisfacción del hambre corporal, le ofrece el placer de emociones excitantes de mayor intensidad. Esta tentación entraña una especial amenaza para el hombre Jesús en su condición de Hijo de Dios y su misión. En primer lugar el diablo cita el Salmo 91, 11, que habla de la protección que Dios ofrece al hombre fiel: "Porque a sus ángeles ha dado órdenes para que te guarden en tus caminos; te llevarán en sus palmas, para que tu pie no tropiece en la piedra".

La respuesta de Jesús, también tomada de las escrituras (Dt 6,16) es: "¡No tentaréis al Señor, vuestro Dios!". Este pasaje alude a las vicisitudes de Israel que ante el peligro de morir de sed en el desierto, se rebela contra Moisés el profeta de Dios. Esta rebelión contra Dios se describe en la Biblia de la siguiente manera: "Tentaron al Señor diciendo: ¿Está o no está el Señor en medio de nosotros?" (Ex 17, 7).

Esta escena sobre el pináculo del templo hace dirigir la mirada también hacia la cruz. Cristo no se arroja desde el pináculo del templo. No salta al abismo. No tienta a Dios. Pero ha descendido al abismo de la muerte, a la noche del abandono, al desamparo propio de los indefensos. Se ha atrevido a dar este salto como acto del amor de Dios por los hombres. Y por eso sabía que, saltando, sólo podía caer en las manos bondadosas del Padre. Así se revela el verdadero sentido del Salmo 91.

En la tercera y última tentación, el diablo conduce al Señor en una visión a un monte alto. Le muestra todos los reinos de la tierra y su esplendor, y le ofrece dominar sobre el mundo si se postra ante él y lo adora.

Hay dos notables escenas equivalentes en la vida de Jesús que nos ayudan a entender esta última tentación. El Señor resucitado reúne a los suyos "en el monte" (cf. Mt 28, 16) y dice: "Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra" (Mt 28, 18).

Aquí hay dos aspectos nuevos y diferentes. El Señor tiene poder no solamente en la tierra y en lo que se ve, sino en el cielo. A ello se añade el segundo aspecto: Jesús recibe este poder del Padre en su resurrección. Esto confirma que este poder del Resucitado presupone la cruz, presupone su muerte, presupone el otro monte, el Gólgota, donde murió clavado en la cruz.

La otra escena ocurre cuando Pedro pronunció en nombre de los discípulos su confesión de fe en Jesús Mesías-Cristo, el Hijo del Dios vivo. Pero precisamente en este momento crucial se presenta el tentador y el peligro de ponerlo todo al revés. El Señor explica inmediatamente que el concepto de Mesías debe entenderse desde la totalidad del mensaje profético: no significa poder mundano, sino la cruz y la nueva comunidad completamente diversa que nace de la cruz. Pero Pedro no lo había entendido en estos términos: "Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparle: ¡No lo permita Dios, Señor! Eso no puede pasarte" (Mt 16,22).

Sólo leyendo estas palabras sobre el trasfondo del relato de las tentaciones entenderemos la respuesta increíblemente dura de Jesús: "¡Quítate de mí vista, Satanás, que me haces tropezar!, ¡tú piensas como los hombres, no como Dios!" (Mt 16, 23).

Pero Jesús nos dice también lo que objetó a Satanás, lo que dijo a Pedro y lo que explicó de nuevo a los discípulos de Emaús: ningún reino de este mundo es el Reino de Dios, ninguno asegura la salvación de la humanidad en absoluto. El reino humano permanece humano, y el que afirme que puede edificar el mundo según el engaño de Satanás, hace caer el mundo en sus manos.

Los evangelistas en sus narraciones hacen notar que las tentaciones enfrentadas por Jesús recapitulan las tentaciones de Adán en el Paraíso y las de Israel en el desierto, e indican el sentido salvífico de este acontecimiento misterioso (CIC, 539). En síntesis, veamos como expresan el sentido salvífico de este momento en la vida de Jesús:

- Jesús como nuevo Adán vence con su obediencia la desobediencia del primer Adán.
- Los cuarenta días de ayuno de Jesús recuerda los cuarenta años de la rebeldía de Israel contra Dios en el desierto. Jesús, por su parte, cumplió perfectamente la vocación de Israel (CIC, 539).
- Donde Adán e Israel fallaron, Jesús vence y abre para la humanidad un camino nuevo de obediencia y fidelidad.
- Cristo se revela como el Siervo de Dios totalmente obediente a la voluntad del Padre (CIC, 539).
- La victoria de Jesús es un anticipo de la victoria de la Pasión, acto supremo de obediencia y amor del Hijo al Padre (CIC, 539).

El Catecismo de la Iglesia destaca el mesianismo de Jesús sobre las tentaciones, y afirma: “La tentación de Jesús manifiesta la manera que tiene de ser Mesías el Hijo de Dios, en oposición a la que le propone Satanás y a la que los hombres le quieren atribuir. Por eso Cristo ha vencido al Tentador en beneficio nuestro.” (CIC, 540).

2.3- El Reino de Dios, mensaje central de Jesús²²

El contenido central de la predicación de Jesús es el tema del “Reino de Dios”. Por eso solo podemos entenderlo desde la totalidad de su mensaje.

Jesús comienza su vida pública anunciando, como en una especie de síntesis del contenido fundamental de su mensaje, la cercanía del reino Dios: “Se ha cumplido el plazo, está cerca el Reino de Dios; convertíos y creed la Buena Noticia” (Mc 1, 15). Mateo, por su parte, resume las palabras y la actividad de Jesús de la siguiente manera: “Recorría toda Galilea, enseñando en las sinagogas y proclamando el Evangelio del Reino” (Mt 4, 23).

Desde el punto de vista histórico, el contenido del mensaje de Jesús sobre el Reino de Dios, tiene su fundamento en el AT y recogía las aspiraciones y expectativas más hondas de Israel.

Recordemos lo dicho en la Mesa 1. En el Judaísmo de la época de Jesús la idea de la soberanía de Dios hacía parte de la liturgia del Templo y de la vida diaria del Judío devoto que rezaba: “Escucha,

²² José Ramón Busto Saiz, *Cristología para empezar*.

Israel: El Señor nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas...” (*Dt* 6, 4; 11, 13; cf. *Nm* 15, 37-41). Israel vivía de esta fe, por esto, cuando oyen hablar de la venida de Dios la esperanza despierta en su corazón de que Dios libraría pronto a Israel de la opresión extranjera y establecerá en medio de ellos la justicia, la paz y la dignidad.

Jesús fue un verdadero israelita. Sin embargo, al proclamar que el reino de Dios está cerca, dentro de ustedes o ha llegado a ustedes, hay algo nuevo. La novedad del anuncio y de la irrupción del “reino” es la obra de Jesús.

Los evangelios muestran lo sorprendente que resultó para Israel la declaración de Jesús: “El reino de Dios ya ha llegado”. Está aquí. Su seguridad causó perplejidad en unos y entusiasmo en otros. Ahora digámoslo con claridad, en Jesús la gran novedad del anuncio del reino de Dios es simplemente Dios mismo. Dios es el centro y es su soberanía sobre el mundo que de un modo nuevo se hace realidad en la historia. Los teólogos llaman esto con la expresión “teocentrismo” del reino.

Benedicto XVI explica la centralidad de Dios en el anuncio del reino en los siguientes términos:

“Hablando del Reino de Dios, Jesús anuncia simplemente a Dios, es decir, al Dios vivo, que es capaz de actuar en el mundo y en la historia de un modo concreto, y precisamente ahora lo está haciendo. Nos dice: Dios existe. Y además: Dios es realmente Dios, es decir, tiene en sus manos los hilos del mundo. En este sentido, el mensaje de Jesús resulta muy sencillo, enteramente teocéntrico. El aspecto nuevo y totalmente específico de su mensaje consiste en que Él nos dice: Dios actúa ahora; esta es la hora en que Dios, de una manera que supera cualquier modalidad precedente, se manifiesta en la historia como su verdadero Señor, como el Dios vivo”.²³

Pero esta gran novedad de la soberanía de Dios que de un modo nuevo se hace próxima a la humanidad tiene una profunda relación con la persona y la obra de Jesús.

El Catecismo nos enseña el significado de esta relación: “Jesús acompaña sus palabras con numerosos ‘milagros, prodigios y signos’ (*Hch* 2, 22) que manifiestan que el reinado de Dios está presente en Él. Ellos dan testimonio de que Jesús es el Mesías anunciado (CIC, 547). Los teólogos reconocen esta relación como el “cristocentrismo” del Reino de Dios.

Jesús es el que anuncia y revela el Reino. Lo que queremos decir es que el Reino de Dios acontece en Jesús y con Jesús. Él, para llevar a cabo la voluntad salvífica del Padre, inauguró en la tierra el Reino de los cielos (cf. CIC, 541).

²³ Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret I*, 83.

De este modo se entiende que el reinado de Dios es lo que Dios realiza por medio de Jesús y que éste no existe al margen o fuera de Jesús. Él es el lugar donde el reinado de Dios acontece para la humanidad y se hace accesible a todo hombre en la relación con Jesús.

Ante esta dimensión “cristocéntrica” del Reino de Dios, el Papa Benedicto XVI escribe:

“La nueva proximidad del reino de la que habla Jesús, y cuya proclamación es lo distintivo de su mensaje, esa proximidad del todo nueva reside en Él mismo. A través de su presencia y su actividad, Dios entra en la historia aquí y ahora de un modo totalmente nuevo, como Aquel que obra. Por eso ahora ‘se ha cumplido el plazo’ (Mc 1, 15); por eso ahora es, de modo singular, el tiempo de la conversión y el arrepentimiento, pero también el tiempo del júbilo, pues en Jesús Dios viene a nuestro encuentro. En Él ahora es Dios quien actúa y reina, reina de modo divino, es decir, sin poder terrenal, a través del amor que llega “hasta el extremo” (Jn 13, 1), hasta la cruz”.²⁴

Jesús también orienta esta realidad del Reino hacia el futuro, hacia su plena acreditación y consumación. El definitivo establecimiento del Reino de Dios pasa por la Cruz y todo hombre es invitado a acoger el mensaje del Reino que vendrá y que alcanzará su plenitud cuando Cristo entregue toda la creación y humanidad redimidas al Padre (Rom 8, 18-25; 1 Cor 15, 24-28).

Lo que hemos dicho nos advierte que el reino de Dios no se entiende a la luz de definiciones. Además porque Jesús habla constantemente del “reino de Dios”, pero nunca explica directamente en qué consiste. Él llama a entrar en el Reino a través de las parábolas, rasgo típico de su enseñanza.

Al describir el reino de Dios con diferentes parábolas, Jesús nos introduce en un acontecimiento que nos implica con sus exigencias, exige una elección radical por Él para alcanzar el Reino, esto es, hacerse su discípulo.

Una de las parábolas más típicas, empleadas por Jesús para describir el Reino, es la de los invitados al banquete (Mt 22, 1-14). Según esta parábola, hay comensales que están invitados por su propio derecho: el pueblo judío, teóricamente cumplidor de la ley. Pero estos invitados no quieren ir al banquete. Entonces el rey manda a invitar a otros: los necesitados, los pobres y los pecadores, para recibir el regalo del Reino. Todos están llamados al Reino a disfrutar del amor gratuito e incondicional de Dios. A esto Mateo va a añadir un detalle sobre el invitado que no lleva el vestido de fiesta, con lo quiere subrayar la necesidad de corresponder a esta invitación.

El mensaje de Jesús acerca del reino recoge también afirmaciones que expresan la insignificancia de este Reino en la historia: es como un grano de mostaza, la más pequeña de todas las semillas. Es

²⁴ Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret I*, 88.

como la levadura, una parte muy pequeña en comparación con toda la masa, pero determinante para el resultado final.

Para terminar, indicamos brevemente algunas de las características del anuncio del reino de Dios:

- El Reino de Dios está estrechamente vinculado con la presencia y actividad de Jesús.
- El Reino de Dios llega para todos y llega gratuitamente. Todos los hombres están llamados a entrar en el Reino. Éste está destinado a acoger a los hombres de todas las naciones. (cf. CIC, 543).
- Los primeros destinatarios del Reino de Dios son los pobres y los pequeños (cf Lc 4, 18), es decir, los que lo acogen con un corazón humilde. El Catecismo de la Iglesia nos enseña que: “Jesús, desde el pesebre hasta la cruz comparte la vida de los pobres; conoce el hambre, la sed, y la privación. Aún más: se identifica con los pobres de todas clases y hace del amor activo hacia ellos la condición para entrar en su Reino.” (CIC, 544).
- Los primeros llamados a participar en el Reino son los pecadores: “No he venido a llamar a los justos sino a los pecadores” (Mc 2, 17). Les invita a la conversión mostrándoles la palabra y la misericordia infinita de Dios Padre hacia ellos (cf. CIC, 545).

2.4- Los milagros de Jesús, signos del Reino de Dios

En los Evangelios encontramos muchas referencias a los milagros de Jesús. En la primera parte del Evangelio de Marcos, por ejemplo, la proclamación del reino de Dios es en torno a los milagros de Jesús. Resulta difícil, si se quiere hablar de Jesús, no hablar de los milagros que Él realizó. Las fuentes cristianas lo afirman de manera unánime: “Recorría toda Galilea... proclamando la buena noticia del reino y curando toda enfermedad y dolencia en el pueblo” (Mt 4, 23; cf. Mc 1, 39; Lc 6, 18; Mt 9, 35).

Sin querer decir con esto que se pueda probar el carácter histórico de cada uno de los milagros tal como los encontramos en los evangelios, existe el consenso de que es históricamente innegable que Jesús fue considerado por sus contemporáneos como un curador y exorcista de gran prestigio.²⁵

En el período después de la Pascua, el recuerdo de los milagros de Jesús quedó grabado en los primeros cristianos como lo dice Pedro: “Ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, pasó

²⁵ Cfr. J.A. Pagola, *Jesús. Aproximación histórica*, 161.

haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él” (Hch 10, 38).

Ante este hecho innegable podemos preguntarnos cuál es el lugar y el significado de los milagros en la totalidad del mensaje y la obra de Jesús. El Catecismo de la Iglesia Católica nos ofrece en síntesis lo fundamental:

- Los milagros son signos de la cercanía del reino de Dios: “Jesús acompaña sus palabras con numerosos ‘milagros, prodigios y signos’ (Hch 2,22) que manifiestan que el Reino está presente en Él.” (CIC, 547).
- Los milagros revelan y dan testimonio de Jesús como el Mesías: “Ellos atestiguan que Jesús es el Mesías anunciado” (CIC, 547); y añade: “Los signos que lleva a cabo Jesús testimonian que el Padre le ha enviado” (CIC, 548).
- Los milagros invitan a creer en Jesús como Hijo de Dios: “Concede lo que le piden a los que acuden a él con fe. Por tanto, los milagros fortalecen la fe en Aquel que hace las obras de su Padre: estas testimonian que él es Hijo de Dios” (CIC, 548).
- Los milagros son signos de la misión mesiánica liberadora de Jesús: “Al liberar a algunos hombres de los males terrenos del hambre, de la injusticia, de la enfermedad y de la muerte, Jesús realizó unos signos mesiánicos; no obstante, no vino para abolir todos los males aquí abajo, sino a liberar a los hombres de la esclavitud más grave, la del pecado” (CIC, 549).

En definitiva, los milagros son signos de la presencia del Reino de Dios en Él. Para Jesús, la curación de los enfermos y la liberación de los endemoniados no son hechos aislados, sino que forman parte de su proclamación del reino de Dios. Ésta es su manera de anunciar a todos esta gran noticia de que Dios está ya actuando en medio de ellos.

En los Evangelios no se emplea la expresión “milagro” para describir las acciones prodigiosas de Jesús, más bien se habla de acciones poderosas, de fuerza de Jesús, o de signos o señales, obras en las que actúa el poder y fuerza sanante de Dios.²⁶ A la primera parte del Evangelio de Juan se la llama también “El libro de los Signos”.

Para la Biblia, milagro es un hecho inusual, inexplicable, incomprensible, inesperado, algo que maravilla y que permite a Dios sacar a la gente de su indiferencia y centrar su atención en Él²⁷. Los milagros de Jesús, más que acontecimientos extraordinarios contra o sobre la naturaleza, hay que

²⁶ Cf. Hans Kessler, *Manual de Cristología*.

²⁷ Cf. Gerhard Lohfink, *Jesús of Nazareth*.

considerarlos primeramente como un poderoso sostenimiento y reforzamiento de las fuerzas de la naturaleza y del hombre por parte de Dios.

En este contexto es importante tener presente que Dios nunca interviene en el mundo de tal forma que suprime o desconoce las leyes de la naturaleza, la libertad y la independencia del hombre, ni reemplaza con su acción lo que el ser humano debe hacer. El milagro no destruye el orden de la naturaleza de las cosas, sino que las lleva a su plenitud. Así ocurre con la gracia de Dios que no destruye la acción del hombre, pero hace posible que ésta sea realidad en auténtica libertad e independencia.

Esto es visible en los milagros de curación de Jesús; estos son posibles solo cuando alguien cree, tiene fe.

La fe como gracia de Dios eleva todas las capacidades humanas: libertad, conciencia e inteligencia a la aceptación de la persona de Jesús y su salvación. Un ejemplo se tiene en la mujer que sufre flujo de sangre, Jesús le dice: “Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz y queda curada de tu enfermedad” (Mc 5, 34). Su fe la ha curado, su fe en Jesús como el salvador. Sin la fe de la mujer ella no hubiera sido curada. Por esto, Jesús no cura grupo de personas sino solamente individuos. Los milagros de Jesús están condicionados, podemos decir, a la fe de personas concretas que libremente se abren a Él²⁸.

Un milagro no se produce para que las personas tengan fe. Sino al contrario, las personas que tienen fe podrán ver el milagro; para las personas que no tienen fe, un milagro podrá ser visto quizá solamente como un hecho extraordinario o maravilloso. Si la fe no está presente, el milagro no puede suceder.

En Nazaret, Marcos nos dice explícitamente que Jesús no pudo hacer allí ningún milagro por la incredulidad de la gente (Mc. 6, 5-6). El milagro se experimenta como acción de Dios sólo en la fe. Por tanto, no fuerza a la fe. El milagro más bien la pide y la confirma.

Finalmente, siguiendo a Gerhard Lohfink, retengamos algunas características de los milagros de Jesús:

- Jesús no actuaba con magia o utilizaba amuletos o palabras mágicas.
- La fe es parte del milagro. Jesús pedía fe para que el milagro pudiera efectuarse.
- Los milagros son para otras personas, Jesús nunca hacia milagros para sí mismo.

²⁸ Cf. Gerhard Lohfink, *Jesús of Nazareth*, 140-142.

- La misericordia que Jesús muestra con las personas no es pura simpatía por ellas, sino una imagen de la misericordia de Dios con su pueblo.
- Cada milagro revela una muestra del nuevo Cielo y la nueva Tierra.

Para reflexionar:

- 1) ¿Cuáles tentaciones han encontrado o siguen enfrentando en su vida? ¿Cómo hacen para vencerlas?
- 2) En su proceso de conversión, ¿han sido conscientes de la infinita misericordia de Dios Padre?
- 3) Un milagro no se produce para que las personas tengan fe. Si la fe no está presente, el milagro no puede suceder. ¿Han sentido en alguna o algunas ocasiones un milagro en su vida? ¿Cuándo? ¿Cómo han impactado esos momentos en su espiritualidad conyugal?

Mesa 3

PASIÓN Y MUERTE DE CRUZ DE JESÚS DE NAZARET

Toda la vida y el ministerio de Jesús tienen como objetivo el reino de Dios. Este reino no es algo abstracto, ni vago, lo hemos visto en la Mesa 2. En Jesús se hace presente el reino de Dios en el poder de su palabra y de su actuación curativa. Los “milagros, prodigios y signos” que acompañan sus palabras revelan que Él es el Mesías, el Hijo de Dios.

En esta Mesa 3, la realidad del reinado de Dios se hace visible e histórica en la pasión y muerte de Jesús de Nazaret. Aquí es donde se encuentran las palabras y los acontecimientos decisivos de la vida de Jesús. Para la comunidad cristiana primitiva, Jesús con su pasión y muerte en la cruz abrió la posibilidad de la salvación para todos los hombres (cfr. Mt 26, 28). San Pablo dice: “Cristo murió por nuestros pecados de acuerdo a las Escrituras” (1 Cor 15, 3).

Este es el objetivo en esta Mesa 3, recorrer el camino de Jesús hasta la cruz como el camino de su obediencia y entrega al Padre en el Espíritu, que incluía el don incondicional del Hijo a los hombres, con todas sus consecuencias, incluida la pasión y la muerte para reconciliarnos con Dios.

3.1- Jesús de camino a Jerusalén²⁹

3.1.1- El anuncio de su pasión con la subida a Jerusalén

“A partir del día en que Pedro confesó que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios vivo, el Maestro ‘comenzó a mostrar a sus discípulos que Él debía ir a Jerusalén, y sufrir... y ser condenado a muerte y resucitar al tercer día’ (Mt 16, 21).” (CIC, 554).

En primer lugar destacamos el hecho de que la confesión de fe de Pedro en Cesárea de Filipo abre una nueva fase en la historia de Jesús (cfr. Mt 16, 13-20; Mc 8, 27-30; Lc 9, 18-21). La discusión de Jesús con Pedro pone de manifiesto el centro de la problemática: la identidad del Mesías.

²⁹ Gunther Borkman, *Jesús de Nazaret*, Ediciones SÍGUEME, Salamanca, 1975.

La idea mesiánica de Pedro es todavía la del Mesías glorioso y terrestre. Se puede decir, que esta es la idea que aún persiste en la gente que ha escuchado la enseñanza de Jesús y ha visto sus milagros. Jesús recrimina a Pedro y lo invita a tomar la cruz, seguirlo hasta Jerusalén: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Mt 16, 24; Mc 8, 34; Lc 9, 23).

Jesús inicia una nueva etapa de la pedagogía de su mesianismo y del anuncio del reino de Dios. El introduce sus discípulos en un mesianismo que está profundamente marcado por la experiencia del siervo sufriente de Yahvé.

Esta decisión de ir a Jerusalén es sin duda un momento decisivo de la historia de Jesús. Él se pone en marcha con sus discípulos porque había que dar a conocer también en Jerusalén el mensaje del reino inminente de Dios. Jerusalén es para Jesús, como para todos los judíos, no solamente la capital del país, sino el lugar al que está ligado el destino de Israel, la salvación de Dios.

Este primer aspecto permite movernos a un segundo que indaga por los motivos que impulsaban a Jesús en su decisión de subir a Jerusalén. El Catecismo de la Iglesia Católica subraya la obediencia, la libertad y la conciencia de Jesús frente a la muerte, dice: “Sucedió que como se iban cumpliendo los días de su asunción, Él se afirmó en su voluntad de ir a Jerusalén” (Lc 9, 51). Por esta decisión, manifestaba que subía a Jerusalén dispuesto a morir. (CIC, 557)

Es en Jerusalén donde todo profeta debe acreditar su misión: “Conviene que hoy y mañana y pasado siga adelante, porque no cabe que un profeta perezca fuera de Jerusalén” (Lc 13, 31-33).

Aun previendo proféticamente su muerte martirial, Jesús sube a Jerusalén, mostrando de este modo su voluntad salvífica: “Jesús recuerda el martirio de los profetas que habían sido muertos en Jerusalén. Sin embargo, persiste en llamar a Jerusalén a reunirse en torno a él” (CIC, 558).

Jesús es consciente de que su pueblo no quiere reconocer el tiempo de su venida y del rechazo de la salvación que en Él le es ofrecida. Esta conciencia de Jesús se hace explícita cuando cuenta la parábola del propietario que envió su propio hijo para recibir el producto de su viña, pero los labradores lo echaron fuera y lo mataron (cf. Mt 21, 33-41).

Los Evangelios mantienen con fidelidad la conexión entre:

- la confesión de fe de Pedro;

- la decisión de Jesús de subir a Jerusalén; y
- el anuncio de su pasión tres veces en su camino a la ciudad santa (cfr. Mt 20, 17-19).

Pero es particularmente Lucas quien establece una conexión rigurosa entre la confesión de fe de Pedro, a la que Jesús une la predicción de su pasión (Lc 9, 18-22), la invitación a tomar la propia cruz para seguirle (Lc 9, 23-27) y además el relato de la transfiguración, percibida como un anticipo de la resurrección glorificadora.

3.1.2- La entrada de Jesús en Jerusalén

El relato de los Evangelios de la entrada en Jerusalén, y sobre todo la historia propiamente dicha de su pasión y de su muerte, se distingue de todos los relatos anteriores por los detalles y por el enlace de los acontecimientos. Los Evangelios cuentan la historia de manera que se haga visible la mano de Dios, y para mostrar que Jesús es el que da pleno cumplimiento de las Escrituras.

Numerosos textos de los profetas y de salmos aparecen en la narración, no solamente en citas explícitas, sino también detrás de muchos detalles o alusiones.

En la entrada de Jesús a Jerusalén debemos notar primero un detalle que no resulta tan evidente al lector de hoy, que Marcos en su narración está describiendo una entrada real. La escena describe la entrada del rey en su ciudad, la llegada del Mesías a Sion. Aquí, Jesús está tomando posesión de su ciudad.

Este es el sentido, en primer lugar, de la presencia del borrico que nadie había montado y sobre el cual Jesús entra en la ciudad. “Este hecho para los judíos contemporáneos de Jesús está cargado de referencias misteriosas. En cada uno de los detalles está presente el tema de la realeza y sus promesas”³⁰. Se alude a las palabras de Génesis 49, 10, y al pasaje de Zacarías 9, 9, que Mateo y Juan citan explícitamente: “Exulta sin medida, hija de Sión, lanza gritos de gozo, hija de Jerusalén! He aquí que viene a ti tu rey: justo y victorioso, humilde y montado en un asno, en un pollino, cría de asna”.

Jesús quiere que se entienda su camino y su actuación sobre la base de las promesas del AT, que se hacen realidad en Él. Su exigencia se funda en la obediencia a los mandatos del Padre. Sus pasos

³⁰ Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret II*, 14.

son un caminar por la senda de la Palabra de Dios. Su poder es de carácter diferente: reside en la pobreza, en la paz de Dios, que Él considera el único poder salvador.³¹

Otros signos en los Evangelios también hacen presente el tema de la realeza. Este es el caso de los ramos y los mantos tendidos en el piso para que Jesús pase sobre ellos, junto con la exclamación “¡Hosanna!” que originalmente era una expresión de súplica: “¡Ayúdanos!”. “También el echar los mantos tiene su sentido en la realeza de Israel (cf. 2 R 9, 13). Lo que hacen los discípulos es un gesto de entronización en la tradición de la realeza davídica y, así, también en la esperanza mesiánica”.³²

Benedicto XVI presenta tres sentimientos: “una alabanza jubilosa a Dios en el momento de aquella entrada; la esperanza de que hubiera llegado la hora del Mesías, y al mismo tiempo la petición de que fuera instaurado de nuevo el reino de David y, con ello, el reinado de Dios sobre Israel”.

Por el último, el Catecismo de la Iglesia subraya la conexión entre la entrada triunfal en Jerusalén y el reino de Dios: “La entrada de Jesús en Jerusalén manifiesta la venida del Reino que el Rey-Mesías, recibido en su ciudad por los niños y por los humildes de corazón, va a llevar a cabo por la Pascua de su Muerte y de su Resurrección” (CIC, 570).

3.1.3- La purificación del templo

Marcos nos dice que Jesús, después de su entrada como Mesías-Rey en la ciudad de David, se dirigió al templo, lo estuvo observando todo y, siendo ya tarde, se fue a Betania (cf. *Mc* 11, 11). Al día siguiente volvió al templo (cf. *Mc* 11, 15). La secuencia de los eventos permite pensar que la relación que Jesús hace entre su entrada a Jerusalén y su inmediata visita al templo no es accidental.

Entre los estudiosos de la Biblia existe consenso en decir que al expulsar los vendedores y cambistas del templo, Jesús realizó una acción simbólica, como fue usual en los profetas como Isaías y Jeremías.

Esta no es la única acción simbólica; Jesús hizo otras: las comidas con los pecadores, la elección de los doce, la entrada a Jerusalén, la última cena. En una palabra, fue una acción profética de Jesús (cf. *Mc* 11, 15-17; *Mt* 21, 12-13; *Lc* 19, 45-46; *Jn* 2, 13-19).

³¹ Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret II*, 15.

³² Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret II*, 16.

Nos queda la pregunta, al tratarse de una acción simbólica profética, ¿qué quiso Jesús dar a entender con ello?

Se han dado varias interpretaciones del hecho. Sugerimos aquí brevemente la interpretación que nos da el Papa Benedicto XVI:

- Jesús explica con sus propias palabras este gesto simbólico. En la primera parte, Jesús enseñaba, nos dice Marcos: “¿No está escrito: Mi casa será llamada casa de oración para todas las gentes?” (*Mc* 11, 17a). Aquí la doctrina de Jesús sobre el templo, refleja la visión universalista del profeta Isaías (56, 7), de un futuro en el que, en la casa de Dios, todos los pueblos adorarán al Señor como único Dios. Por tanto, según su palabra, la intención de Jesús es despejar el espacio del templo para la adoración de todos.
- En la segunda parte de la enseñanza de Jesús, nos dice Marcos: “¡Pero vosotros la tenéis hecha una cueva de bandidos!” (*Mc* 11, 17b). Jesús funde la visión universalista de Isaías con la visión del profeta Jeremías. Este último, lucha apasionadamente para que el culto debido a Dios en el templo no este separado de la práctica de la justicia querida por Dios con los demás hombres.
- Para completar el significado de la alusión al profeta Jeremías, el Papa se apoya de nuevo en el evangelio de Juan cuando refiere la palabra de Jesús sobre el templo: “Destruid este templo y yo en tres días lo levantaré” (*Jn* 2, 19). Ésta será la verdadera señal que Jesús dará a los que se la piden. “Su ‘señal’ es la cruz y la resurrección”. Y, concluye: “El rechazo a Jesús, su crucifixión, significa al mismo tiempo el fin del templo. La época del templo ha pasado. Llega un nuevo culto en un templo no construido por hombres. Este templo es su Cuerpo, el Resucitado que congrega a los pueblos y los une en el sacramento de su Cuerpo y su Sangre. Él mismo es el nuevo templo de la humanidad”³³.

3.2- La última Cena

En la última cena Jesús asumió anticipadamente su muerte en el momento en que se entregó en la Eucaristía. Así, desde dentro, transformó su muerte en un acto de amor, de sacrificio por nuestros

³³ Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret* II, 33-34.

pecados y de glorificación de Dios. Este momento recoge todo el sentido de la misión de Jesús. “De este modo todas las parábolas – todo el mensaje sobre el Reino de Dios - se ponen bajo el signo de la cruz”.³⁴

Las palabras y los gestos con los que Jesús se entregó a sí mismo a sus discípulos en el pan y el vino son el núcleo de la tradición de la Última Cena. Este relato de la institución se encuentra en los Evangelios sinópticos (cf. Mc 14, 22-24; Mt 26, 26-28; Lc 22, 17-20), pero, además también en la Primera Carta de san Pablo a los Corintios (cf. 11, 23-26).

- Las palabras de la institución iluminan *la libre y voluntaria ofrenda* que Jesús hace de sí mismo. “Jesús expresó de forma suprema la ofrenda libre de sí mismo durante la cena con los doce Apóstoles, en ‘la noche en que fue entregado’ (1Co 11, 23)” (CIC, 610).
- Las palabras y los gestos de Jesús muestran también la conciencia personal que Él tiene de su propia muerte como *sacrificio de expiación*, cuando dice que su Cuerpo será entregado y su Sangre será derramada para el perdón de los pecados (cf. CIC, 611). Jesús conscientemente une este momento con la Cruz. Asumiendo este lenguaje que viene de los profetas y transformándolo en un lenguaje personal, Jesús expresa que Él es el sacrificio real y definitivo.
- Además, con estos gestos proféticos de la entrega del pan y del vino, que entrega a sus discípulos para ser compartidos por todos, Jesús convierte aquella cena de despedida en una gran *acción sacramental*, la más importante de su vida, la que mejor resume su servicio al reino de Dios. Jesús quiere dejar grabado para siempre este gesto en la memoria de sus discípulos. “Para esto Jesús incluye a sus apóstoles y les ordena perpetuarla (cf. Lc 22, 19).” (cf. CIC, 611). El propio Jesús expresa su voluntad de que la Eucaristía que instituye en este momento crucial de su vida sea “*memorial*” de la nueva alianza sellada con su entrega sacrificial en la Cruz cuando dice: “Haced esto en memoria mía” (cf. Lc 22,19).
- La Última Cena no es solo inseparable de la Cruz, lo es también de la resurrección. Cena, Cruz y Resurrección forman el único e indiviso misterio pascual. En todos los Evangelios sinópticos la profecía de Jesús de su muerte y resurrección forma parte de la cena.

³⁴ Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret II*, 148.

- Esto permite abordar la dimensión eclesial de la Eucaristía. En la tradición de la Iglesia es perfectamente claro que la Iglesia nace de la Eucaristía. De ella recibe su unidad y su misión. En este sentido, el papa Benedicto XVI, dice: “la Iglesia proviene de la Última Cena, pero precisamente por eso se deriva de la muerte y resurrección de Cristo, anticipadas por Él en el don de su cuerpo y su sangre”.³⁵

3.3- La muerte de Jesús en la Cruz

El hecho fundamental de la vida y del ministerio terreno de Jesús es su muerte. En Jesús no existe ruptura entre el anuncio del Reino y la aceptación del sacrificio. A esta relación entre su muerte y el Reino de Dios alude Jesús en la Última Cena, como parece desprenderse de la narración del evangelio de Marcos: “Yo os aseguro que ya no beberé del producto de la vid hasta el día en que lo beba de nuevo en el Reino de Dios” (Mc 14, 25).

Los relatos evangélicos revelan un itinerario sorprendente de Jesús hacia la pasión y la cruz. La fidelidad y obediencia a su misión del anuncio del Reino lo conducen hacia el Viernes Santo. Jesús le dice a sus discípulos: “Mirad que subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas; le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles, y se burlarán de él, le escupirán, le azotarán y le matarán, y a los tres días resucitará.” (Mc 10, 33-34).

Los Padres de la Iglesia amaban decir que la Encarnación apunta hacia la Pascua y el Catecismo exclama: “su Pasión redentora es la razón de ser de su Encarnación” (CIC 607), puntualizando así la encarnación como el presupuesto de la redención del hombre.

3.3.1- El hecho de la muerte

La muerte de Jesús es un acontecimiento histórico atestiguado por fuentes cristianas, judías y romanas. Sin embargo, a pesar de que los Evangelios le dedican una gran parte de su narrativa a la pasión y muerte de Jesús, y concuerdan en lo esencial del acontecimiento, toda esta historia queda en una cierta penumbra.

³⁵ Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, 165.

En la muerte de Jesús confluyen muchas causas próximas y remotas. Los Evangelios Sinópticos enumeran como causas de su condenación en el proceso judío la provocación en el templo y la pretensión de Jesús de ser Mesías-Hijo de Dios, bendito-Hijo del Hombre (Mc 14, 58-64). Juan, por su parte, subraya como causa decisiva de su acusación el que Jesús siendo un hombre se ha equiparado en autoridad con Dios (Jn 5, 18; 10, 33; 19, 7).³⁶

Los Evangelios hacen notar desde sus primeras páginas la novedad que Jesús trae. Su autoridad en sus palabras y en los signos que realiza es lo primero que llama la atención de los que le escuchan. También hacen notar que “desde los comienzos del ministerio público de Jesús, fariseos y partidarios de Herodes, junto con sacerdotes y escribas, se pusieron de acuerdo para perderle (cf. Mc 3, 6)” (CIC, 574).

Las acusaciones que se ponen en juego son fundamentalmente tres. Acusan a Jesús de:

- a) Oponerse a la obediencia e integridad de la Ley y las prescripciones escritas. El Catecismo relaciona *la misión de Jesús con su fidelidad a la Ley*. Él es el siervo de Dios que trae la verdadera justicia: “En Jesús la Ley ya no aparece grabada en tablas de piedra sino ‘en el fondo del corazón’ (Jr 31, 33) del Siervo” y por esto, se ha convertido en “la Alianza del pueblo” (Is 42, 6; CIC, 580).
Como se puede ver, la muerte de Jesús en la Cruz tiene explicación en su más profunda solidaridad con la Ley e Israel. Por tanto, la buena nueva del Evangelio no suprime la Ley, antes bien, “la Ley evangélica lleva a plenitud los mandamientos de la Ley” (CIC, 1968).
- b) Oponerse al carácter Central del Templo y de la ciudad de Jerusalén donde habita Dios. Por ello escandalizó tanto el evento de la purificación del Templo.
- c) Es acusado de Blasfemia, al actuar en nombre y lugar de Dios. Para ellos, Jesús blasfema porque es un hombre que pretende hacerse Dios (cf. CIC, 588, 589). Jesús con su actitud frente a los pecadores está confirmando exactamente que sólo Dios puede perdonar los pecados y Él tiene el poder de hacerlo porque sólo Él es el Hijo de Dios. El escandalo es aún mayor cuando *Jesús identificó su conducta misericordiosa hacia los pecadores con la actitud de Dios mismo con respecto a ellos*.

³⁶ Cf. Olegario González de Cardedal, *Cristología*, 104.

3.3.2- Una muerte de cruz³⁷

Jesús no sufrió la pena judía contra la blasfemia, que era la lapidación; al final Jesús fue condenado a muerte como pretendiente mesiánico político. De ahí la inscripción sobre la cruz con su delito de ser “Rey de los Judíos” (Mc 15,27).

Para los romanos, la crucifixión se reservaba para los esclavos e insurrectos, nunca para ciudadano romano. Estaba considerada como la pena más cruel y vergonzosa. Para los judíos, la pena de colgar de un leño o un palo, era el castigo adicional para idólatras o blasfemos de Dios luego de haber sido aplicada la pena de lapidación o decapitación. Con ello se presentaba públicamente al ejecutado como maldecido de Dios (Dt 21, 23b: ...el colgado de un árbol es una maldición de Yahveh...).

Este camino de cruz y crucifixión, entendidos como signos de abandono y maldición de Dios, crearon momentos de angustia en Jesús. Esto solo podía ser solucionado por el mismo Dios, al que Jesús se aferró en su agonía y al que se confió por entero como verdadero y justo Hijo de Dios.

3.3.3- Jesús ante su muerte

Muchas preguntas se han formulado sobre la muerte de Jesús. Desde su encuentro con los discípulos de Emaús, Jesús sitúa su pasión y muerte en el contexto del plan divino de salvación: “No era necesario que el Cristo padeciera eso para entrar así en su gloria?” (Lc 24, 26). San Pedro, ya en su primer discurso de Pentecostés, la ve prevista en el plan divino de salvación: “Fue entregado según el determinado designio y previo conocimiento de Dios” (Hch 2, 23) (cf. CIC, 599).

A la luz de los Evangelios Sinópticos, se puede sostener que Jesús en cierto momento de su ministerio, delante de las acusaciones, la ola de oposiciones ya consolidadas antes de la última Pascua, comenzó a considerar para sí una muerte violenta, no sólo como una posibilidad real sino un camino inevitable.

Jesús es consciente de esto cuando explica la parábola del dueño de la viña que envió su propio hijo para recibir el producto de ella: “Pero los labradores, al ver al hijo, se dijeron entre sí: ‘Este es el

³⁷ Hans Kessler. *Manual de Cristología*, Editorial Herder, Barcelona, 2003.

heredero. Vamos, matémosle y quedémonos con su herencia.” (Mt 21, 37-38). También, esta obediencia libre se hace evidente en la última Cena y en la oración en Getsemaní (cf. Mc 14, 17-42).

Admitir que Jesús fue libremente y de alguna manera consciente hacia su muerte, tiene fundamento teológico. Sugerir lo contrario, hace de Cristo una víctima totalmente pasiva e incluso involuntaria. Una muerte sufrida de modo puramente pasivo no sería un acontecimiento de salvación en Cristo.³⁸

Para Jesús, la probabilidad y la aceptación de la muerte no significa un acto completamente calculado y directamente provocado, algo así como un suicidio. La muerte violenta que preveía, la acepta no solo como una simple consecuencia de su misión, si así lo fuera, podría interpretarse como un fracaso. Pero no, para Jesús, su muerte es la culminación de su misión donde cada acción anunciaba, prometía y ofrecía la salvación. Por tanto, Jesús entendió su muerte no como un fracaso sino como el acto definitivo de amor y obediencia a su Padre y, de amor y entrega a los hombres.

3.4- La muerte de Jesús como evento salvífico

“El Misterio pascual de la Cruz y de la Resurrección de Cristo está en el centro de la Buena Nueva que los apóstoles, y la Iglesia a continuación de ellos, deben anunciar.” (CIC, 571).

Así introduce el Catecismo el artículo sobre la pasión y muerte de Jesús. Y completa esta afirmación recordando que los discípulos y la primera comunidad cristiana, a partir de la Resurrección, vieron que el designio salvador de Dios se ha cumplido de “una vez por todas” por la muerte redentora de su Hijo Jesucristo (cf. CIC, 571).

Esta última afirmación ha puesto a muchos ante la pregunta de si este valor salvífico que los discípulos vieron en la muerte de Cristo tiene algún fundamento en Jesús mismo antes de su muerte, es decir, si Jesús dio a su muerte algún valor salvífico. ¿Tuvo Jesús conciencia de esto?

La muerte de Jesús no fue un evento casual o repentino que le tomó por sorpresa, mucho menos fruto de un destino ciego. Jesús tiene perfecta conciencia de cómo será su muerte (cf. Mc 9, 30-32). Jesús ve su muerte, no como consecuencia dramática o natural de su misión, sino como parte de ella. Él quiso su muerte aceptándola, más que cortejándola deliberada y directamente.

³⁸ Cf. Comisión Teológica Internacional, *Cuestiones selectas de Cristología*, IV, B, 2.2.

Lo que estamos queriendo decir es que el valor salvífico de la muerte de Jesús se debe considerar en la totalidad de la vida y del ministerio de Jesús del cual la muerte es su punto de plenitud.

Destacamos aquí dos aspectos que dan al evento de la muerte de Jesús su valor salvífico:

a) Para Jesús *el deseo de aceptar el designio de amor redentor del Padre anima toda su vida*. El Hijo de Dios desde el primer instante de su Encarnación aceptó el designio divino de salvación en su misión redentora. De este modo, toda la vida de Jesús es evento redentor, porque toda su vida estuvo animada por el cumplimiento de la voluntad del Padre: “Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra” (Jn 4, 34).

Su sacrificio por los pecados del mundo entero (cf. 1 Jn 2, 2) pone de manifiesto la comunión de amor de Jesús con el Padre que como él mismo dice: “me ama porque doy mi vida” (Jn 10, 17) y revela su perfecta obediencia a la voluntad del Padre: “El mundo ha de saber que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado” (Jn 14, 31) (cf. CIC, 606).

b) *Jesús aceptó libremente en su corazón humano el amor redentor del Padre hacia los hombres*, amándolos, por su parte, hasta el extremo (cf. Jn 13, 1) porque “nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos” (Jn 15, 13). En efecto, aceptó libremente su pasión y su muerte por amor a su Padre y a los hombres que Él quiere salvar. Esta conciencia y libertad la hace manifiesta el propio Jesús: “Nadie me quita la vida; yo la doy voluntariamente” (Jn 10, 18) (cf. CIC, 609).

Para reflexionar:

- 1) Jesús invitó a Pedro y a los demás discípulos a tomar la cruz y seguirlo hasta Jerusalén. ¿Cómo ves tu cruz y cómo la estas cargando?
- 2) ¿Te ayuda en tu vida diaria personal y de pareja pensar en la cruz de Cristo y la invitación que nos hace?
- 3) ¿Qué significa para ustedes que “Jesús transformó su muerte en un acto de amor, de sacrificio por nuestros pecados y de glorificación de Dios”?
- 4) ¿Han tenido la oportunidad de experimentar alguna vivencia relacionada con esta afirmación?

Mesa 4

LA RESURRECCIÓN Y ASCENSIÓN DE JESUCRISTO

Los cristianos confesamos desde el principio del cristianismo que Jesús, el Crucificado, “al tercer día resucitó entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios Padre, Todopoderoso.” Esta proclamación tiene sus raíces profundas en el NT.

La convicción de que verdaderamente Dios ha resucitado a Jesús para nuestra salvación es el contenido y presupuesto de todo el NT, como lo es igualmente de todos los relatos históricos sobre Jesús, del anuncio de Pablo a los paganos, de las discusiones con los judíos, de la nueva lectura del AT, de la existencia de la Iglesia y de su misión en el mundo.

La resurrección de Cristo funda la identidad de la fe cristiana.

El objetivo de esta Mesa es profundizar en el conocimiento de este contenido central y fundante de nuestra fe cristiana: la Resurrección y Glorificación de Jesús junto al Padre. Esta mesa nos permitirá una vez más enfatizar el evento de la muerte de Cristo y su significado redentor.

4.1- La resurrección de Jesucristo³⁹

Con la muerte violenta y vergonzosa de Jesús en la cruz parecía que todo había acabado. También los discípulos de Jesús entendieron su muerte como el fin de sus esperanzas. Defraudados y resignados volvieron a sus familias y su profesión. El mensaje de Jesús sobre el reino de Dios que se había acercado parecía haber sido desmentido por su final.

Sin embargo, la cosa siguió adelante después del viernes santo, más aun, es entonces cuando propiamente empezó a marchar. Se volvió a congregarse el círculo de discípulos, se formó la comunidad y la iglesia, comenzó una misión universal. Este nuevo comienzo con su potente

³⁹ Walter Kasper, *Jesús El Cristo*, 4ª Edición, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1982.

dinámica histórica solo puede hacerse comprensible desde el punto de vista puramente histórico a base de una especie de “explosión inicial”.

El Nuevo Testamento no afirma la resurrección de Jesús como algo esperado por los discípulos, sino como una realidad consumada, operada por Dios, y revelada a determinados testigos. La resurrección de Jesús no es un hecho que se puede comprobar y demostrar históricamente, sino solo una realidad que la fe puede captar y experimentar.

“La Resurrección de Cristo no fue un retorno a la vida terrena como en el caso de las resurrecciones que Él había realizado antes de Pascua: la hija de Jairo, el joven de Naím, Lázaro. Estos hechos eran acontecimientos milagrosos, pero las personas afectadas por el milagro volvían a tener, por el poder de Jesús, una vida terrena ‘ordinaria’. En cierto momento, volverán a morir. La Resurrección de Cristo es esencialmente diferente. En su cuerpo resucitado, pasa del estado de muerte a otra vida más allá del tiempo y del espacio. En la Resurrección, el cuerpo de Jesús se llena del poder del Espíritu Santo; participa de la vida divina en el estado de su gloria, tanto que san Pablo puede decir de Cristo que es ‘el hombre celestial’ (cf. 1Co 15, 35-50).” (CIC, 646)

Según testimonio de todo el NT, los discípulos de Jesús anunciaron poco después de su muerte que Dios lo había resucitado, que el antes crucificado se había mostrado vivo y que los había enviado a ellos a anunciar este mensaje de la Buena Nueva a todo el mundo.

A diferencia de la tradición de la pasión de Jesús, donde los cuatro evangelistas a pesar de ciertas diferencias de detalle en general siguen un esquema relativamente similar, los relatos y testimonios pascuales se diferencian notablemente.

El testimonio bíblico se bifurca en dos direcciones diferentes: el Kerygma pascual y las historias pascuales. El Kerygma pascual a su vez se presenta en fórmulas de confesiones de fe y en forma litúrgica.

El Padre José Ramón Busto Saiz⁴⁰ presenta cómo deben ser entendidos estos testimonios bíblicos según la exégesis histórico-crítica hoy en día.

⁴⁰ José Ramón Busto Saiz, *Cristología para empezar*, 4ª edición, Editorial Sal Terrae.

4.1.1- Confesiones de Fe

Las confesiones de fe son frases breves que testimonian la resurrección de Jesús. Eran repetidas y enseñadas y servían para expresar el sentimiento y la convicción de la primitiva comunidad de que el Señor, tras la muerte, vive. Son los más primitivos testimonios literarios de la resurrección de Jesús.

Las más antiguas están en Romanos 10, 9 o en 1Corintios 15, 3-5. En la Primera Carta a los Corintios (15,5) se nos han transmitido por escrito uno de los primeros testimonios que conservamos de la resurrección de Jesús: “Porque os transmití en primer lugar lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, que fue sepultado y resucitó al tercer día según las Escrituras, que se apareció a Cefas y luego a los doce”. O bien la frase de Rom.10, 9: “Jesús es el Señor”. También la frase que encontramos en Lc 24,34: “El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón”.

4.1.2- Relatos sobre el sepulcro vacío

Los cuatro evangelios coinciden en relatar el hallazgo del sepulcro abierto y vacío la mañana del primer día de la semana, también coinciden en varios elementos, pero se separan en otros. Coinciden en que el sepulcro es hallado abierto y vacío por algunas mujeres. Coinciden en que ocurre en la madrugada del primer día de la semana después del sábado. La razón de visitar el sepulcro es completar los ritos funerarios; únicamente Mateo dice que “iban a ver el monumento”. Deben correr a anunciarlo a los discípulos.

En los sinópticos las mujeres son sujeto de una anunciación (hierofanía), lo que no ocurre en Juan. Juan concentra las mujeres únicamente en María Magdalena, aunque el plural usado por la propia Magdalena: “no sabemos dónde lo han puesto”, remite a un texto anterior donde las mujeres serían varias.

Sobre la base de esta tradición común se alza la interpretación de cada evangelista.

En Marcos, las mujeres reciben el mensaje de donde hay que buscar al Señor a partir de ahora. Marcos nos da a entender que Jesús no se encuentra ya entre los muertos. En Marcos el relato habrá que colocarlo en el contexto del mensaje que el evangelista quiere transmitir a la comunidad cristiana:

los cristianos solo llegaran a la resurrección recorriendo el camino de la cruz y entregando la vida como hizo el propio Jesús.

Mateo transforma el relato con elementos apocalípticos reconocidos en la tradición judía como son: el terremoto, el ángel que llega como un rayo, vestido blanco como la nieve, hace rodar la piedra del sepulcro y se sienta sobre ella. En Mateo, en torno al sepulcro empieza la polémica judeocristiana: ¿ha resucitado Jesús, el crucificado, o es que los discípulos han robado el cuerpo? El relato explica cómo los guardias quedan atónitos mientras las mujeres reciben el encargo de anunciar la resurrección del Señor.

En Lucas las mujeres primero constatan el sepulcro vacío, pero luego Pedro “oficialmente” lo confirma. Jesús ha desaparecido del sepulcro porque ha sido arrebatado: está vivo. Esto supone el cumplimiento de lo que Jesús había predicho. No hay anuncio ni misión de la ida a Galilea. En Lucas, Jesús se le aparece a los discípulos en Jerusalén.

En Juan, el episodio se centra en una de las mujeres que reconoce al Señor al escuchar su palabra: “María”. El relato acaba concentrándose en los papeles de Pedro y el discípulo amado: este representa a la comunidad Juanica y cree antes que Pedro.

Los recuerdos de los hechos sucedidos en la mañana del domingo han sido orientados e interpretados por los evangelistas de acuerdo con su visión del misterio cristiano. Sin embargo, el hecho de que el sepulcro apareciera abierto y vacío no prueba, por sí solo, la resurrección del Señor.

A este respecto Walter Kasper escribe: “Esta constatación de un núcleo histórico en los relatos sobre el sepulcro no tiene nada que ver con que sea prueba de la resurrección. Históricamente lo único que se puede llegar a probar es la probabilidad de que el sepulcro se encontró vacío: pero nada puede decirse, desde el punto de vista histórico, sobre cómo se vació el sepulcro. De por sí, el sepulcro vacío es un fenómeno ambiguo. Ya en el NT encontramos diversas explicaciones (Mt 28, 11-15; Jn 20, 15). Solo se hace claro por la predicación que tiene su base en las apariciones. El sepulcro vacío no constituye para la fe prueba alguna, pero sí un signo”⁴¹.

⁴¹ Walter Kasper, *Jesús El Cristo*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1976.

4.1.3- Relatos de apariciones

Los relatos de las apariciones son la forma que los primeros testigos de la resurrección del Señor tienen de contarnos su experiencia de encuentros con el resucitado. Y este encuentro directo con Dios no ha existido otro igual en la historia. Para transmitir su experiencia los primeros testigos acuden a la narración de las apariciones.

Todas las narraciones que tenemos en el Nuevo Testamento constan de cinco elementos estructurales. Poseen siempre la misma estructura:

- a) Una situación dada: están los apóstoles o las mujeres;
- b) Jesús les sale al encuentro inesperadamente;
- c) Jesús les saluda;
- d) hay un reconocimiento, a veces dudoso, pero el reconocimiento se da;
- e) reciben una misión: el Señor resucitado les encarga algo.

Estos cinco elementos se dan siempre y en todas las apariciones.

Existen narraciones dramatizadas más amplias. En ellas se dan también los mismos cinco elementos, pero esos elementos tienen añadidos una serie de detalles que nos dicen cómo los primitivos testigos han percibido y entendido la resurrección. Con frecuencia se nos testimonia el no reconocimiento del Señor en un primer momento.

María Magdalena no reconoce a Jesús. Los discípulos de Emaús no reconocen al Señor. Con ello se nos da a entender que, al no haber vuelto Jesús a esta nuestra vida, no es perceptible como un objeto o como una persona que vemos objetualmente frente a nosotros, sino que Jesús ha entrado en la vida de Dios y se puede estar al lado de Jesús sin caer en la cuenta de que es Él.

El Señor resucitado tiene que ser reconocido con los ojos de la fe. Se cree en el Señor resucitado, y Él se aparece al que cree. La comunidad va cayendo en la cuenta de que existen momentos en los que se hace presente el Señor resucitado y en los que se le puede reconocer. Y eso lo expresa también en los relatos.

El Señor se apareció a los discípulos de Emaús en el camino y lo reconocieron al partir el pan. En el evangelio de Juan, cuando María Magdalena no le reconoce y cree que es el hortelano, Jesús se da a

conocer al decirle: «María»; fue al oír su palabra cuando ella le reconoció. Según esto podemos indagar los lugares y formas en que el Señor va a estar presente en la Iglesia: al partir el pan, por medio de su palabra y mientras seguimos su camino iluminado a la luz de las Escrituras.

4.2- La Resurrección como fundamento de nuestra Fe

“Pablo dice en forma gráfica: “Si Cristo no ha resucitado, vacía es nuestra proclamación, y vacía también nuestra Fe”, porque “aun estáis en vuestros pecados” y “los que durmieron en Cristo están perdidos” (1Cor 15, 14-17).

Así, pues, Pablo afirma nada más y nada menos que la inconsistencia y vacío de nuestra Fe, si no tiene vigencia el principio de que Jesús ha sido resucitado de entre los muertos. La resurrección de Jesús crucificado es para él y para todo el NT el nervio y eje de la fe cristiana. Tampoco la Iglesia lo ha entendido de otro modo a lo largo de la historia, como lo demuestra sobre todo la liturgia”.⁴²

La Fe en la resurrección define el origen, el núcleo y el modelo de lo que significa ser cristiano. ¿Qué nos hace ser cristianos? En definitiva, que creemos que Dios resucitó a Jesús de la muerte a la vida para nuestra salvación.

Quien cree en la resurrección está convencido de que Dios actúa en el mundo, y que lo que ocurrió en la resurrección de Jesús fue el primer ejemplo, que esto todavía ocurre donde las personas viven verdaderamente unidas, formando comunidad, donde el espíritu suscita una visión progresiva sobre el sentido de la vida y donde un acto de servicio amoroso se convierte en un testimonio presente de Dios y de Jesucristo.⁴³

⁴² Hans Kessler, *Manual de Cristología*, Editorial Herder, 2003.

⁴³ Matthias Neuman, *Cristología: Verdadero Dios, verdadero hombre*, Loyola Press, 2005.

4.3- Contenido de la fe en la resurrección de Jesús⁴⁴

4.3.1- La resurrección como proeza de Dios

La resurrección de Jesús no significa un regreso a la vida anterior. “El Mesías, resucitado de la muerte, ya no vuelve a morir; la muerte no tiene poder sobre él... Viviendo vive para Dios” (Rom 6,9s). La resurrección no consiste en retornar a la vida antigua; antes bien, es el comienzo de la nueva creación (cf. 1Cor 15,42ss).

Por eso, cuando el NT habla de la resurrección de Jesús, con eso se está diciendo que con Jesús han comenzado los acontecimientos escatológicos. Jesús es el primero de los resucitados (cf. Hch 26,23: 1Cor 15,20s; Col 1,18).

La resurrección es la revelación y la realización del reinado de Dios anunciado por Jesús. En la resurrección de Jesús de entre los muertos ha demostrado Dios su fidelidad en el amor, identificándose definitivamente con Jesús y su causa. La fe en la resurrección de Jesús se basa en la posibilidad creadora y la fidelidad de Dios.

La fe pascual confía en que Dios tiene posibilidades que desbordan la realidad existente, que trascienden incluso la muerte, y se atreve a apostar en la vida y en la muerte por este Dios, “para quien todo es posible”. Una fe cristiana que no fuera fe en la resurrección sería una contradicción. No es un añadido a la fe de Dios y en Jesucristo; es recapitulación y esencia de esa fe.

4.3.2- La resurrección de Jesús como exaltación

La resurrección de Jesús constituye una acción divina que es única y no existe ninguna analogía, sin embargo esta acción de Dios se desarrolla en aquel que antes había sido crucificado y sepultado. La resurrección tiene en Jesús de Nazaret, el crucificado y sepultado, su término histórico que impide que se trate de un mero suceso de la fe. La continuidad y la identidad entre el Crucificado y el Resucitado se fundan exclusivamente en la fidelidad de Dios a la creación y a la alianza.

⁴⁴ Walter Kasper, *Jesús el Cristo*, Volumen 3, Sal Terrae, Santander, 2013.

En numerosos pasajes del NT se habla de exaltación en lugar de resurrección. Donde con mayor claridad se pone de manifiesto el vínculo de cruz, resurrección, exaltación y envío del Espíritu es en el Evangelio de Juan. En este evangelio, “exaltación” o mejor “elevación” es una expresión con doble significado, que se refiere tanto a la elevación en la cruz como a la elevación hacia el Padre (cf. Jn 3,14; 8,28; 12,32), la glorificación (cf. Jn 7,39; 12,16).

La exaltación a la derecha del Padre no significa el arrebatación a un imperio más allá de este mundo, sino al ser de Jesús junto a Dios, al ser en la dimensión de Dios, de su poder y su gloria. De este modo Jesús no está alejado del mundo sino es una nueva manera de estar a nuestro lado; Jesús está ahora junto a Dios como intercesor nuestro.

La corporeidad de la resurrección significa que Jesucristo, en la medida en que, por medio de la resurrección y la exaltación, ha entrado totalmente en la dimensión de Dios, está al mismo tiempo de un modo nuevo y divino por completo cerca del mundo, cerca de nosotros y con nosotros “hasta el final del mundo” (Mt 28, 20).

4.3.3- La resurrección de Jesús como acontecimiento de salvación

Para el Nuevo Testamento, la resurrección del Crucificado y su investidura de poder divino no es un suceso aislado, sino inicio y anticipación de la resurrección de los muertos. La resurrección de Jesús no se trata sólo de un suceso singular, sino de un suceso que abre el mundo al futuro.

La resurrección de Jesús no sólo significa la definitiva acogida de Jesús en su comunión y amor con Dios, sino también que ha sellado definitivamente la paz y la reconciliación con el mundo. En Jesús y a través de Jesús, el amor de Dios se ha volcado irrevocablemente sobre todos los seres humanos.

El amor y la fidelidad de Dios, que se revelaron en la cruz y la resurrección de Jesús, son la realidad escatológica por excelencia que determina el presente y a la que pertenece todo futuro. En la medida en que Jesucristo se relaciona con la persona, el ser humano se convierte en una nueva criatura. La mejor manera de describir este nuevo Ser en Cristo es haciendo uso del concepto de libertad cristiana.

La libertad cristiana se describe desde estos puntos:

- La libertad cristiana es en primer lugar libertad del pecado. Cuando realidades creadas por Dios se convierten en los ídolos y últimas metas, estas realidades esclavizan y el ser humano ya no se sirve de ellas sino que ahora el ser humano les sirve a ellas. Todos estos son modos erróneos de asegurarse la vida; en vez de en Dios, quien da vida a los muertos. Por eso, la libertad cristiana es, antes que nada, libertad del pecado.
- La libertad cristiana es, en segundo lugar, la libertad de la muerte. El precio del pecado es la muerte. De ahí que la muerte no sea un castigo cualquiera impuesto por Dios a causa del pecado, sino su consecuencia intrínseca (cf. Rom 8,13; Gal 6,8).

La nueva presencia salvífica de Jesús entre sus discípulos no sólo fundamenta la esperanza y la libertad, sino que también crea una nueva reunión de los discípulos en torno al Señor presente de un modo nuevo. Así, después de la Pascua se produce la congregación de la Iglesia como el pueblo de Dios de la nueva alianza.

La resurrección de Jesús muestra a los discípulos que la pasión, muerte y resurrección de crucificado y el Espíritu Santo, no es sólo un nuevo acto de Dios, sino el acto salvífico decisivo y definitivo, el nuevo éxodo y el nuevo día de la expiación. En suma, una nueva y definitiva visión del proyecto salvífico de Dios que tiene su centro en la Resurrección del Crucificado.

4.3.4- La resurrección como evento revelador⁴⁵

La resurrección pone de manifiesto la íntima relación entre la Revelación y Salvación que Jesús hace de “su Padre”, de sí mismo y del hombre.

Sobre Jesús, la resurrección revela:

- Que su sacrificio no es un castigo impuesto por Dios, sino una ofrenda agradable al Padre y confirma su identidad como Mesías.
- Su humanidad glorificada para siempre. Y en su humanidad toda su vida, su historia y su mensaje.
- El status divino y la dignidad de Jesús.
- Confirma el poder y la autoridad que de Él emergía cuando anunciaba el Reino de Dios.

⁴⁵ G. O'Collins, *Christology*.

Sobre Dios, la resurrección revela:

- La identidad del Dios de Jesucristo. La resurrección llevó a los discípulos a ver en el rostro del Cristo crucificado el rostro humano de Dios.
- Lo hace reconocer no sólo como el que llama a la vida, sino el que nos da la vida nueva. Ahora Dios es identificado no sólo como el que resucita a los muertos sino como el que resucitó a Jesús de la muerte.

Del hombre y del mundo, la resurrección revela, que Dios ha dado inicio a la nueva vida de los hombres y la transformación final de la historia. En síntesis, por lo que a nosotros y el mundo respecta, la resurrección significa la irrupción de la escatología en nuestra historia.

4.4- La Ascensión de Jesús⁴⁶

Todos los Evangelios se refieren a que las apariciones del Resucitado ocurrieron por un período de tiempo limitado. “La última aparición de Jesús termina con la entrada irreversible de su humanidad en la gloria divina simbolizada por la nube y por el cielo donde Él se sienta para siempre a la derecha de Dios. Sólo de manera completamente excepcional y única, se muestra a Pablo (1Co 15, 8) en una última aparición que constituye a éste en apóstol (cf. 1Co 9, 1; Ga 1, 16).” (CIC, 659)

El sentido de las apariciones es ante todo agrupar un círculo de discípulos que puedan testimoniar que Jesús no ha permanecido en el sepulcro, sino que está vivo. Su testimonio concreto se convierte esencialmente en una misión: anunciar al mundo que Jesús es el viviente, la vida misma. También forma parte del mensaje anunciar que Jesús vendrá de nuevo para juzgar a vivos y muertos, y para establecer definitivamente el Reino de Dios en el mundo.

En las últimas frases del Evangelio de Lucas dice: “Después los sacó hacia Betania y, levantando las manos, los bendijo. Y mientras los bendecía, se separó de ellos subiendo hacia el cielo. Ellos se volvieron a Jerusalén con gran alegría; y estaban siempre en el templo bendiciendo a Dios” (Lc 24,50-53).

⁴⁶ Joseph Ratzinger Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret, Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, Editorial Encuentro, 2011.

Lucas dice que estaban llenos de alegría cuando se esperaba lo contrario después que el Señor se había alejado de ellos definitivamente. Jesús se había separado y ellos habían recibido una tarea aparentemente irrealizable, que superaba sus fuerzas. Todo adiós deja tras de sí un dolor. ¿Cómo se puede entender todo esto?

Los discípulos no se sienten abandonados; no creen que Jesús se haya disipado en el cielo. Están seguros que el Resucitado está presente entre ellos de una manera nueva y poderosa. Ellos saben que “la derecha de Dios”, donde Él está ahora “enaltecido”, implica un nuevo modo de su presencia que ya no se puede perder, es el modo en que únicamente Dios puede sernos cercano.

El libro de Los Hechos de los Apóstoles inicia con el relato de la ascensión de Jesús. A la pregunta si ha llegado el momento de instaurar el reino de Israel, Jesús responde con una promesa y una encomienda. La promesa de que estarán llenos de la fuerza del Espíritu Santo; la encomienda consiste en que deberán ser sus testigos hasta los confines del mundo.

El texto continúa con la mención de la nube que lo envuelve y lo oculta a sus ojos. Nos recuerda la nube de la transfiguración (cf. Mt 17,5; Mc 9,7; Lc 9,34s). Nos hace pensar en la tienda sagrada del Señor en la Antigua Alianza, donde la nube es la presencia de JHWH (cf. Ex 40,34s), que también en forma de nube va delante de Israel en la peregrinación del desierto (cf. Ex 13,21).

La observación sobre la nube tiene un carácter claramente teológico. Presenta la desaparición de Jesús no como un viaje hacia las estrellas, sino como un entrar en el misterio de Dios.

El Jesús que se despide no va a alguna parte en el cosmos lejano. Él entra en la comunión de vida y poder con Dios. Por eso no se ha marchado, sino que, en virtud del mismo poder de Dios, ahora está siempre presente junto a nosotros.

Puesto que Jesús está junto al Padre, no está lejos, sino cerca de nosotros. Ahora ya no se encuentra en un solo lugar del mundo, como antes de la «ascensión»; con su poder que supera todo espacio, Él no está ahora en un solo sitio, sino que está presente al lado de todos, y todos lo pueden invocar en todo lugar y a lo largo de la historia.

El texto de la Ascensión continua con dos hombres vestidos de blanco y dirigen un mensaje: “Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo? El mismo Jesús que os ha dejado para subir al cielo, volverá como le habéis visto marcharse” (Hch 1,11).

Con eso queda confirmada la fe en el retorno de Jesús, pero al mismo tiempo se subraya una vez más que no es tarea de los discípulos quedarse mirando al cielo o conocer los tiempos y los momentos escondidos en el secreto de Dios. Ahora su tarea es llevar el testimonio de Cristo hasta los confines de la tierra.

“La ascensión de Jesucristo marca la entrada definitiva de la humanidad de Jesús en el dominio celeste de Dios de donde ha de volver (cf. Hch 1, 11), aunque mientras tanto lo esconde a los ojos de los hombres (cf. Col 3, 3)”. CIC 665.

Para reflexionar:

- 1) El encuentro con Jesús resucitado causó una “explosión” y un cambio en la vida de los apóstoles. ¿Qué cambio de vida ha causado la presencia del Señor en nuestro matrimonio?
- 2) ¿Reconocemos al Resucitado cada vez que recibimos el pan durante la Eucaristía y al escuchar su Palabra?
- 3) La Ascensión de Jesús dejó a sus discípulos la tarea de llevar su testimonio a todos los confines de la tierra. ¿Cómo estamos cumpliendo esa tarea de discípulos misioneros? ¿La estamos llevando a cabo con la misma alegría y felicidad con la que recibieron sus discípulos?

Mesa 5

EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS

“Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas. En estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo, por quien también hizo el universo” (Heb 1,1-2).

La presencia de Dios en el mundo ha sido una convicción cristiana desde los primeros tiempos, sin embargo, es igualmente clara la persuasión de que a partir del momento de la Encarnación del Hijo esta cercanía de Dios ha llegado al grado máximo e insuperable. Se trata de un acontecimiento único e irrepetible.

“La Iglesia llama ‘Encarnación’ al hecho de que el Hijo de Dios haya asumido una naturaleza humana para llevar a cabo por ella nuestra salvación” (CIC, 461).

La fe en la verdadera Encarnación del Hijo de Dios es la alegre convicción de la Iglesia desde sus comienzos. El misterio de la Encarnación lleva en sí dos aspectos teológicos que se corresponden mutuamente: el de la revelación, porque en la encarnación del Hijo y en toda su vida se revela el misterio del amor de Dios a los hombres de manera totalmente insospechada, y el segundo, el de nuestra salvación, porque con su presencia el Hijo nos ha revelado a Dios y nos ha traído su salvación.

Reafirmando esta convicción el Catecismo señala el misterio de la Encarnación como “el signo distintivo de la fe cristiana”, como dice san Juan en su primera carta: “Podréis conocer en esto el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo, venido en carne, es de Dios” (1Jn 4, 2) (CIC, 463).

Este misterio está presente en el NT y su formulación en la Iglesia se remonta al testimonio de fe allí proclamado. San Juan en el prólogo de su evangelio lo proclama con toda claridad: “Y la Palabra se hizo carne, – que estaba junto a Dios- y puso su Morada entre nosotros” (*Jn* 1,14), y añade afirmando que: Jesús ha venido a quitar el pecado del mundo (cf *Jn* 1, 29). La voluntad universal de

salvación de Dios y la mediación única de Cristo, que se ha dado a sí mismo en rescate por todos, se hallan explícitamente relacionadas en el NT.

Este misterio está igualmente presente en la narrativa de los llamados “evangelios de la infancia” de Mateo 1, 17-25 y Lucas 1, 26-38; 2, 1-20, donde se describe el nacimiento terreno de Jesús y su significado. Tanto Mateo como Lucas subrayan en el evento del nacimiento de Jesús la intervención de Dios Padre, por una parte, y del Espíritu Santo por otra.

Del lado humano de la historia, María es el personaje central según Lucas, que libremente con su “sí” abrió su seno para la encarnación del Hijo de Dios. Como se puede ver, la narración evangélica de la encarnación contempla no sólo a Dios como protagonista, que decide encarnarse y venir a participar de la historia humana, sino que contempla como condición de posibilidad la participación libre de la criatura humana representada por María.

Esta es la novedad que los evangelios quieren subrayar: la encarnación del Verbo es cooperación entre Dios y la humanidad, es el misterio de la nueva Alianza. La Alianza entre Dios y la humanidad, que en el AT se había realizado por medio de hombres: Abrahán, Moisés y los profetas, en su plenitud se realiza en María.

También san Pablo cita un himno con el cual la Iglesia de su tiempo canta el misterio de la Encarnación: “Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo: el cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando la condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz” (Flp 2, 5-8).

San Pablo considera la Encarnación como el misterio por excelencia que Dios ha revelado a sus santos y elegidos, para que finalmente puedan comprender el designio de la salvación y del amor de Dios en Cristo.

El “Credo” de la tradición viva de la Iglesia nos deja ver la relación íntima entre la venida del Hijo de Dios al mundo y la liberación del pecado, cuando confesamos que: “Por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajo del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen y se hizo hombre” (Credo Niceno-Constantinopolitano).

Por eso, el misterio de la Encarnación del Verbo tiene la fuerza de todos los secretos y figuras de la Escritura. Sólo el Verbo de Dios encarnado puede enseñarnos la ciencia de Dios.⁴⁷

5.1- El fin de la Encarnación

Dios actuó de una manera especial, y de hecho única, a través del envío de su Hijo. Se trata de un acontecimiento único e irrepetible. El Hijo de Dios tomó carne de la Virgen María, su madre humana. De este modo misterioso y maravilloso el Hijo de Dios al nacer como hombre del seno de María, Jesús de Nazaret es a la vez plenamente humano y plenamente divino.⁴⁸

Llegados a este punto surge necesariamente la pregunta: ¿Por qué el Hijo de Dios se ha hecho hombre? El Catecismo de la Iglesia Católica ante esta pregunta, responde resumiendo el fin de la Encarnación del Hijo de Dios en los siguientes cuatro aspectos. En definitiva, en cada uno de estos aspectos confluyen necesariamente la revelación del amor de Dios y la reconciliación del mundo con Dios. Por tanto, se puede observar que el destinatario primario es la criatura humana, a favor del hombre, por nuestra salvación (CIC, 456-460):

- “El Verbo se encarnó *para salvarnos reconciliándonos con Dios*”. “Dios nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados” (1 Jn 4, 10). Jesús ha venido a quitar el pecado del mundo (cf Jn 1, 29), en Él Dios ha reconciliado el mundo consigo (cf 2Cor 5,18-19). La venida del Hijo de Dios a este mundo es en sí misma un evento salvador. Él ha venido al mundo una sola vez para librarnos del pecado. Por esto, el sacrificio único de Cristo se ha de ver en relación inseparable con el acontecimiento único e irrepetible de la Encarnación.
- El Verbo se encarnó *para que nosotros conociésemos así el amor de Dios*. En la Encarnación del Hijo y en toda su vida se revela el misterio del amor de Dios a los hombres. “La prueba de que Dios nos ama es que siendo nosotros todavía pecadores, Cristo murió por nosotros” (Rom 5, 8). “Tanto amo Dios al mundo que le dio a su Hijo único” (Jn 3, 16). El amor de Cristo es demostración del amor del Padre, porque en Él, imagen de Dios invisible, vemos al Padre mismo que nos ha amado hasta el extremo. El Hijo revelándonos el rostro amoroso del Padre nos ha traído la salvación.

⁴⁷ Angelo Amato, *Jesús, El Señor*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2002.

⁴⁸ Gerald O. Collins, *La encarnación*, Editorial Sal Terrae, 2002.

- El Verbo se encarnó *para ser nuestro modelo de santidad*. Con su Encarnación el Hijo de Dios se revela como el modelo a seguir: “Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mi...” (Mt 11, 29), porque Él es “el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14, 6). Jesús es el modelo del mandamiento nuevo del amor y de la nueva Ley expresa en las bienaventuranzas. El Padre ordena a los discípulos “escuchar” a su Hijo (Mc 9, 7).
- El Verbo se encarnó *para hacernos “partícipes de la naturaleza divina”*. El NT, ante todo, afirma que Cristo es la imagen de Dios (2 Cor 4,4; Col 1, 15). Y por otra parte nos dice que el hombre está llamado a reproducir la imagen de Cristo, el hombre celeste (Rom 8, 29; 1 Cor 15, 49; 2 Cor 3, 18). San Atanasio decía: “Porque el Hijo de Dios se hizo hombre para hacernos Dios”. Esta es la razón de la Encarnación que el hombre al entrar en comunión con el Verbo se convierta en hijo de Dios. La perfección de la naturaleza humana que tiene lugar por el hecho de que el Hijo de Dios la ha asumido permite indicar que la perfección del hombre tiene lugar en la configuración con Cristo que Él mismo ha hecho posible al asumir nuestra condición en su Encarnación.

En síntesis, podemos destacar lo que sigue:

- La unicidad del sacrificio de Cristo se ha de ver en relación íntima con la unicidad de la encarnación.
- La Encarnación de Cristo y su sacrificio redentor en su íntima relación no significan solamente el perdón de los pecados sino sobre todo abundancia de su amor y de su gracia.
- El Hijo, imagen del Padre, con su Encarnación realiza la verdadera humanidad, el verdadero ícono del hombre, según el plan de Dios.
- Él es el primogénito de muchos hermanos (Rom 8,20). De ahí se sigue que el Hijo de Dios se ha hecho hombre sobre todo para llevar a la plenitud la creación.
- Desde antes de la creación, Dios pensaba en una humanidad redimida por Cristo, viviendo plenamente en la gloria del Reino de Dios.⁴⁹
- Por lo tanto, la afirmación del Credo de que el Verbo se ha encarnado “por nosotros y por nuestra salvación” hay que entenderla en este amplio contexto de creación-redención-plenitud.

⁴⁹ Angelo Amato, *Jesús, El Señor*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2002.

5.2- La preexistencia del Verbo

“En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios [...] Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada [...] Y la Palabra se hizo carne y puso su Morada entre nosotros” (Juan 1, 1,14), con esta afirmación abre san Juan su Evangelio.

Este texto del evangelio de san Juan y todo el NT aseguran que para ningún ser humano es indiferente que el Hijo de Dios se haya hecho hombre y haya entrado en la historia de los hombres. El Logos – la Palabra – es la luz que ilumina a todo hombre al venir a este mundo (cf Jn 1,9). A todos llega, aunque no siempre sepamos cómo, la luz que es el Verbo encarnado.

El Papa Benedicto XVI, entonces Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, ante las opiniones de los que sostienen que “no nos habría sido revelado y manifestado que el Hijo de Dios subsiste desde la eternidad en el misterio de Dios, distinto del Padre y del Espíritu Santo”, escribió: “El enunciado sobre la preexistencia del Verbo no es el resultado de un razonamiento especulativo, sino la simple formulación del misterio: Jesús es verdaderamente el Hijo Unigénito del Padre, amado desde siempre, y es la Palabra en la cual Dios mismo se auto comunica a los hombres”.⁵⁰

De esta manera podemos entender que la confesión de la preexistencia del Verbo es el presupuesto necesario para la fe en la Encarnación. Esto también significa que cuando Jesús fue concebido y nació, no apareció en escena una nueva persona. Cristo no tuvo su origen cuando nació. Él existe como Hijo eterno de Dios o como el Verbo eterno de Dios, como en el Credo de Nicea confesamos: “engendrado del Padre antes de todos los siglos”.

Por tanto, “Profesar la ‘consustancialidad’ y la ‘preexistencia eterna del Verbo’, equivale a reconocer a Jesucristo como aquel en el que se encuentra la ‘sustancia’, la ‘esencia’ de Dios mismo. Esto lleva consigo que la realidad y la intimidad profunda de Dios, se revela precisamente en Jesús, en cuanto Él es el Hijo del Padre”.⁵¹

Encontramos aquí los motivos centrales para la afirmación de la preexistencia: la divinidad del Verbo, su consustancialidad con el Padre, su función creadora y la Encarnación.

⁵⁰ Joseph Ratzinger, *Introducción a la declaración “Mysterium Filii Dei”*, en: *El Misterio del Hijo de Dios, Declaración y Comentarios*; Ed. Palabra, Madrid, 27.

⁵¹ Idem.

La creencia de la preexistencia del Verbo subraya con fuerza el amor divino a los seres humanos. Dios podía seguir enviando profetas, pero la presencia personal de su Hijo preexistente expresa de una manera totalmente insospechada el deseo divino de estar con nosotros, de compartir nuestros sufrimientos y redimirnos de nuestra condición pecadora. Efectivamente si Jesucristo no fuese Él mismo “eterno”, no podía tampoco introducirnos en la vida “eterna”, es decir, en la comunión definitiva con Dios; de igual manera, si Cristo no fuera semejante en todo a nosotros, menos en el pecado, no podía redimirnos del pecado.

La preexistencia del Hijo de Dios mantiene perfectamente unidas las doctrinas de la creación, de la encarnación y de la redención. El Hijo de Dios que participó en la obra de la creación del Padre es el mismo que, hecho hombre, llevó a cabo la Redención de la humanidad muriendo en la Cruz. Porque, sólo si la entrega de Cristo por la humanidad tiene sus orígenes en Dios, es decir, en el Hijo coeterno del Padre, su entrega adquiere realmente carácter salvífico.

Por último, reafirmemos lo anterior diciendo que lejos de ser un discurso intelectual la preexistencia eterna de Jesucristo en cuanto Verbo de Dios, constituye el presupuesto indispensable para la verdad del anuncio sobre la “Vida Eterna” y del mensaje salvífico de Jesús.

5.3- La persona de Jesucristo⁵²

El evento de la Encarnación plantea también el admirable misterio de la realidad divina y humana de la persona de Jesús de Nazaret. La reflexión teológica de los Padres de la Iglesia muestra que éste fue siempre un aspecto central en la fe la Iglesia.

El desarrollo del dogma de la fe de los primeros siglos de la Iglesia ha insistido en la perfección de la divinidad y de la humanidad de Cristo. Los motivos de la salvación del hombre que impulsaron el desarrollo del dogma de fe en Jesucristo, siempre en estrecha relación con el misterio trinitario de Dios, llevaron a afirmar la consustancialidad del Hijo con el Padre en el concilio de Nicea y su consustancialidad con nosotros en su humanidad en el concilio de Calcedonia.

En síntesis, para tener una idea fundamental, los Padres de la Iglesia desarrollaron uno y otro aspecto subrayando el doble nacimiento: del Padre en la eternidad como Hijo de Dios y de María en la historia en cuanto hombre.

⁵² Angelo Amato, *Jesús, El Señor*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2002.

En el Concilio de Calcedonia se tiene un pronunciamiento decisivo sobre el problema de la unión de la naturaleza divina y de la naturaleza humana en la única persona divina de Cristo. La Encarnación del Hijo de Dios no significa que Jesucristo sea en parte Dios y en parte hombre. Esta unión no supone una mezcla confusa entre lo divino y lo humano, ni una unión extrínseca de las mismas. Incluye la integridad de la naturaleza humana, la realidad de su naturaleza divina y una duplicidad de voluntades.

A la pregunta sobre “qué es Jesucristo”, se responde que es de dos naturalezas: humana y divina. Y a la pregunta “quién es Jesucristo”, se responde que es la persona divina del Hijo de Dios hecho verdadero hombre.

Fruto de la reflexión teológica y filosófica, el término persona tiene varios aspectos. El término persona se usa para expresar el misterio de la Trinidad de Dios (un solo Dios y tres divinas personas), el misterio del Hijo de Dios hecho hombre (una persona divina en dos naturalezas), y el misterio de todo ser humano, que es una persona humana.

En el texto de san Juan: “Yo y el Padre somos una misma cosa” (Jn 10,6), se puede apreciar que para distinguir la unicidad de la naturaleza en Dios –“somos una sola cosa”-, de la duplicidad de la relación –“Yo y el Padre”-, se usa el término “cosa = persona”.

Por eso el término persona se entiende como la “relación” que constituye al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo como personas singulares y al mismo tiempo les une la común participación en la naturaleza divina. El término persona en la Trinidad es el principio de distinción y en Cristo es el principio de unidad.

En la Mesa 6, se elaborará más en detalle la divinidad y humanidad en una persona en Jesucristo.

5.4- La conciencia de Jesucristo⁵³

Este tema nos introduce aún más en el misterio de la persona de Jesucristo y de la fe cristológica de la Iglesia. La existencia de la conciencia humana de Jesús es una nueva confirmación de la integridad y de la perfección de su naturaleza humana que tiene una voluntad propia y operaciones auténticamente humanas (Concilios de Constantinopla I, Calcedonia y Constantinopla III).

⁵³ Angelo Amato, *Jesús, El Señor*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2002.

Perfección que, lejos de alejarle de nuestra condición, le permite unirse más íntimamente a ella, porque, en obediencia a la voluntad del Padre, le permite llevar sobre sí los pecados de todos y así redimirnos de la esclavitud en que éstos nos habían colocado.

La conciencia que Jesús posee de su relación filial singular con “su Padre” es el fundamento y presupuesto de su misión. Pero también de su misión se puede inferir su conciencia. De las actitudes humanas, de las palabras y de las acciones del Jesús histórico es de donde se pueden sacar indicaciones útiles sobre la conciencia que tenía de sí mismo y de su misión. Jesús pide una respuesta a su pregunta: “Y vosotros, ¿Quién decís que soy yo?” (Mt 16,15).

La pregunta dirigida a los discípulos supone que de su convivencia con el Maestro han podido obtener elementos suficientes para dar una respuesta adecuada, incluso antes del acontecimiento pascual.

El Jesús histórico manifiesta sobre todo la conciencia que tenía de estar en una relación filial con Dios (Padre e Hijo). Jesús se dirigía a Dios como su Padre, de una manera única y auténtica equivalente a la conciencia de la realidad y verdad de esta afirmación. Pero Jesús no sólo ha llamado a Dios “Padre” o “mi Padre” en general, sino que, dirigiéndose a Él en la oración, lo invoca con la designación de *Abba*, indicando así que allí hay una relación absolutamente nueva (cf. Mc 14,36; Rom 8,15; Gal 4,6). Todos los Evangelios testimonian esto.

Jesús fue consciente de ser Hijo del Padre, de ser enviado del Padre, con un poder semejante al del Padre. Sus contemporáneos captaron la inaudita gravedad de esta afirmación. De hecho, por eso los judíos lo buscaban para matarlo: porque no sólo violaba el sábado, sino que llamaba a Dios su Padre, haciéndose igual a Dios (Jn 5,18). A través de su conciencia humana, Jesús manifiesta su relación única con Dios, su Padre.

En los relatos del NT también aparece que Jesús tiene una intención salvífica. La conciencia que Jesús posee de su relación filial singular con “su Padre” es el fundamento y presupuesto de su misión. Él es consciente de ser el salvador único y definitivo. Toda su vida es una misión. Jesús es consciente de haber venido y haber sido enviado para anunciar el reino de Dios (Lc 4,43; Mt 15,24), para llevar a cumplimiento la ley (Mt 5,27), para servir y dar su vida en rescate por muchos (Mc 10,45; 14,24), para buscar y salvar lo que estaba perdido (Lc 19,10).

Toda la vida de Cristo, desde su “entrada en el mundo” (Heb 10,5) hasta el don de su vida, es un único “sí” a la voluntad del Padre “por nosotros”, por nuestra salvación. Así lo ha predicado la Iglesia desde el comienzo (cf. Rom 5,8; 1Tes 5,10; 2Cor 5,15; 1Pe 2,21; 3,18).

La conciencia que Jesús tiene de su misión implica, por tanto, la conciencia de su “preexistencia”. Jesús es consciente y manifiesta el origen divino de su misión por parte del Padre: “de Dios he salido y vengo; no he venido por mí mismo, sino que él me ha enviado” (Jn 8, 42). Por decirlo de otra manera, la conciencia humana de su misión traduce en el lenguaje de una vida humana, su relación eterna al Padre.

La conciencia salvífica de Jesús queda también mostrada con su voluntad de fundar la Iglesia y de salvar a todos los hombres convocándolos en el pueblo de Dios.

Son dos por lo tanto los contenidos esenciales de la conciencia humana de Jesús: su autoconciencia «filial» en su relación con Dios como su Padre, y su conciencia «mesiánica» en relación con la salvación de la humanidad. Se trata de su única conciencia humana, cuyo contenido manifiesta su origen divino, en cuanto enviado del Padre para manifestar su palabra (Jn 3,34; 12, 42) y cumplir su voluntad salvífica (Jn 5,30; 6,38 ; 9,4).

5.5- La Libertad en Jesús.⁵⁴

A pesar de las tentaciones, la hostilidad de Satanás, la incomprensión, el abandono, la traición, crucifixión y muerte, Jesús ha permanecido santo, sin mancha, separado de los pecadores (Heb 7, 26).

Jesús es consciente de haber venido no para ser salvado, sino para salvar. De hecho es su perfecta santidad la fuente de la salvación. Jesús no cometió pecado, Él cargó con nuestros pecados en su cuerpo sobre la cruz para que vivamos para la justicia.

Existe una perfecta relación entre la santidad de Jesús y su misión salvífica. Cumpliendo la voluntad del Padre, Jesús ha venido para vencer el origen del pecado y para destruir las obras del diablo (1 Jn, 3, 5-8).

⁵⁴ Angelo Amato, *Jesús, El Señor*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2002.

La santidad de Jesús, la entrega total de su humanidad en la persona divina, se traducen en impecabilidad, que no es sólo la ausencia de pecado, sino la imposibilidad de pecar. Es la unión de la naturaleza humana y la naturaleza divina lo que hacen que el Hijo esté orientado hacia el bien. Por otra parte, las fuentes bíblicas atestiguan en Jesús una gran libertad y un dominio sobre sus acciones y sobre su destino.

A simple vista, parece difícil que exista una relación entre impecabilidad y libertad, pero para que sea más adecuada, la definición de libertad es la posibilidad de elegir y determinar la propia acción. Esta es la libertad de Dios. Esta es la libertad de Jesucristo de determinar la propia acción y la propia elección del bien.

La libertad de Jesucristo consiste en su determinación de obedecer la voluntad del Padre. Se puede concluir que en lugar de oponerse a la libertad, la impecabilidad de Cristo hace más perfecta esa libertad. Cristo tenía la más completa facultad de orientarse para la obediencia a la voluntad del Padre.

5.6- La Santidad de Jesucristo⁵⁵

“Santo” es un título aplicado a Jesús desde su concepción en el seno de la Virgen. En efecto, el ángel explica a María que “el que va a nacer es santo” (Lc 1,35). Jesús será conocido como “Santo de Dios” por los espíritus impuros (Mc 1,24; Lc 4,34). Como tal, será confesado también por Simón Pedro: “nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios” (Jn 6,68).

En el relato de la anunciación, “Santo” es el nombre de Jesús. Santo referido a Jesús no es un atributo, sino su nombre propio. La santidad de Jesús consiste en la total pertenencia de su naturaleza humana a la persona divina del verbo. Es la consagración radical de su humanidad por parte de Dios y en Dios. Jesús mismo se define como “el que el Padre ha consagrado y ha enviado al mundo” (Jn 10,36).

La santidad de Jesús se da en su concepción, pero recibe su crecimiento y su progresiva realización durante toda su vida terrena, “Jesús crecía en sabiduría, edad y gracia” (Lc 5,52), hasta la cumbre en el misterio pascual.

⁵⁵ Angelo Amato, *Jesús, El Señor*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2002.

Jesús ora al Padre: «por ellos yo me consagro a mí mismo, para que también ellos sean consagrados en la verdad» (Jn 17,18). La consagración incluye la entrega en su muerte. Esta es la dimensión sacrificial de la santidad de Jesús. Su crecimiento en santidad no significa ir de menos a más. Su desarrollo consiste en la correspondencia con los distintos momentos de su existencia terrena que encuentra su plenitud en la Pascua.

Para reflexionar:

- 1) Como parejas equipistas estamos llamados a caminar hacia la Santidad. Jesús es el modelo a seguir por los cristianos. Como matrimonio, ¿qué hacemos para asegurarnos que tenemos a Jesús como el Camino, la Verdad y la Vida? ¿Cómo ponemos en práctica la Escucha que el Padre nos pide para con el Hijo? ¿Y cómo está la escucha a nuestra pareja?

- 2) Dios entregó a la humanidad la libertad para tomar nuestras propias decisiones. ¿Cómo estamos utilizando esa libertad para obedecer la voluntad del Padre? Estamos llamados a no cometer pecados, ¿Esto nos hace sentir realmente libres?

Mesa 6

JESUCRISTO EN LA CONFESIÓN DE FE Y ENSEÑANZA DE LA IGLESIA

Luego de la Ascensión del Señor, los Apóstoles iniciaron la predicación del Evangelio según el mandato del Resucitado. Mediante la evangelización de los Apóstoles y sus sucesores el cristianismo creció y se expandió a muchas ciudades y pueblos remotos a lo largo del Imperio Romano. Pero las diferencias de interpretación del dato bíblico y particularmente sobre quién es Jesús en su identidad humano-divino y su misión salvífica, aparecieron también rápidamente.

Considerando este camino del desarrollo de la fe en la persona de Jesús en la Iglesia, el objetivo de esta Mesa es invitar a una aproximación sencilla al contenido de fe en la persona de Jesús definido y confesado por el Magisterio en los primeros Concilios de la Iglesia.

En cierta forma se trata del paso de la verdad de la revelación en las Sagradas Escrituras y en la Tradición de la Iglesia sobre Jesucristo a la verdad de fe del dogma cristológico de la Iglesia, en contenido de fe vinculante del creyente.

6.1- De los Apóstoles a los Padres de la Iglesia⁵⁶

En el Nuevo Testamento y en la Tradición de la Iglesia se explica que los Apóstoles escogían y elegían sus sucesores – los Obispos – para dirigir y transmitir la verdad de la fe Católica a las siguientes generaciones. Debido a su papel fundacional de comunicar con fidelidad la enseñanza de la fe de los Apóstoles, un grupo de pastores y escritores eclesiásticos cristianos, obispos en su mayoría, que van desde el siglo I hasta el siglo VIII, se les conoce como “Padres de la Iglesia”. Se distinguen ellos por su santidad de vida y su fidelidad a la fe de la Iglesia en la firme enseñanza y defensa de la verdad acerca de Jesucristo en ambientes culturales, filosóficos y religiosos nuevos.

En los primeros siglos de la Iglesia, en algunas de las primeras comunidades cristianas, empezaron a surgir ciertos problemas que finalmente afectarían enormemente la unidad y la comunión de fe de la Iglesia. Esto se presentó en el ámbito de las formas de culto, costumbres de vida, acentos

⁵⁶ John L. Greshman, *Jesús 101: God and Man*, First edition, Liguori Publications.

particulares de determinadas comunidades o grupos, pero principalmente, en lo que dice respecto a la persona y la misión redentora de Jesucristo⁵⁷.

Desde los primeros tiempos de la fe cristiana, la certeza de la salvación recibida de Dios en Jesucristo es el dato fundamental. Por tanto, sostener la verdad sobre Jesucristo tiene como finalidad afirmar la certeza de la salvación del hombre en Cristo. Sin embargo, como el propio Catecismo de la Iglesia Católica subraya, la Iglesia debió defender y aclarar la verdad de fe sobre Jesucristo como verdadero Dios y verdadero hombre durante los primeros siglos frente a unas herejías que la falseaban (cf. CIC, 464). Estas primeras herejías cristológicas negaron mucho más la verdadera humanidad de Jesucristo que su divinidad (cf. CIC, 465).

La mayoría de las herejías que presentamos a continuación surgieron durante el siglo II y antes del concilio de Nicea (d.C. 325).

Ebionismo: Esta herejía surgió en el siglo I-II en el ámbito de comunidades judeocristianas que vivían según la ley judía. Reconoce a Jesús como un simple hombre, hijo humano de José y María, sobre el que descendió el Espíritu Santo en el bautismo, dotado de virtudes proféticas y carismáticas extraordinarias, pero negaban su preexistencia y su filiación divina. El obispo San Ireneo de Lyon condenó esta herejía afirmando que Cristo es verdadero hombre y verdadero Dios. Él es verdadero Dios porque solo Dios puede salvar y restablecer la unión con los hombres. Y, verdadero hombre porque le corresponde al hombre reparar su propia falta. Así Cristo, por ser Dios, reparó la ofensa infinita cometida por el hombre contra Dios, y por ser hombre, redimió al hombre de su culpa.

Adopcionismo: Esta herejía del siglo II, afirmaba que el Dios único y unipersonal no tenía un hijo natural. Dios podía adoptar como hijo a cualquier criatura. Dice que Cristo es un simple hombre que Dios habría adoptado como hijo suyo, haciéndolo portador de una gracia divina excepcional en el bautismo del Jordán. Niega la encarnación del Verbo y la divinidad de Cristo. Aludiendo a esta herejía, el Catecismo de la Iglesia Católica asevera que “desde el siglo III, la Iglesia tuvo que afirmar frente a Pablo de Samosata, en un concilio reunido en Antioquía, que Jesucristo es hijo de Dios por naturaleza y no por adopción” (CIC, 465).

⁵⁷ Mathias Neuman. *Cristología: Verdadero Dios, verdadero hombre, Fundamentos de la fe católica*, Series Ministerio Pastoral, Loyola Press, 2005.

Gnosticismo: Esta filosofía tiene su raíz en la *gnosis*, palabra griega que significa “sabiduría”. Este movimiento religioso dualista – que exalta lo espiritual y rechaza lo material - consiguió considerable importancia en el siglo II. Estos grupos habiendo bebido de las doctrinas judías, cristianas y paganas concibieron la salvación como liberación del espíritu de la materia que representaba el mal para los gnósticos cristianos. De ahí que consideran a Jesucristo como un “principio” espiritual que existía entre Dios y el mundo, y rechazan la verdadera encarnación de Cristo y la salvación de la carne. Sostenían que Jesús no era realmente un ser humano y la mayoría de los cristianos gnósticos no creían que hubiera realmente muerto en la cruz. Para ellos, Jesús era una especie de revelador semi-divino que trajo el conocimiento oculto y verdadero sobre Dios, el mundo y los seres humanos.⁵⁸

Docetismo: Viene de la palabra griega *dokein* que significa “parecer”. Esta herejía se difundió en el siglo I. Entre sus principales promotores se tiene a Marcion, Valentino y Basilides que además eran gnósticos. De ahí que enseñaban que Jesús solamente “parecía” un ser humano y negaban su verdadera humanidad. Cristo tuvo un cuerpo solo aparente, celestial, angelical o de otra naturaleza. Así, negaban las acciones indignas de su divinidad, como por ejemplo, el sufrimiento.

Ante el Docetismo y el Gnosticismo la Iglesia ha enseñado que Cristo tomó de María un verdadero cuerpo humano como el nuestro y padeció de un modo realmente humano. A este respecto, el Catecismo enseña: “Desde la época apostólica la fe cristiana insistió en la verdadera encarnación del Hijo de Dios, ‘venido en la carne’” (cf. 1 Jn 4, 2-3; 2 Jn 7) (CIC, 465).

Frente a estos grupos y sus herejías, se tiene el grupo de los que permanecen fieles a la Tradición recibida de los apóstoles. Creían en una expresión de la fe única y universal, esto es, Católica. Esta expresión aparece en los primeros años de la Iglesia. Ellos se llamaron a sí mismos “*apostólicos*” o “*cristianos católicos*”. Las diferencias entre las diversas facciones cristianas, hicieron que los cristianos católicos establecieran una Tradición eclesial que se ocuparía de consolidar y transmitir esa fe apostólica.

Cuatro pilares formaron el soporte básico de la Tradición cristiana:

⁵⁸ Mathias Neuman. *Cristología: Verdadero Dios, verdadero hombre, Fundamentos de la fe católica*, Series Ministerio Pastoral, Loyola Press, 2005.

- a) Lograron un acuerdo sobre un *Canon* de los libros de las Sagradas Escrituras que se convirtió en el “Nuevo Testamento”.
- b) La formulación de un *Credo*, un resumen breve que enlista los aspectos fundamentales de la fe cristiana a las cuales se adhirieron las Iglesias cristiano-católicas.
- c) Los Sacramentos, como acciones sagradas y públicas, formaron un tercer pilar considerado como la liturgia y la oración pública de los cristianos católicos.
- d) Liderazgo estable, del Papa y el colegio de obispos.

Además del desarrollo de estos cuatro fundamentos, los pastores y los obispos se reunían en concilios para reflexionar sobre la Biblia, el Credo, el culto del pueblo y los nuevos aportes de los teólogos. En los siglos II y III estos encuentros tuvieron lugar a nivel regional, pero para el siglo IV y siguientes, ocurrieron ciertos hechos que provocaron la introducción de un sistema más amplio y novedoso denominado “concilio ecuménico”. Este concilio abarcaba a todos los obispos de la Iglesia Católica.

6.2- Jesús, verdadero Dios - Concilio de Nicea (325)

Desde que se redactaron los Símbolos de fe, la persona de Cristo ocupa el centro de la preocupación de la reflexión del dogma de la Iglesia.

A la pregunta por la identidad de la persona de Jesús, en cuestiones tales como: si Jesús es verdaderamente Hijo de Dios y verdaderamente hombre; como entender en Él la relación entre su divinidad y humanidad; estuvo siempre necesariamente unida la cuestión de su mediación salvífica, es decir, de cómo Cristo nos libera del pecado y nos da la comunión filial de la vida divina.

La certeza de la salvación recibida de Dios en Jesucristo es el dato fundamental del Nuevo Testamento y la gran convicción de los primeros tiempos de la fe cristiana. Por tanto, al estudiar los primeros concilios cristológicos se debe recordar este vínculo estrecho entre la cuestión sobre la identidad de Cristo y la completa solidaridad con nosotros, es decir, la manera como Cristo nos salva es un dato fundamental de la fe cristiana en torno al cual giran las definiciones de fe sobre Jesucristo.

Después de esta breve advertencia vamos a la historia del Concilio de Nicea (325).

Durante los años de la Tradición católica (150 al 300), previos al concilio de Nicea, algunos pensadores cristianos intentaron dar respuesta a la cuestión de la posibilidad de la salvación para todos los hombres en Cristo de una forma que fuera más comprensible a la cultura grecorromana, muy distinta del ambiente judío en el que había vivido Jesús.

Preocupados en dar una respuesta cristiana válida a las exigencias filosóficas y religiosas de su tiempo de los siglos II y III, principalmente dentro del pensamiento griego, algunos pensadores como Justino y otros apologistas, seguidos después por Orígenes, introdujeron la teología del “Logos”.

Al llamar a Jesús el “Logos de Dios”, se había encontrado una respuesta válida a la cuestión de la posibilidad de la salvación para todos los hombres, judíos y paganos. Además de mostrar la fe cristiana como la verdadera filosofía. Este aspecto era conforme con las aspiraciones de los intelectuales cristianos que querían mostrar una fe que quiere tener sentido ante la razón.

En relación con Jesucristo, la cuestión central a finales del siglo III y principio del IV, era como comprender el origen del Hijo en el marco de la Trinidad eterna. En este sentido la teología del “Logos” permitió, en ese momento, explicar mejor la naturaleza divino-humana de Cristo. Permitted también, expresar con mayor claridad que Cristo existía antes de todas las criaturas teniendo en cuenta el evangelio de Juan, según el cual el “Logos” – el Verbo – preexistente de Dios se había hecho carne. Permitted, además, destacar claramente que Cristo no era un nombre ni un ángel, sino el Hijo mismo de Dios, el que había redimido a la humanidad.⁵⁹

Sin embargo, esta cristología concebida a partir del “Logos” no estuvo exenta de ambigüedades y problemas. Desarrollada originalmente, como señalamos antes, para dar una respuesta a la cuestión de la salvación de todos los hombres, se vio dominada por una perspectiva cosmológica interesada en explicar la relación entre Dios y el mundo.

En consecuencia, la cristología sostenida sobre la imagen del “Logos” tiene que explicar el lugar y el papel del Hijo en la relación entre Dios y la creación de la nada. La cuestión central puede resumirse

⁵⁹ BASIL STUDER, *Dios Salvador, en los Padres de la Iglesia*. Trinidad – Cristología – Soteriología, Salamanca 1993, pag.145.

así: “había que decidir más bien si se quería incluir al Logos, mediante el cual han sido creadas todas las cosas, completamente en la esfera divina del Creador o bien en el mundo creado”.⁶⁰

Como resultado, algunos cristianos empezaron a sostener visiones conflictivas, algunos consideraban al Hijo eterno como el Padre. Otros juzgaban que el Hijo era inferior y creado por el Padre. Así, surgió, por el año 318, la controversia cristológica conocida como la “controversia arriana”. Arrio era un presbítero de Alejandría en Egipto. Arrio difundió su modo particular de entender la trascendencia y unicidad del Dios cristiano y la relación existente entre el Padre y el Hijo en la Trinidad.

Intentemos resumir los argumentos de la doctrina de Arrio:

- Está convencido, siguiendo el principio monoteísta, de la trascendencia absoluta y la unidad del Dios cristiano. Dios es el único Dios eterno, sin principio e increado. Por tanto, el Hijo al ser engendrado – creado (*para Arrio estos dos términos tiene el mismo sentido*) no puede ser igual a Dios-Padre y es imposible que pueda derivar de su ser. Sostiene que el Hijo es de una substancia distinta de la del Padre.
- Si Dios es eterno, sin principio e increado, el Hijo no existía antes de haber sido engendrado-creado. El Hijo tuvo principio, fue más bien creado, hecho de la nada como todas las criaturas. Pero, es la primera de las criaturas y creado antes del tiempo. En esto se apoya la superioridad del Hijo y que se le pueda llamar Dios. Las demás criaturas fueron creadas en el tiempo y a través del Logos. Arrio ignorando la distinción entre el origen eterno del Hijo del Padre y la creación en el tiempo de todas las cosas, puso el Hijo del lado de las criaturas, separando a Cristo-Palabra de Dios Padre.
- No niega la divinidad del Hijo, pero este es solamente un Dios que ocupa un segundo lugar o grado en el misterio de Dios. El verdadero y único Dios es el Padre. Al Hijo se le puede llamar Dios, pero es solo un nombre. En realidad, es Dios creado, inferior al Padre por naturaleza, por rango, por autoridad y por gloria.
- Está convencido también, considerando la encarnación y la vida de Jesús, que el Hijo que se hizo carne para ser modelo de filiación divina y de obediencia, está sometido al hambre, la sed, la fatiga, las humillaciones y los sufrimientos de la cruz, esto es, a

⁶⁰ BASIL STUDER, op. cit., pag. 151.

cambios que de antemano hacían que no se le pudiera considerar igual a Dios que es inmutable. El Hijo por naturaleza no es inmutable.

- El Hijo, intermediario de la creación, fue también intermediario de la redención. El Dios Padre, único y eterno, creó y redimió el mundo por medio del Logos como intermediario.⁶¹

La otra facción encabezada por Alejandro, obispo de Alejandría, sostenía la idea de la generación eterna del Hijo del Padre y que estaba al mismo nivel del Padre, por lo tanto, plenamente Dios.

Para dirimir esta división el Emperador Constantino convocó el Concilio de los obispos que se reunió en la ciudad de Nicea en 325. Se hacía necesaria la tarea de dar una respuesta clara a la cuestión de si el Logos estaba de parte de la creación o de la del Creador. En definitiva, la cuestión se refería simplemente a la verdadera divinidad de Cristo.

Los obispos en el concilio de Nicea escucharon las dos posiciones, debatieron el asunto, votaron abrumadoramente a favor de la posición del obispo Alejandro afirmando la divinidad de Cristo. La posición de Nicea fue contraria en esencia a las concepciones de Arrio.

En el Catecismo de la Iglesia Católica se encuentra el corazón de la profesión de Fe de Nicea, dice: “El primer Concilio Ecuménico de Nicea, en el año 325, confesó en su Credo que el Hijo de Dios es ‘engendrado, no creado, de la misma substancia [‘homoousios’] que el Padre’ y condenó a Arrio que afirmaba que ‘el Hijo de Dios salió de la nada’ y que sería ‘de una substancia distinta de la del Padre’” (CIC, 465).

Los Obispos reunidos en Nicea, apoyándose en fórmulas bautismales y en símbolos de fe ya existentes en tradiciones como Jerusalén, Antioquía, Cesárea, introdujeron las nuevas afirmaciones cristológicas y promulgaron la nueva fórmula del credo para los cristianos católicos.

El Credo Niceno tuvo su efecto en la Liturgia de la Iglesia y la vida de los fieles al afirmar que rezar a Cristo y adorar a Cristo es rezar y adorar al verdadero y único Dios: ... ***Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre...***

⁶¹ John L. Greishman, *Jesús 101: God and Man*, editorial Ligouri.

Los obispos en Nicea usaron como fórmula la palabra griega “homousios”. Esta palabra se compone de “homo” que significa “igual” o “de lo mismo”, y la palabra “ousia” que quiere decir “substancia” o “esencia” dando el significado que “es de la misma esencia”.

6.3- Jesús es totalmente Hombre - Concilio de Constantinopla I (381)

Después de algunas décadas y cuando aún se implementaba la firme declaración y definición de fe del Concilio de Nicea sobre la divinidad de Jesucristo, dos nuevas herejías irrumpieron en el ámbito teológico.

La primera promovida por Apolinar (315-392), obispo de Laodicea en Siria y conocida como “Apolinarismo”, apoyándose en la afirmación de Nicea sobre la Divinidad de Cristo, pone la cuestión sobre la verdadera humanidad de Jesucristo.

La segunda llamada “Macedoniana”, sostenida por Macedonio y sus discípulos, siguiendo a Nicea en la defensa de la consubstancialidad – de la misma naturaleza o esencia - del Hijo con el Padre, admitía una especie de subordinacionismo del Espíritu Santo. Lo reconocían superior a los ángeles pero no igual al Padre y al Hijo, porque no es de naturaleza divina sino creada. El Espíritu Santo no podía ser glorificado como lo son el Padre y el Hijo.

En el contexto de la discusión cristológica, algunos teólogos sostenían que Jesús tenía un cuerpo como el nuestro, pero no una mente humana capaz de decidir. Su finalidad era asegurar la impecabilidad de Jesús. Otros objetaban diciendo que era necesario que Jesús fuera un ser humano completo y real, con cuerpo, mente y alma como nosotros porque de otra manera no habiéramos sido salvados.⁶²

Los que aseguran en Jesús un verdadero cuerpo humano como el nuestro, pero sin una mente capaz de decidir, sostienen que el “Logos” divino ocuparía en Cristo el lugar del alma humana y, por esto, la naturaleza humana de Jesús no tendría alma propia. Apolinar es conocido como quien defendió esta teoría hasta las últimas consecuencias.

Apolinar afirma que el Logos Divino asumió una naturaleza humana, privada de su alma racional. Él lo ve de esta manera, la persona divina del Hijo tomó el lugar del alma racional en el cuerpo de

⁶² Mathias Neuman. *Cristología: Verdadero Dios, verdadero hombre, Fundamentos de la fe católica*, Series Ministerio Pastoral, Loyola Press, 2005.

Jesús. De manera que Cristo está compuesto por el Logos divino y por un cuerpo humano. Cristo emplea la humanidad, que consiste solo en su cuerpo, como un instrumento inerte. En conclusión, Apolinar afirmaba la unidad y santidad de Cristo, pero disminuía la integridad de su naturaleza humana. Cristo es un compuesto unitario cuyo único principio de decisión y de acción es el Logos divino, que domina completamente la naturaleza humana.⁶³

Para confirmar la verdadera fe de Nicea y para responder a las herejías post-nicenas, sobre todo al “Apolinarismo” sobre la humanidad de Cristo y la “Macedoniana”, el emperador Teodosio el Grande convocó en el año 381 en Constantinopla a un concilio solo para obispos orientales. Entre ellos eminentes teólogos como Gregorio de Nacianzo, Gregorio de Nisa y su hermano Basilio el Grande, conocidos como los padres Capadocios por venir de la región de la Capadocia, además, Cirilo de Jerusalén y Diodoro de Tarso.

El argumento central del Concilio de Constantinopla se fundamenta en la certeza de la salvación en Cristo, así, al negar en Cristo una verdadera y completa naturaleza humana, se niega también su mediación salvífica del hombre. Los obispos reunidos en Constantinopla reafirmaron el principio común entre los Padres y escritores eclesiásticos: “El Hijo ha venido a salvar al hombre entero; por eso asumió una humanidad completa; salvó lo que el mismo asumió; no salvó lo que no asumió”.⁶⁴

A partir de este Concilio Ecuménico la Iglesia confiesa el Credo Niceno-Constantinopolitano. Propiamente en el concilio de Constantinopla no se tuvo la intención de formular un nuevo símbolo de fe, sino de confirmar la definición dogmática de Nicea introduciendo las oportunas y necesarias precisiones de fe sobre la verdadera y total humanidad de Jesucristo y la Divinidad del Espíritu Santo ante las nuevas herejías.

Respondiendo a las cuestiones anteriores, el Concilio añade al Credo Niceno las siguientes afirmaciones ampliando la dimensión bíblica y teológica en la presentación del misterio de Cristo y del Espíritu Santo:

- “(engendrado) *nacido del Padre antes de todos los siglos*”;
- “(bajó) *del cielo*”;

⁶³ Angelo Amato, *Jesús el Señor*, Biblioteca de autores cristianos, Madrid, 2002.

⁶⁴ B. Sesboue, “*Cristología y Soteriología. Efeso y Calcedonia – siglos IV y V*”. In: B. Sesboue & J. Wolinski, *El Dios de la Salvación*, I, Historia de los Dogmas, Salamanca, 1995, 272.

- “*Por obra del Espíritu Santo (se encarnó) de María, la Virgen*”;
- “*Y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato*”;
- (al tercer día) *según las Escrituras*;
- “*y está sentado a la derecha del Padre*”;
- (y vendrá de nuevo) *con gloria*;
- “*y su reino no tendrá fin*”.

La tercera parte del Credo está totalmente dedicada al Espíritu Santo. Más allá de una afirmación contra la herejía “macedoniana” el Concilio lleva a cabo una definitiva definición de la consubstancialidad del Hijo con el Padre íntimamente ligada a la afirmación de la divinidad del Espíritu Santo. Esto constituye un dato fundamental de la teología trinitaria según el cual una persona de la Trinidad no puede ser entendido o definido sino en relación con las otras dos.

Sobre la enseñanza del Primer Concilio Ecuménico de Constantinopla, el Concilio Vaticano II enfatizó que Jesús al asumir nuestra humanidad dignificó la humanidad de cada persona humana. De igual manera el Catecismo de la Iglesia:

Puesto que en la unión misteriosa de la Encarnación "la naturaleza humana ha sido asumida, no absorbida" (GS 22,2), la Iglesia ha llegado a confesar con el correr de los siglos, la plena realidad del alma humana, con sus operaciones de inteligencia y de voluntad, y del cuerpo humano de Cristo. Pero paralelamente, ha tenido que recordar en cada ocasión que la naturaleza humana de Cristo pertenece propiamente a la persona divina del Hijo de Dios que la ha asumido...⁶⁵

6.4- Jesucristo, una persona: la del Hijo de Dios - Concilio de Éfeso (431)⁶⁶

Luego de que los dos primeros Concilios Ecuménicos de Nicea y de Constantinopla afirmaran como contenido cierto de la fe cristiana la verdadera divinidad y verdadera humanidad de Jesucristo, el debate que se origina pone la cuestión en el cómo se da la unión entre la divinidad y la humanidad en Cristo.

⁶⁵ Catecismo de la Iglesia Católica, 470.

⁶⁶ Angelo Amato, *Jesús el Señor*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2002.

El principio de que de unidad de éstas depende la mediación salvífica única de Cristo es doctrina ampliamente acogida dentro de la teología de los Padres de la Iglesia. Los obispos y teólogos de estos primeros siglos, a partir de la reflexión sobre la Encarnación, advertían que toda separación entre la humanidad y la divinidad en Cristo haría infranqueable el paso entre el hombre y Dios.

Cuestión semejante ya había aparecido en el pasado con la herejía del “Adopcionismo” y que la Iglesia había rechazado porque negaba la verdad de la Encarnación, esto es, que el Hijo de Dios se hizo verdaderamente hombre. El Adopcionismo sostenía que el hombre Jesús fue adoptado por el Hijo de Dios que vino sobre él en el bautismo. La divinidad del Hijo vino a habitar en el hombre Jesús, pero Él no compartió verdaderamente la condición humana. Por tanto, no admiten una auténtica unidad entre la divinidad y la humanidad en Cristo.

La cuestión del cómo se da en Cristo la unión entre su divinidad y su humanidad emerge una vez más a comienzos del siglo V en Oriente en la enseñanza de Nestorio, Patriarca de Constantinopla en 428. En Oriente se enfrentan dos escuelas cristológicas: la de Alejandría y la de Antioquía. Cada una de éstas tiene sus propios límites y su propio unilateralismo en lo que se refiere al misterio de Cristo. En este asunto, la de Antioquía tiene en Nestorio su principal representante y la de Alejandría a Cirilo (370-444), patriarca de Alejandría, como el gran oponente de Nestorio.

Nestorio inició la controversia con su predicación sobre la Virgen María. No aceptaba y rechazó la legitimidad de la expresión empleada por la mayor parte de los Padres de la Iglesia del siglo IV y ya muy querida por el pueblo cristiano de María “Madre de Dios” (*theotókos*) sustituyéndola por la de “Madre de Cristo” (*Christotókos*). Esto escandalizó al pueblo cristiano y produjo una gran agitación que se extendió rápidamente.

Nestorio considera que la expresión “Madre de Dios” no es apropiada porque María es solamente la madre del *hombre* Jesús. Por esto, sólo admite que se llame a María como la *Christotókos*, la que lleva al Cristo. Nestorio argumentaba que los padres de la Iglesia reunidos en Nicea solamente habían dicho que: “nuestro Señor Jesucristo se ha hecho carne por obra del Espíritu Santo y de la Virgen María” y también añadía que las escrituras hablan de María como Madre de Cristo pero no como Madre del Logos Dios.

Con este lenguaje, Nestorio da a entender en Cristo la existencia de dos sujetos distintos: (*lógos-anthropos*) el Logos y el hombre, que se encuentran estrechamente unidos por un vínculo de

habitación que pone en discusión la comunicación entre Dios y la humanidad. De este modo introduce una separación entre la naturaleza divina del Verbo y la naturaleza humana de Cristo, aunque afirme que ésta no es su intención. Esta posición de Nestorio también se refleja en su insistencia de que ciertos títulos y nombres corresponden al *hombre*, tales como Jesús, siervo e Hijo del Hombre, mientras que otros pertenecen exclusivamente a la divinidad del Hijo, tales como: el Hijo de Dios, Palabra y Señor.

El gran oponente a esta cristología era Cirilo obispo de Alejandría. Su formación teológica alejandrina le impedía aceptar la cristología divisiva de los antioqueños. Cirilo afirma la integridad de la naturaleza humana de Cristo, pero considerando al Logos divino como el centro de acción de Cristo. Para él, “en el Verbo encarnado, el hombre es el Verbo, pero el Verbo en cuanto unido a la carne”.

De esta perfecta unidad y comunicación entre la naturaleza humana y la naturaleza divina de Cristo resulta la posibilidad de poder atribuir a la persona divina del Verbo propiedades o características tanto humanas como divinas. Se puede decir, por ejemplo, que Dios ha padecido y ha muerto, aunque este sufrimiento y esa muerte propiamente sólo se dan en la humanidad.

Cirilo explica que en base a este concepto puede hablarse correctamente de María como Madre de Dios, no porque la naturaleza del Logos o su divinidad haya empezado a existir en la Virgen María, sino porque el santo cuerpo ha sido engendrado de ella y éste está unido en perfección al Logos.

El emperador de Oriente Teodosio II convocó un concilio en Éfeso para Pentecostés del año 431, con el objetivo de restaurar la paz y la tranquilidad de la Iglesia turbada por la controversia de Cirilo y Nestorio.

Bajo el liderazgo de Cirilo, los obispos reunidos en Éfeso condenaron a Nestorio. En forma similar a los otros concilios, la preocupación de los obispos estaba en la salvación. Nuestra salvación está enraizada en el misterio de la verdadera unidad de Dios y el hombre en la Encarnación. El Cuerpo y la Sangre de Cristo que nosotros recibimos en la Eucaristía, Cirilo argumenta que es divino porque el cuerpo humano es el cuerpo del Divino Hijo. Nosotros recibimos la salvación como un regalo de

la vida divina compartida con nuestra humanidad a través de la Encarnación de Hijo de Dios y entregada a nosotros en los sacramentos.⁶⁷

Nestorio habló de la encarnación como la unión de la divina Palabra y del cuerpo humano de Jesús, inevitablemente dividiendo a Cristo en dos personas: una persona humana junto a la persona divina del Hijo de Dios. En contraste, Cirilo insistió que en Cristo, la persona divina del Verbo ha unido la naturaleza humana completa que ha asumido. Esto significa que en Cristo no hay dos sujetos sino uno solo: la persona divina del Hijo de Dios.

En una síntesis extraordinaria el Catecismo de la Iglesia alude a la confesión formulada en el Concilio de Éfeso:

La herejía nestoriana veía en Cristo una persona humana junto a la persona divina del Hijo de Dios. Frente a ella san Cirilo de Alejandría y el tercer Concilio Ecuménico reunido en Éfeso, en el año 431, confesaron que "el Verbo, al unirse en su persona a una carne animada por un alma racional, se hizo hombre" (Concilio de Éfeso: DS, 250). La humanidad de Cristo no tiene más sujeto que la persona divina del Hijo de Dios que la ha asumido y hecho suya desde su concepción. Por eso el concilio de Éfeso proclamó en el año 431 que María llegó a ser con toda verdad Madre de Dios mediante la concepción humana del Hijo de Dios en su seno: "Madre de Dios, no porque el Verbo de Dios haya tomado de ella su naturaleza divina, sino porque es de ella, de quien tiene el cuerpo sagrado dotado de un alma racional [...] unido a la persona del Verbo, de quien se dice que el Verbo nació según la carne" (DS, 251).⁶⁸

6.5- Cristo, una persona en dos naturalezas - Concilio de Calcedonia (451)

En Nicea se reafirmó la verdadera divinidad de Jesucristo; en Constantinopla la integridad de su naturaleza humana y en Éfeso su perfecta unidad.

Pese al consenso logrado en Éfeso, la pregunta sobre el cómo se da la unión entre la divinidad y la humanidad en Cristo permaneció abierta. Los veinte años que van de Éfeso a Calcedonia, 451,

⁶⁷ John L. Greishman, *Jesús 101: God and Man*, Editorial Ligouri.

⁶⁸ Catecismo de la Iglesia Católica, 466.

sirvieron para precisar el lenguaje y para aclarar el contenido de la afirmación de la unión de las dos naturalezas en Cristo.

El monje Eutiques de Constantinopla argumentaba que existían dos naturalezas, una humana y una divina antes de la Encarnación, pero solamente una naturaleza luego de ésta. En la formulación de Eutiques, la naturaleza humana de Jesús se perdía en la naturaleza divina como una gota de agua en el mar. En su pensamiento lo divino absorbe lo humano. Como resultado, la carne de Cristo ya no es consubstancial a la nuestra.

Un nuevo Concilio fue inicialmente convocado en Nicea, pero trasladado a Calcedonia en el año 451 para responder principalmente la posición de Eutiques. En este Concilio se pretendía dar una respuesta nueva capaz de aclarar el problema de la unidad de Cristo en la totalidad de su condición humana y divina.

Un gran aporte en Calcedonia vino del Papa León I quien se oponía a Eutiques. El Papa León I afirmaba que el Verbo tiene doble naturaleza y es consubstancial al Padre y a nosotros. Señala claramente la comunión de estas dos naturalezas que se hace en la unidad concreta de una sola persona, de un solo y mismo sujeto, Cristo mediador.

El Papa León I presenta su preocupación cristológica con la mirada puesta en la salvación del hombre por medio de Jesucristo. Su argumento salvífico se basa en tres puntos inseparables: “la verdad de la divinidad de Cristo, la verdad de su humanidad y la verdad de su unión en la unidad de una misma persona”.⁶⁹

Sin duda la definición cristológica de Calcedonia es la más célebre de todas las definiciones dogmáticas. Esta fórmula es la “clave de bóveda”, es decir, “definitiva” de la expresión eclesial de la fe en Cristo.

Después de Calcedonia toda reflexión sobre Jesucristo tiene necesariamente que situarse respecto a ella. En su conjunto la fórmula de Calcedonia apela a la tradición de la fe que viene de la enseñanza de los profetas, del mismo Jesucristo y de los Símbolos de fe promulgados en Nicea, Constantinopla y Éfeso. La estructura de la fórmula está muy bien articulada.

⁶⁹ Sesboue, *El Dios de la Salvación*, Vol. I, 316.

Acompañando la confesión de fe de Calcedonia que trae el Catecismo nº 467, se puede apreciar cada una de sus partes:

- a) Empieza afirmando la unidad concreta de Cristo mencionando sus títulos: “Siguiendo, pues, a los Santos Padres, enseñamos unánimemente que hay que confesar a *un sólo y mismo Hijo y Señor* nuestro Jesucristo...”;
- b) La segunda parte afirma la distinción y analiza los dos aspectos: divino y humano del mismo Cristo:
 - “*perfecto* en la divinidad, y *perfecto* en la humanidad;
 - *verdaderamente* Dios y *verdaderamente* hombre compuesto de alma racional y cuerpo;
 - *consustancial con* el Padre según la divinidad, y *consustancial con* nosotros según la humanidad, ‘en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado’ (Hb 4,15);
 - *nacido* del Padre *antes de todos los siglos* según la *divinidad*; y por nosotros y por nuestra salvación, *nacido en los últimos tiempos* de la Virgen María, la Madre de Dios, según la *humanidad*.”
- c) Para terminar esta secuencia sobre la distinción de la naturaleza divina y la naturaleza humana del mismo Cristo, la fórmula vuelve a afirmar la unidad repitiendo los títulos escuchados al inicio: “Se ha de reconocer a un solo y mismo Cristo, *Señor, Hijo único*...”
- d) La fórmula calcedoniana ofrece aquí lo que es su gran aporte, el elemento nuevo de la definición. Los Padres conciliares se esforzaron por conciliar con nuevos conceptos la unidad y la distinción en Cristo. Es decir, que después de la unión de la naturaleza divina y la naturaleza humana en la Encarnación, “Cristo sigue siendo por una parte uno solo y el mismo, mientras que por otra parte es conocido ‘en dos naturalezas’: por consiguiente, hay que señalar en él dos naturalezas después de la unión”: “en dos naturalezas, *sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación*. La diferencia de naturalezas de ningún otro modo queda suprimida por su unión, sino que quedan a salvo las propiedades de cada una de las naturalezas...”
- e) Para concluir la fórmula vuelve a la afirmación de la unidad mediante el concepto de “persona” e “hipostasis” comprensible para los Latinos y los Griegos, afirmando así

la unidad de “persona” en Cristo: “y confluyen en un solo sujeto y en una sola persona”.⁷⁰

Reforcemos una vez más el movimiento que se da al interior de la fórmula de Calcedonia. Parte de la unidad en Jesucristo y desde ésta y sin perderla de vista, analiza y afirma la distinción para volver a ella, como se tiene en la fórmula resumida: “una persona o hipostasis en dos naturalezas”.⁷¹

Terminemos diciendo que el Concilio de Calcedonia afirma no sólo la perfección de la humanidad de Jesús en cuanto el Hijo ha asumido la humanidad completa, sino también en la completa solidaridad con nosotros con la excepción del pecado, es decir, que comparte nuestra condición para librarnos del pecado y comunicarnos la vida divina.

6.6- La voluntad humana de Cristo - Concilio de Constantinopla III (680-681)⁷²

El Concilio de Calcedonia confesó que Jesucristo es de la misma sustancia de Dios Padre en su naturaleza divina y de la misma sustancia con nosotros en su naturaleza humana. Las dos naturalezas unidas en una sola persona, la persona divina de Cristo, la del Hijo de Dios. Mediante cuatro negaciones el Concilio sostuvo la distinción de las dos naturalezas y su unidad en la persona de Cristo: *“en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación. La diferencia de naturalezas de ningún otro modo queda suprimida por su unión, sino que quedan a salvo las propiedades de cada una de las naturalezas...”*

La fórmula cristológica de Calcedonia estuvo lejos de alcanzar inmediatamente un consenso unánime. La historia es testigo de que la unidad de la Iglesia pagó los gastos de las luchas en favor o en contra de las “dos naturalezas”. Todavía hoy están por sanar algunas de estas rupturas, por ejemplo, con las iglesias llamadas Monofisitas, que mantienen que en Cristo existen las dos naturalezas, “sin separación” pero “confundidas”, de forma que la naturaleza humana se pierde, absorbida, en la divina.

En cuanto en Occidente se aceptó sin dificultad la definición de Calcedonia, en Oriente, en cambio, se originaron serias disputas y profundas divisiones. Sin embargo, la evolución posterior contribuirá

⁷⁰ Sesboué, op. cit., 322.

⁷¹ Sesboué, op. cit., 323.

⁷² Angelo Amato, *Jesús el Señor*, Biblioteca de autores cristianos, Madrid, 2002.

a precisar todavía más los contenidos y el alcance de la perfección de la humanidad de Cristo, que está libre de la mancha del pecado que afecta a toda la humanidad

El Concilio de Constantinopla III tuvo que enfrentar las cuestiones doctrinales levantadas sobre la actividad y la voluntad de Jesucristo. El relato de la agonía de Jesús en el huerto de los Olivos está en el centro del debate: “Padre mío, si es posible, que pase de mi esta copa, pero no sea como yo quiero, sino como quieres tú” (Mt 26,39). Este debate se refiere a un punto importante de la antropología de Jesucristo y sus consecuencias con el dato fundamental de la salvación de la humanidad.

El problema de la perfecta humanidad de Cristo viene levantado por la herejía conocida como “Monotelismo” que sostenía que Cristo tenía solamente una voluntad. El patriarca Sergio de Constantinopla, buscando fórmulas conciliadoras para atraer a la comunión las fracciones monofisitas, y considerando el caso de la agonía y la pasión, concluye que la voluntad humana de Cristo no habría podido menos de resistirse. De ahí, propone entonces la fórmula que afirma en Cristo “un solo queriente y una sola voluntad en dos naturalezas”.

En síntesis, su fórmula era que en Cristo se da una sola voluntad en su realidad humano-divina. El Papa Honorio en el 634, sin captar el fondo ni la trascendencia de la cuestión, comprometió su apoyo a las fórmulas de Sergio que en el Concilio de Constantinopla III serán reconocidas como heréticas.

La consecuencia de estas afirmaciones en la verdadera humanidad de Jesús es fundamentalmente la reducción de su humanidad a un papel meramente instrumental y exterior. La naturaleza humana de Jesús dejaría de ser un principio vital de acción y sería sólo un objeto movido. O sea, reduce el valor de la libertad y la obediencia humana de Jesús. De esto se desprende que la salvación realizada por Cristo no es ya el fruto de un acto verdaderamente humano.⁷³

La herejía monotelita fue condenada por el papa Juan IV en el año 641, mientras que san Máximo el Confesor (580-662), monje natural de Constantinopla pero instalado en Cartago, defendía en África la doctrina de las dos voluntades.

⁷³ Cf. Sesboue, op. cit., 341.

San Máximo el Confesor afirmaba: “Cristo, que es las dos naturalezas, posee lo que es propio de cada una: la voluntad y la operación divina, y la voluntad y la operación humana; no es una sola excluyendo a las dos, ni otra además de las dos lo cual daría tres operaciones y tres voluntades”.⁷⁴

Máximo el Confesor enfoca la aceptación de la pasión desde la voluntad humana de Cristo. En las palabras de Jesús “Padre, si quieres, aparta de mi esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lc 22,42), san Máximo no ve resistencia, miedo o desacuerdo, sino obediencia, ánimo y consenso perfecto.

Lo que el Padre quiere es que el Hijo beba el cáliz de la pasión para salvarnos. Esto lo quiere el Hijo con la misma y única voluntad divina común; además, lo quiere también con la voluntad humana que es solamente de él. Para san Máximo el Confesor la obra de la salvación no proviene solo de la voluntad divina de Cristo, sino también de la humana.

El concilio de Constantinopla III fue convocado por el Emperador Constantino VI, y duró desde el 7 de noviembre del año 680 hasta el 16 de septiembre del 681. Se desarrolló en 18 sesiones y estuvo dedicado a la condena del monotelismo y de sus seguidores, y a la elaboración de una fórmula de fe. Confirma la doctrina de fe de San Máximo Confesor que afirmaba que en Cristo hay dos naturalezas y por ende dos voluntades.

La existencia de las dos voluntades no significa en ningún momento oposición o desacuerdo. En Cristo, como lo dice el concilio de Calcedonia, la naturaleza divina y la naturaleza humana existen unidas en la única persona de Cristo “sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación”. De igual manera, Constantinopla III, usando los mismos términos negativos de Calcedonia, afirma que en Cristo al asumir nuestra naturaleza humana, alma y cuerpo, asume una voluntad humana y la une a su voluntad divina. Estas están unidas, pero no confundidas, son distintas, pero no separadas. La voluntad humana se ajusta libremente a la voluntad divina. El concilio resalta que en Jesús la voluntad humana está en perfecto acuerdo con la divina, ya que como hombre Jesús acepta y cumple la voluntad del Padre, que es también la suya en cuanto al Verbo.

Constantinopla III es ante todo una interpretación decisiva de Calcedonia, en la que se afirma la voluntad humana del Verbo encarnado y la consiguiente aceptación de la libre pasión redentora en

⁷⁴ Maximo Confesor, *Ad catholicos per Sicilian constitutos*: PG 91, col. 117D.

plena armonía con la voluntad divina. Subraya la importancia de la humanidad de Jesús. Todo ha sido cumplido en obediencia a la voluntad del Padre.

Si en Calcedonia se había afirmado la perfección de la humanidad del verbo, en Constantinopla III con la insistencia en la perfección de la humanidad de Cristo que incluye la voluntad humana, profundiza de manera nueva en lo que significa la ausencia de pecado en Cristo, es decir, que la voluntad del Hijo es idéntica con la del Padre y a la vez en su voluntad humana, distinta de la divina aunque en perfecta sumisión a ella en todo momento, Jesús es obediente al Padre. De esto modo Jesús se puede entregar plenamente al Padre por nosotros, por nuestra salvación.

Para reflexionar:

- 1) En esta Mesa hemos descubierto como dos naturalezas existen en una sola persona. En nuestro matrimonio, ¿cómo hacemos para que nuestra espiritualidad individual y nuestra espiritualidad conyugal coexistan?
- 2) ¿Somos dos personas caminando hacia la santidad?
- 3) ¿Cómo es nuestra actitud para asegurar que en este caminar vamos juntos y apoyándonos mutuamente?
- 4) Los dogmas de fe resultado de los Concilios han logrado transmitir la enseñanza de Jesús, pero también han causado polémica y discrepancia entre los cristianos. ¿Cuál es nuestra actitud frente a las personas que critican y atacan a la Iglesia Católica?
- 5) ¿Qué acciones tomamos para evangelizar a nuestro círculo más cercano?

MESA 7

JESÚS Y SU RELACIÓN CON...⁷⁵

El Nuevo Testamento nos muestra las diversas relaciones de Jesús. De niño con sus padres. De adulto con su madre, con su círculo de los Doce, con los que tiene una relación de confianza. Una amistad particular con los hermanos de Betania, especialmente con María. Otra relación muy próxima se hace visible con María Magdalena, quien se presenta en su tumba después de Su Resurrección.

También está la muchedumbre: un pueblo con dudas, con ansias de salvación y perdón. De él se destacan aquellos a los que Él socorre, como el sordomudo, el tullido, el ciego, el leproso agradecido, la mujer con flujo de sangre, los poseídos. Además están sus adversarios en abundancia, entre ellos el fariseo poco hospitalario, personas que le quieren poner en apuros, el discípulo que le traiciona...

Jesús ama a todos por igual, incluso ama a sus enemigos. Y ama hasta la muerte. Su amor no es un sentimiento pasajero sino de caridad, que encierra características ricas y valiosas.⁷⁶ Se dirige hacia los demás con un corazón abierto, sin aislarse o evadir el trato; va al encuentro de todos los que ama (Mt 11, 28):

- Cura, consuela, perdona, da de comer, procura hacer descansar a sus íntimos. Se compadece de quien está necesitado (Mt 9, 36).
- No discute con sus amigos; los corrige, pero no choca con disputas hirientes (Mt 20, 20-28).
- Se alegra con ellos en sus momentos felices (Lc 10, 21).
- Rechaza sus intenciones desviadas (Mt 16, 23).
- No desea nada de los hombres; no busca dar para recibir. Y cuando una vez busca consuelo en la agonía, no lo encuentra (Mt 26, 40).
- Se siente incomprendido por ellos, pero era parte de su cruz, pues aún no había venido el Espíritu Santo que les hiciera comprender todo (Jn 12, 24).

⁷⁵ Cf. P. Antonio Rivero, Jesucristo.

⁷⁶ Cf. Publicación del P. Antonio Rivero en Catholic.net.

- Los ama sobrenaturalmente, no por sus cualidades humanas (Jn 13, 14).
- Mantiene una distancia entre sus amigos y Él, pues su mundo está mucho más allá del de ellos (Jn 2, 25).

7.1- Jesús y los Apóstoles

Para cumplir su misión, Jesús quiso rodearse de un grupo de amigos, los necesitaba. Vive con ellos, come con ellos, les forma, les educa. **En lo humano**, entre Jesús y los apóstoles hay una hermosa corriente de compañerismo y fraternidad. **En lo divino**, ahí sí hay una distancia que marca el misterio de la divinidad. A estos discípulos les hace partícipes de sus secretos, de su amistad, de su misión.

Jesús en su paso por la tierra quiso formar una comunidad con la que comenzó su Reino, su Iglesia. Los eligió porque Él quiso. Ellos, para seguir a Jesús, dejaron todo, y se lanzaron a este mundo, confiados en ese Jefe y Maestro que les invita, viviendo bajo el aire y el sol y durmiendo donde les sorprendía la noche.

Los elige uno por uno, así como son, con sus cualidades y defectos. Cada uno es distinto, de distinto pueblo, condición social e ideología. Unos eran ricos, otros pobres. Algunos revolucionarios, otros colaboradores, otros oportunistas. Algunos solteros, otros casados. Unos más íntegros moralmente, otros no tanto... A todos ellos Jesús los llamo libremente, no porque hubieran hecho algo especial sino porque Él quiso, para formar un grupo elegido.

Jesús les enseña a abrir su corazón, les explica su mensaje profundo. Les revela quien es el Padre Celestial. Se convierte en su amigo íntimo, comparte con ellos la misma mesa y duerme a su lado. Se hace su compañero de tarea y misión. Los motiva a predicar de dos en dos, a anunciar ese Reino que Él vino a establecer aquí en la tierra y que tendrá su cumplimiento en el cielo. En esta tarea les promete su asistencia, pero no les evitará dificultades ni las espinas del camino. Lucharán, sufrirán, serán perseguidos (Mt 10,22). No les esconde la Cruz, al contrario les invita a llevarla todos los días.

Les encomendó la misión de:

- Estar con Él, vivir con Él, a tenerlo como amigo íntimo, hasta llegar a pensar como Él, sentir como Él, amar como Él.

- Predicar el Evangelio a todo el mundo para que todos los hombres lleguen a conocer a Jesucristo.
- Ser la luz del mundo, esa luz que ilumine todos los rincones de la sociedad.
- Ser sal de la tierra, la sal que de sabor a la vida.
- Echar los demonios del cuerpo y del alma.
- Curar a los enfermos de cuerpo y de alma.
- Enseñar a guardar todo lo que Él les ha mandado, ser fieles a Su mensaje.
- Bautizar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo para hacer a todos hijos de Dios.

7.2- Jesús y los pecadores

Si para alguien vino Jesucristo a la tierra es para los pecadores. Él odió el pecado pero buscó y amó con gran misericordia al pecador, porque vino a salvar lo que estaba perdido. Esa fue la misión encomendada por el Padre desde el momento de la Encarnación. Nadie mejor que Jesús ha comprendido la maldad del pecado como ofensa a la grandeza y al amor de Dios.

Jesús y pecado son dos palabras opuestas y contradictorias. El pecado es el reverso de la idea de Dios. Dios es la fuerza, el pecado es la debilidad. Dios es la unidad, el pecado es la dispersión. Dios es la alianza, el pecado es la ruptura. Dios es la profundidad, el pecado es la frivolidad. Dios es eterno, el pecado es lo provisional y fugitivo.

Y, sin embargo, el pecado es algo fundamental en la vida de Jesús. Probablemente no se hubiera hecho hombre de no ser por el pecado. La lucha contra el mal, contra lo que obstaculiza la llegada del Reino es lo que constituyó la tarea central de su vida terrena. Jesús no tuvo pecado, pero nadie como Él entendió la gravedad del pecado, porque al ser el Hijo del Padre podía medir lo que es una ofensa para Su amor.

Jesús hace una marcada distinción entre el pecado y el pecador. Con el pecado es exigente e intrascendente. Con el pecador es tierno y misericordioso. En todo pecador ve a un hijo de Dios que se ha descarriado. Sus palabras se ablandan, su tono de voz se suaviza, perdona incluso antes de que el pecador de signos evidentes de arrepentimiento.

Tiene una dedicación especial a los pecadores (Lc 4, 18-19; 7, 22-23; Mt 15, 24; 9, 35-36; Mc 2, 17) sean ricos, publicanos o pobres. Se preocupa de ellos con gestos muy especiales, como comer con ellos, ya que comer con alguien era signo de comunión mutua. Él come con ellos para acercarlos al banquete de Dios. Jesús ama primero al pecador y después le invita a la conversión.

Jesús aclara su postura hacia los pecadores con estas tres afirmaciones:

- Todos los hombres pecan, luego a todos se los debe acoger (Jn 8, 7)
- Él es la encarnación de la misericordia de Dios, y Dios es el Dios de todos (Mt 5, 45)
- Los pecadores necesitan ser acogidos para salvarlos (Lc 19, 10)

Pero la actitud de Jesús hacia los pecadores va más allá:

- Todos han de reconocerse pecadores para que Él pueda acercarse y traerles la salvación (Mt 9, 13)
- No tiene resentimiento contra los poderosos, discriminándoles, sino interés por los necesitados, por ello se entiende la tendencia a preocuparse más por ellos.
- Jesús se acerca al pecador pero no consiente la falta cometida. Reconoce que los pecados no deben aceptarse (Jn 8, 11) por eso siempre invita al pecador a la conversión.
- Jesús no prefiere a unos sobre otros, Él ha venido a buscar lo que estaba perdido. Su objetivo es el hombre para salvarlo, sea quien sea (Lc 7, 50).

El culmen de la postura de Jesús ante los pecadores es su muerte “...ésta es mi sangre de la nueva alianza, que es derramada por muchos para remisión de los pecados...” (Mt 26, 28)

7.3- Jesús y los enfermos

Al leer los Evangelios se descubre un mundo de dolor que rodea a Jesús. Él mismo se dijo Médico que vino a sanar a los que estaban enfermos. El amor de Jesús a los hombres es amor a los que

sufren y a los oprimidos. La Buena Nueva que vino a predicar alcanzaba en gran medida a los enfermos.

El dolor y el sufrimiento no son una maldición. El sufrimiento humano suscita compasión, respeto, pero también atemoriza. El sufrimiento es un misterio que el hombre no puede comprender a fondo con su inteligencia. Sólo a la luz de Cristo se ilumina este misterio. Desde que Cristo asumió el dolor en todas sus facetas, el sufrimiento tiene valor salvífico y redentor, si se ofrece con amor. Además, todo sufrimiento madura humanamente, expía los pecados y une al sacrificio redentor de Cristo.

Los judíos creían que la enfermedad era un pecado que se materializaba. Es decir, pensaban que era consecuencia de algún pecado cometido contra Dios. Por eso, curar las enfermedades era tarea casi exclusivamente de sacerdotes, a los que se recurría para que a base de ritos, exorcismos, oraciones y amuletos obliguen al maléfico a abandonar al cuerpo enfermo.

De todas las enfermedades la más frecuente y dramática era la lepra, que no solo afectaba al plano físico y corporal, sino también al psicológico y afectivo. El leproso se siente discriminado, apartado de la sociedad. Todos se mantenían lejos de los leprosos, e incluso les arrojaban piedras para mantenerlos a distancia.

Jesús tiene compasión de la persona enferma. La curación del cuerpo está unida a la salvación del alma. Jesús se identifica con la mentalidad de la comunidad cristiana que veía la enfermedad como consecuencia del pecado, por tanto su tarea de médico de los cuerpos es parte y símbolo de la función de redentor de las almas. La curación física es símbolo de una nueva vida interior.

Jesús ante los enfermos:

- Siente compasión. Jesús admite al enfermo, no lo discrimina. Alguien se le acerca y Él lo atiende, tiene corazón siempre abierto para cualquier enfermo (Lc 7, 13).
- Ve más hondo. Tras el dolor ve el pecado, el mal, la ausencia de Dios. La enfermedad y el dolor son consecuencia del pecado, por ello Jesús al curar a los enfermos quiere curar sobre todo la herida profunda del pecado. Sus curaciones traen al enfermo la cercanía de Dios, son la llegada del Reino de Dios al corazón del enfermo (Lc 4, 18).

- Le cura si es la voluntad de Su Padre, y si el enfermo se acerca con humildad, confianza y fe. Y al curarlo, desea el bien integral, físico y espiritual (Jn 6, 40).
- No se queda al margen del dolor. Él también quiso tomar sobre sí el dolor, tomó sobre sí todos nuestros dolores. A los que sufren, Él les da su ejemplo sufriendo con ellos (Mt 11, 28).

Así Jesús paseaba por las calles curando hombres, curando almas, sanando enfermedades y predicando al sanarlas. Y la gente le seguía, en parte porque creían en Él y en parte porque esperaban su sanación. Él pedía a cambio nada más que un cambio de vida...

7.4- Jesús y sus amigos

La amistad es una experiencia humana hermosa, enriquecedora, humanizante y digna de los mayores elogios. Es un valor entre los humanos y uno de los dones más altos de Dios. El mismo Dios se presenta como amigo de los hombres; un pacto de amistad sella con Abraham (Gn 18, 17), con Moisés (Ex 33, 11), con los profetas (Am 3, 7).

Por los Evangelios sabemos que Jesús dio a esa amistad de Dios un rostro de carne viniendo a ser amigo de los hombres. Pero tuvo, evidentemente, amigos especiales y vivió la experiencia gratificante de la amistad, por ser verdadero Hombre.

Jesús ama a todos los hombres y los considera amigos. Su amor por todos los hombres no es pasajero ni de expresiones externas; su amor es de caridad, entrega, apertura, desinterés y de alegría compartida.

Pero también es verdad que tuvo amigos especiales:

- Juan, el discípulo amado. En esta amistad descubrimos que Jesús compartió con alguien, de modo especial, sus experiencias interiores y reservadas. Es una amistad íntima. Manifestación de esta amistad íntima es el Evangelio que Juan escribió.

- Tres de sus apóstoles: Pedro, Santiago y Juan. En esta amistad descubrimos que Jesús busca compañía para compartir momentos especiales: felices como la transfiguración (Mt. 17, 1-13) o tristes como Getsemaní (Mt 26, 37). Esta es una amistad compartida.
- Los tres hermanos de Betania: Lázaro, Marta y María. Betania era uno de esos rincones donde Jesús descansaba y donde abría su corazón de amigo. Allí, Cristo tenía siempre la puerta abierta, tenía la llave de entrada; se sentía a gusto entre gente querida y que le estimaba. En ellos descubrimos la amistad de Jesús que corresponde con la misma medida que se le ofrece. Amistad agradecida.

Jesús tuvo amigos en todas las clases sociales y en todas las profesiones; desde personas de gran prestigio social, como Nicodemo o José de Arimatea, hasta mendigos, como Bartimeo. En la mayoría de las ciudades y aldeas encontraba personas que le querían y que se sentían correspondidas por el Maestro; amigos que no siempre el Evangelio menciona por sus nombres, pero cuya existencia se deja entrever.

En los Evangelios se menciona lo que se necesita para ser amigo de Jesús: *“Ustedes son mis amigos si hacen lo que yo les mando.”* (Jn 15, 14). Y lo que nos manda es a amarnos los unos a los otros como Él nos ama (Jn 13, 34), a orar y vigilar (Lc 21, 36), a ser mansos y humildes de corazón (Mt 11, 29), a cargar con su yugo (Mt 11, 29), a ser perfectos como su Padre celestial es perfecto (Mt 5, 48)... Si cumplimos con su mandato, seremos sus amigos.

Jesús no quiere amigos de conveniencia, que sólo están con Él hasta el partir del pan, pero que le dejan solo y huyen cuando se aproxima la sombra de la cruz (Mt 26, 50). Jesús no quiere amigos que se aprovechen de Él para conseguir los mejores puestos en el cielo (Mt 20, 20-28). Jesús quiere amigos humildes, pacíficos, de alma pura y libres de ataduras sensuales. Hay que amar a Jesús con un amor de entrega, de sacrificio, de fidelidad. Con un amor hecho obras. Sólo a éstos acercará Jesús a su divino corazón.

7.5- Jesús ante sus enemigos

Durante su vida terrena Jesús tuvo personas que no quisieron aceptar su misión salvadora. La postura que Él adoptó frente a ellas fue la de convertirlas y atraerles a su divino corazón, unas veces con palabras suaves, otras, exigentes; unas veces, prefirió el silencio respetuoso; otras, la frase sagaz e inteligente. No a todos pudo conquistar para su Padre, porque les respetó la libertad. Pero Él vino para salvar a todos. Jesús no consideró a nadie como su enemigo. A todos amó y por todos derramó su sangre preciosísima. Serán ellos, los que no le aceptaron, los que se consideraban como enemigos suyos.

En el campo religioso, lo consideraron un enemigo y un peligro la mayor parte de los escribas, fariseos y sumos sacerdotes (no todos) porque se arrogaba la autoridad de llevar a plenitud la ley, porque rechazaba ciertas interpretaciones que de ella hacían, porque desenmascaraba el legalismo y la hipocresía en sus relaciones con Dios y con los hombres.

San Mateo, en el capítulo 23 describe cómo las acusaciones de Cristo se dirigen no contra los fariseos en cuanto tales, herederos de los profetas ni contra su doctrina, realmente elevada, sino contra sus actitudes hipócritas y contra las formalidades externas a que habían reducido la religión.

En el campo civil, lo consideraron enemigo Herodes, porque creyó que el niño recién nacido ponía en peligro su reino; y Pilatos, desde el momento en que presentaron a Jesús como sedicioso y enemigo del César.

Frente a los escribas, fariseos y sumos sacerdotes, Jesús hostigó ciertamente su legalismo e hipocresía, desenmascaró su falsa religiosidad y dureza de corazón, puso en evidencia cómo deformaban la voluntad de Dios y cómo se dejaban llevar de la vanidad y amor por las riquezas, defendió su misión divina, etc. Ellos no soportaban que Jesús dijera: *“Yo soy la Verdad”*. Su rechazo de Jesucristo no fue por razones de honestidad. Lo rechazaron por ser precisamente Él, con su modo de vida singular, con su doctrina específica y nueva, con sus enseñanzas particulares nunca oídas antes. Por eso Jesús les dijo: *“Yo he venido en nombre de mi Padre y vosotros no me recibís”*. Pero acogió a quien humildemente se acercó a Él, como le sucedió a Nicodemo (Juan 3, 1-15) y alabó al escriba que respondió correctamente (Lc 10, 28).

La confianza de Cristo en su Padre era como una llamada de atención a su presunción. La verdad de Cristo dolía a su doblez. El desprendimiento de Cristo chocaba contra la avaricia farisea. La humildad de Jesús era una lección difícil a su soberbia y orgullo. Muchas cosas de Cristo les molestaba a los fariseos: su seguridad, su amor a los pobres y pecadores, su autoridad, su arrastre, su sencillez, su porte distinguido, su sonrisa serena, el brillo de sus ojos...

Frente a los jefes políticos, Jesús es respetuoso con ellos. Les hace ver cuál es su misión, recibida de Arriba. Les pone en su lugar: al César lo que es del César (Mc 12, 17). Intenta abrirles a la verdad de su mensaje. Incluso los excusa, como hizo a Pilato. No se rebaja a la curiosidad malsana de Herodes.

El único verdadero enemigo de Jesús es Satanás; contra él y contra sus planes sí lucha firmemente (Mc 1, 12-13) porque Jesús busca vencerlo (Lc 4, 1-13). La lucha contra Satanás es la lucha contra el mal y las tentaciones de este mundo.

En general, Jesús supo enfrentar a sus enemigos sin miedo. Sigue con su posición definida, aunque incómoda para ellos (Jn 11, 14-16), guiado por la meta que el Padre le encomendó, que es de índole sobrenatural (Mc 8, 33).

7.6- Jesús y los niños

Es bueno adentrarnos en los Evangelios para ver cómo se comportaba Jesús con los niños. Viviendo en una época que ponía la perfección en la ancianidad y despreciaba la infancia, Jesús era un apasionado de los niños, se atrevió a poner a los pequeños como modelos.

Jesús siente una gran predilección por los niños, y los pone como ejemplo de inocencia, sencillez y pureza de alma. Es más, Él mismo se identifica con ellos al decir que quien reciba a uno de estos pequeños a Él recibe. Para entrar en el cielo hay que hacerse como niño.

Su postura ante ellos fue:

- Jesús conoce a los niños. Sabe de sus juegos y sus gracias, habla de ellos con alegría, conoce la ilusión que tienen de correr, hacer sanas travesuras, gritar (Mt 11, 16).

- Jesús valora a los niños. Dice que de la boca de los niños sale alabanza que agrada a Dios (Mt 21, 16). Los pone como modelo de pureza e inocencia. Son ellos los que saben, los inteligentes, porque es a ellos a quienes Dios ha entregado su palabra y lo profundo de sus misterios (Mt 11, 25).
- Jesús les quiere. Da signos de caricias dirigidas a los niños (Mc 9, 35-36; Mt 18, 1-5).
- Jesús se preocupa por ellos. Reprende a quienes les miran con desprecio (Mt 18, 10); señala, sobre todo, los más duros castigos para quien escandalice a un niño (Mt 18, 6).
- Jesús los cura. Cura a esa niña de doce años (Mc 5, 39), a quien llama con dulzura Talítha, es decir, “niña mía”. Cura a la hija endemoniada de una mujer pagana (Mt 15, 21-28). Cura al hijo único de una viuda (Lc 7, 11-15). Cura al hijo de un oficial real (Jn 4, 46-54).

Los niños, por su parte, también quieren a Jesús. Corrían hacia Él. Los niños tienen un sexto sentido, y jamás correrían hacia alguien en quien no percibieran esa misteriosa electricidad que es el amor.

Por eso, Jesús se atreverá a pedir a todos el supremo disparate de permanecer fieles a su infancia, de seguir siendo niños, de volver a ser como niños (Mt 18, 2-5). La infancia que Jesús propone no es el infantilismo, que es sinónimo de inmadurez, egoísmo, capricho. Es, más bien, la reconquista de la inocencia, de la limpieza interior, de la mirada limpia de las cosas y de las personas, de esa sonrisa sincera y cristalina, de ese compartir generosamente mis cosas y mi tiempo.

7.7- Jesús y las mujeres

La mujer, en tiempos de Jesús, estaba obligada a las faenas domésticas, no podía salir de casa sino a lo necesario y convenientemente velada, no podía conversar a solas con ningún hombre so pena de ser considerada como indigna y hasta adúltera. La discriminación en caso de adulterio era radical. Esta humillación llegaba en algunos campos, sobre todo, en el campo religioso, a situaciones increíbles.

Jesús supo tratar a la mujer con gran respeto y dignidad, valorando toda la riqueza espiritual que ella trae consigo, en orden a la educación humana y moral de los hijos y a la formación de un hogar donde reine la comprensión, el cariño y la paz, y donde Dios sea el centro.

Para Jesús, las mujeres tenían las siguientes características:

- Trabajadora. Compara el Reino de Dios a una mujer que trabaja en la casa, que pone levadura en la masa y prepara el pan para la familia (Lc 13, 20-21).
- Cuidadosa, atenta y solícita. Como una mujer que barre la casa, busca por todas partes para encontrar esa moneda perdida, así es Dios Padre con nosotros, hasta encontrarnos (Lc 15, 8-10).
- Afectiva y comunicativa. La mujer se alegra al encontrar la moneda perdida y hace partícipe a sus vecinos de su gozo, así Dios Padre nos hace partícipes de su alegría, cuando recobra un hijo perdido (Lc 15, 8-10).
- Esposa previsor. Con el aceite de su amor y fe sale al encuentro del esposo, así debemos nosotros ser con Dios (Mt 25, 1-13).
- Insistente. La mujer es modelo de fe insistente, hasta conseguir lo que quiere (Lc 18, 1-8).
- Servicial y generosa. Marta y las buenas mujeres, que le seguían, sirven a Jesús con delicadeza y amor, poniendo sus bienes al servicio de Cristo (Lc 10, 38-42; Lc 8, 1-3).
- Feliz en el sacrificio. Como la madre al dar a luz a su hijo (Jn 16, 21).
- Humilde y oculta. Como la viuda que pone en la colecta del templo lo que tenía para vivir (Mc 12, 41-44; Lc 21, 1-4).
- De fina sensibilidad. Derrama el mejor perfume a Cristo (Jn 12, 3).
- Fiel en los momentos difíciles. Allí estaban las mujeres en el Calvario, cuando Jesús moría (Jn 19, 25).

A través de la condición femenina se percibe un especial reflejo del Espíritu de Dios y su virtud como fuerza de amor, como centro de comunión, como regazo de vida, como aliento de esperanza, como certeza de que la vida triunfa sobre la muerte, así como el espíritu prevalece sobre la materia.

La mujer forma parte esencial del Cuerpo Místico de Cristo en virtud de su feminidad, la cual refleja la naturaleza sponsal de dicho Cuerpo con respecto a su Cabeza, Cristo. La Iglesia es la esposa de

Cristo. Al querer retratar a la Iglesia debemos mirar a la mujer de donde sacaremos la fuente de ternura femenina para aplicarla analógicamente a la Iglesia de Cristo.

Para reflexionar:

- 1) Jesús escogió a sus apóstoles, un grupo de hombres humildes con sus virtudes y defectos y a ellos encomendó la misión de transmitir su vida, enseñanza y fe. A nosotros también nos ha escogido tal como somos. ¿Cómo estamos viviendo la misión que nos encomendó? Como cristianos, como esposos, como padres, como hermanos, como trabajadores?

- 2) Jesús nos pide permanecer fiel a nuestra infancia. No como un reflejo de inmadurez sino como inocencia, mirada limpia, sonrisa sincera ... ¿Estamos viviendo realmente con ese corazón de niños? ¿En que podemos mejorar para cumplir estas características?

MESA 8

MARÍA, MADRE DEL HIJO Y MADRE NUESTRA⁷⁷

Hasta ahora hemos hablado de Jesús. Pero este Jesús tuvo una madre como cada uno de nosotros. Y esta madre es María.

La Virgen María nació en Nazaret. Sus padres fueron según la tradición, San Joaquín y Santa Ana. María era de familia sacerdotal, descendiente de Aarón; ya que Isabel, madre de Juan y esposa del sacerdote Zacarías, era su prima (Lc. 1,5; 1,36). María y José eran de modestas condiciones económicas, pero ricos en santidad y virtud cumplidores de la Ley como lo prueba el Evangelio según San Lucas (Lc. 1, 22-24).⁷⁸

A María no es posible aislarla de Jesús; María ha de ser vista siempre en relación a Él. Todo lo que la Iglesia dice de María depende en último término de que ella es la madre de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Pero, al mismo tiempo, depende de la reflexión de la Iglesia. Por eso, la Virgen María debe ser comprendida desde Jesús y desde la vida de la Iglesia.

En la Sagrada Escritura están claramente expresadas las verdades más fundamentales que la Iglesia confiere a María: la de ser Madre de Jesús y la de ser, no obstante, Virgen; la de ser llena de gracia y discípula que sigue a su Hijo. Y, en cuanto tal, es parte de la Iglesia, como modelo y madre de ella.

Meditando un poco en el Evangelio se pueden sacar los rasgos y la fisonomía espiritual de María. Para comprender a esta mujer y madre se debe pensar en ella desde el corazón y con el corazón.

8.1- La inesperada noticia de la Anunciación (Lc 1, 26-28)

Dios habló a María. Y como María tenía un alma tan pura, tan limpia, tan cristalina, libre del pecado original por la gracia redentora de su Hijo que Dios le anticipa desde el primer instante de su concepción, inmediatamente percibió la luz de Dios, la voluntad de Dios en su vida.

⁷⁷ Cf. Padre Antonio Rivero. *Jesucristo - El más hermoso de los hijos de los hombres*. Credo Ediciones, 2013.

⁷⁸ <http://www.catolicosfirmesensufe.org/>.

María es bienaventurada sobre todo por haber escuchado la palabra de Dios y haberla guardado, y no tanto por ser la madre de Dios; así lo dijo Jesucristo, su Hijo, a aquella mujer que había lanzado el piropo a su madre (Lc 8, 21).

Escuchar la palabra de Dios es la actitud primordial de la fe de una creatura. La fe, por tanto, no es primeramente un acto del pensamiento personal, una creación de la inteligencia humana, sino la acogida en el corazón del pensamiento divino, y de un pensamiento expresado concretamente bajo forma de palabra.

Escuchar es abrirse a esta palabra y recibir todo el pensamiento y la hondura que ella manifiesta. Así hizo María: escuchó el plan de Dios expuesto por el ángel o por esa voz interior. No expuso primero su propio pensamiento ni su propia decisión. No escuchó otras sirenas que la invitaban a una vida más fácil y sin tantas complicaciones.

María creyó confiadamente a Dios y creyó en Dios. María tenía un plan: ser virgen toda su vida. Ese era su proyecto. Dios, por el contrario, tenía el suyo para María: ser la Madre de Dios. ¿Cómo conjugarlo? El punto de unión está en la fe de María. La fe de María unió esos dos polos que humanamente no podían unirse: virginidad y maternidad al mismo tiempo en ella.

Este paso es el del amor. Así como el escuchar es la actitud primordial de la fe, el amor es la condición para entregarnos a Dios sin regateos; porque no es verdad que el amor nazca siempre de la fe; lo más corriente es que la fe se aclare en un corazón que ya ama.

María no entiende del todo, pero prefiere abandonarse humilde y plenamente al misterio propuesto por Dios, porque Él no puede defraudarle ni mucho menos engañarla: *"Yo creo en Ti que eres la Verdad suprema derramada al mundo a través de las cinco llagas sangrantes de tu Hijo"*.

De esta manera, ella se convierte en territorio libre y disponible para que Dios haga Su obra maravillosa. Así como el Edén había sido el Paraíso de la creación, la Virgen sería el Paraíso, el nuevo Edén, de la Encarnación.

8.2- El gozo profundo en Belén (Lc 2, 1-7)

María fue verdadera Madre del Hijo de Dios. Una madre no engendra naturalezas sino personas. Por eso María engendró la verdadera persona divina del Hijo. Así lo definió el Concilio de Éfeso contra Nestorio que decía que María era sólo madre de Cristo hombre, es decir, de la naturaleza humana. Una madre da a luz una persona y no una naturaleza. Una naturaleza no se sostiene por sí misma y en sí misma.

El amor de María tiene el privilegio de ser a la vez maternal y virginal. La virginidad confería una incomparable hermosura al amor de María a su Hijo. Esta virginidad puso una nota de perpetua juventud en el amor maternal de María.

El corazón de la virgen es un manantial siempre fresco, incontaminado, lleno de ternura y de afecto sincero y limpio. El corazón de la virgen no es un corazón seco, frío, narcisista...sino todo lo contrario, está lleno de comprensión, de cariño, de bondad, de dulzura.

De ordinario el amor de una madre es posesivo. María, sin embargo, amó a su Hijo, se entregó a su Hijo sin buscar de Él las compensaciones que toda madre busca de ordinario. Se entregó a su Hijo sin esas imperfecciones propias temperamentales en que una madre manifiesta su enojo, su impaciencia o su demasiado celo posesivo. Era tal la armonía interior que reinaba en el alma de María que nunca Jesús se sintió contrariado, ni decepcionado por la conducta de su Madre.

El amor de María por Cristo fue puro y desinteresado. Ella nunca se aprovechó del puesto privilegiado de su Hijo, como quisieron hacer los discípulos que se disputaban los mejores puestos junto a ese Rey. Ella sabía que su Hijo estaba destinado a los hombres y no se lo guardó celosamente para Ella sola. Sí, se desvivía por Él, pero desinteresadamente, consciente de que si bien era su Hijo, no le pertenecía a Ella: "Sería el Salvador del pueblo".

Todo lo dicho hasta ahora: que su amor no es egoísta, ni posesivo, ni aprovechado...no quita que Ella le haya amado con un amor real, es decir, le haya dado todo a su Hijo: su fe, su confianza, su amor, su cuerpo. La misma herencia física de Jesús le venía de su Madre... Jesús tenía los rasgos físicos de María.

La gracia había elevado el amor maternal de María al nivel de la virtud de la caridad teologal, porque el término de su amor era directamente el mismo Dios en la Persona divina de su Hijo. Nosotros, por nuestra parte, tenemos que amar a Dios a través del prójimo, hasta el punto que el mismo Dios considera hecho a Él lo que hemos hecho por el prójimo.

Evidentemente, Dios otorga la caridad a todos los hombres que le abren libremente su alma, pero a María se la daba bajo la forma del amor maternal. Es decir, en María su amor maternal se identificaba con la caridad teologal. Las demás madres aman a Dios y a sus hijos con dos amores distintos. María ama a Dios y a su Hijo con un único e idéntico amor.

8.3- La ofrenda de María en el Templo (Lc 2, 22-39)

La tercera característica del alma de María es el desprendimiento. Después de meditar su fe y su amor, el desprendimiento es una admirable cualidad de la Madre de Jesucristo.

María y José estaban felices con su Hijo en Belén. Parecía que esa felicidad no se iba a acabar. Pero, no. Sobre esa alegría ya gravitaba una espada en el horizonte. Así fue. Un mes más tarde se pusieron en camino hacia Jerusalén para ofrecer a Dios ese Niño primogénito. Los primogénitos eran propiedad de Dios. En rigor los primogénitos hubieran debido dedicar su vida entera al servicio de Dios. Pero en la realidad eran los miembros de la tribu de Leví los que "cubrían" este servicio en representación de todos los primogénitos de todas las tribus. Para esto debían pagar un precio por este rescate.

María sabía que aunque rescataba a su Hijo con ese "par de tórtolas", sin embargo, su Hijo seguiría siendo total y absolutamente de Dios. Ella lo tendría en préstamo, pero sin ser nunca suyo. María se desprendió de ese su fruto querido. Desprenderse no es cosa fácil. Es muy duro.

Desprenderse no consiste propiamente en la separación material, efectiva de las cosas y de las creaturas. La esencia del desprendimiento está en la separación afectiva de todo cuanto se usa. Es esa "desafección espiritual" la que mantiene el corazón libre de todo apego. Por tanto, la esencia del desprendimiento está en el desapego de ese núcleo secreto que somos cada uno de nosotros, con nuestras ambiciones legítimas, con nuestras ilusiones santas, con nuestras preferencias.

Hasta ese momento todo había sido júbilo, aleluyas de ángeles, gozo de pastores. Un niño es siempre una alegría para una madre, para una familia, para un hogar. María como que hubiera querido retrasar su ida al templo pero se puso en camino. Llevó su mejor tesoro, su Hijo querido, su todo, el objeto de su alegría profunda... Lo lleva para ofrecerlo a Dios Padre y a los hombres. No es suyo, no es para ella, no es para su disfrute personal.

María lo lleva al templo, aunque su corazón sangraba. Todo desprendimiento es doloroso, es como arrancar la venda de una herida ya fuertemente adherida. Doloroso, como doloroso fue para Abraham desprenderse de su querido hijo Isaac.

El desprendimiento de María fue libre y motivado. María, conducida al templo por inspiración del Espíritu para cumplir lo que mandaba la ley, fue libremente, sin coacción alguna. Allí fue la Inmaculada, la no atenazada por las pasiones, ni por el egoísmo.

María en la presentación de su Hijo en el Templo lo entregó totalmente y se desapegó radicalmente por un motivo teológico: se lo daba al Padre Celestial de quien lo había recibido y lo ponía a disposición de todos los hombres, independientemente de que los hombres valorasen o no esa ofrenda tan costosa para su corazón maternal.

El anciano Simeón fue proféticamente cruel con María. ¿Por qué le anticipa lo que Ella sería en vida: la madre de una piedra de escándalo contra la que tropezarán muchos egoísmos, placeres, orgullos, soberbias, potentados, reyes? ¡Su Hijo, signo de contradicción! ¡Su Hijo, piedra de escándalo! ¿Por qué una espada? Era duro aceptar esto. Y esa espada de dolor fue poco a poco introduciéndose en el corazón de María. En el Calvario esa espada se clavó totalmente.

8.4- María, Maestra y Discípula de Nazaret (Lc 2, 51-52)

María, con la espada bien clavada en el corazón, sale del templo adolorida. Jamás hubiera pensado que fuera tan duro ser la madre de Dios. Tuvo que redimensionar mucho sus pensamientos. Ese santo orgullo que sintió en Belén por ser la madre de Dios, por tener entre sus manos al mismo Hijo de Dios, ahora ese mismo orgullo viene purificado por la espada de dolor.

Y ahora se dirige a Nazaret, con el niño en sus brazos. Pesaba un poco más, porque comenzó a llevar desde este momento la cruz de su Hijo y la cruz de su Hijo pesa mucho, porque está labrada con los

pecados de todos los hombres. Comienza María a ser corredentora y en la cruz, su Hijo le confirmará en esta vocación.

En Nazaret, María formó a su Hijo, lo educó. Nos podría parecer una herejía decir que una persona humana, por muy santa que sea, haya podido ejercer realmente influencia sobre Dios, haya podido darle educación, formación. Y sin embargo, es cierto: Cristo fue tan auténticamente educado por María como engendrado por ella. La divinidad de Jesús, lejos de obstaculizar la influencia materna de María, acentuó su fuerza. Jesús, se dejó, en su humildad y vaciamiento, formar y educar como el mejor de los niños. Quería ser incluso perfecto niño, es decir: indefenso, necesitado de la protección, cuidado y educación de sus padres.

María contribuyó en la formación del alma humana de Jesús, le enseñó a rezar. Enseñaría a su Hijo las oraciones tradicionales del judaísmo. Influyó también en la formación del corazón de su Hijo. María fue educando el corazón de Jesús en la humildad, para que estuviera volcado sólo a Dios, su Padre, y a los hombres, sus hermanos. Encaminó el corazón de su Hijo no a buscar honores ni ambiciones ni apetencias terrenas, sino a buscar la humildad: "*Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón*".

Educó el corazón de su Hijo en la caridad y amor a los demás. ¿Por qué Jesús sentía compasión de la multitud, por qué su sensibilidad registraba las palpitations del corazón de los hombres, por qué para todos tenía sentimientos de bondad, cariño, cercanía? María tuvo mucho que ver en esto.

María formó la fina sensibilidad y los nobles sentimientos de Jesús. ¿De dónde le vino a Cristo esa fina sensibilidad, abierta a la belleza de la naturaleza: a los lirios del campo, a los pajarillos del cielo...? De su Madre. Cuando iban de paseo, María le iría ponderando todas esas maravillas de la naturaleza. Se detendría y le haría valorar la belleza de la creación.

De Ella aprendió la gratitud. El "*Te doy gracias, Padre...*" ¿no es el eco del himno de gratitud que María siempre entonaba en su casa de Nazaret?

Y su voluntad y aguante. De Ella aprendió esa aceptación gozosa del plan de Dios, esa entereza ante el sacrificio: caminata, exilio, fuga a Egipto; la larga espera en Nazaret, ida del Hijo a su apostolado. De Ella aprendió el aguante ante la pobreza que reinaba en Nazaret; la tenacidad ante las contradicciones... ¿Cómo nos vienen a la mente los sufrimientos e injurias del patíbulo de la cruz,

sufridos y soportados con una entereza digna de un hijo, cuya madre fue atravesada por una espada de dolor! Esa espada atravesó a madre e hijo.

Por otra parte, ella misma, como la hermana de Marta, se sentaba a los pies de su Hijo, iba llenando su alma de jugo espiritual, ahondaba en el conocimiento de su Hijo, sin dejarse llevar de la monotonía de la vida. También la rutina quiso arañar a María. Pero Ella nunca se aferró a vivir con su Hijo. Más bien, se abrió al resplandor divino que su Hijo despedía. Por eso, daba vueltas a cuanto veía y oía de su Hijo. Su Hijo era para ella su Maestro.

8.5- El desgarramiento de María en el Calvario (Jn 19, 25-27)

El Papa Francisco en su exhortación apostólica “La Alegría del Evangelio” define a María en el Calvario como “el regalo de Jesús a su pueblo” (EG, 285), escribe: “En ese crucial instante, antes de dar por consumada la obra que el Padre le había encargado, Jesús le dijo a María: ‘Mujer, ahí tienes a tu hijo’. Luego le dijo al amigo amado: ‘Ahí tienes a tu madre’ (Jn 19, 26-27). Estas palabras de Jesús al borde la muerte no expresan primeramente una preocupación piadosa hacia su madre, sino que son más bien una fórmula de revelación que manifiesta el misterio de una especial misión salvífica. Jesús nos dejaba a su madre como madre nuestra” (...) “Al pie de la cruz, en la hora suprema de la nueva creación, Cristo nos lleva a María” (EG, 285).

María en Belén dio a luz a su Hijo entre gozo y alegría profundos; y en el Calvario dio luz, entre un dolor inmenso, a la humanidad entera. Allí fue la Madre del Redentor; aquí, la Madre de la Iglesia redimida. Allí el amor de María florecía; aquí, se purificaba, se aquilataba, maduraba y se dilataba para cobijar bajo su regazo a toda la humanidad doliente.

Así como la Anunciación unió a María con la Divinidad antes de la venida de su Hijo; ahora el Calvario une a María con la humanidad hasta la segunda venida de su propio Hijo. De esta manera se hizo corredentora junto a su Hijo Redentor.

Todos tenemos nuestro Calvario, personal, intransferible, fecundo, dado por Dios para ser corredentores con Cristo porque "*sin derramamiento de sangre, no hay redención*" (Heb 9,22).

Las últimas caricias en ese terrible día fueron las de María. Una vez bajado de la cruz y antes de ser colocado en el sepulcro, el cuerpo muerto del Hijo reposó en el regazo de su Madre. Ella

seguramente le cerró un poco más los ojos entreabiertos, le acarició las heridas, le alisó y ordenó la barba y trató de componer un poco la revuelta maraña de sus cabellos. Al fin se detuvo en una de las heridas: la del costado.

Bajó de pronto su cabeza y sus labios se posaron sobre su pecho. Estaba besando el corazón del Hijo. Se detuvo un momento para escuchar su latido. Inútil. El corazón se había parado. Volvió a besar aquel misterio, mientras repetía todo lo que Ella sabía, lo que había dicho siempre, lo que constituía la definición de su vida: “*Aquí está la esclava del Señor...*”. Porque Ella también sabía que aunque los labios y el corazón del Hijo estaban mudos, su Palabra seguía viva.

Cuando uno pierde un ser querido sufre la soledad. María vivió la soledad física: esa ausencia de compañía humana, porque murió su Hijo ¿Cómo y con qué podrá llenar ahora ese vacío que ha dejado la ausencia de su hijo? Vivió la soledad psicológica: de sentir o percibir que las personas que le rodeaban no estaban de acuerdo con ella y no le acompañan con su espíritu, que estaban distantes de su espíritu, no compartían su fe ni su amor. Vivió la soledad espiritual: esa soledad que experimenta el alma frente a Dios, cuando parece que Dios nos abandona y nos deja solos frente a nuestros problemas y angustias; la soledad de quien sabe que sólo él y nadie más que él debe responder libremente ante Dios. Vivió la soledad ascética: en el clima interior que consigue el alma, como fruto del esfuerzo personal de aislarse de las personas, acontecimientos, cosas, gracias al desprendimiento, recogimiento y el sacrificio.

Para concluir esta Mesa sobre María, cabe resaltar que, el Concilio Vaticano II advierte la necesidad de una auténtica espiritualidad mariana en la vida de todos los bautizados católicos: “*Recuerden los fieles que la verdadera devoción a la Madre de Dios no consiste ni en un estéril y transitorio sentimentalismo, ni en una vana credulidad, sino que procede de la fe verdadera, que nos lleva a reconocer la excelencia de la Madre de Dios y nos inclina a un amor filial hacia nuestra madre y a la imitación de sus virtudes*”⁷⁹. La imitación de sus virtudes es la verdadera piedra de toque de la devoción mariana porque de nada serviría visitar sus santuarios, rezarle rosarios, encenderle velas, hacerle promesas, llevarle flores, si no terminamos por parecernos a Ella.

Por su parte el Papa Francisco vuelve a recordar a María como “estrella de la evangelización” en este momento crucial de la historia de la humanidad, porque, de alguna manera, dice: “Hay un estilo

⁷⁹ Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, 67.

mariano en la actividad evangelizadora de la Iglesia. Porque cada vez que miramos a María volvemos a creer en lo revolucionario de la ternura y del cariño. En ella vemos que la humildad y la ternura no son virtudes de los débiles sino de los fuertes, que no necesitan maltratar a otros para sentirse importantes. Mirándola descubrimos que la misma que alababa a Dios porque “derribó de su trono a los poderosos” y “despidió vacíos a los ricos” (Lc 1,52.53) es la que pone calidez de hogar en nuestra búsqueda de justicia. Es también la que conserva cuidadosamente “todas las cosas meditándolas en su corazón” (Lc 2,19).

María sabe reconocer las huellas del Espíritu de Dios en los grandes acontecimientos y también en aquellos que parecen imperceptibles. Es contemplativa del misterio de Dios en el mundo, en la historia y en la vida cotidiana de cada uno y de todos. Es la mujer orante y trabajadora en Nazaret, y también es nuestra Señora de la prontitud, la que sale de su pueblo para auxiliar a los demás «sin demora» (Lc 1,39). Esta dinámica de justicia y ternura, de contemplar y caminar hacia los demás, es lo que hace de ella un modelo eclesial para la evangelización. Le rogamos que con su oración maternal nos ayude para que la Iglesia llegue a ser una casa para muchos, una madre para todos los pueblos, y haga posible el nacimiento de un mundo nuevo.” (EG, 288)

Para reflexionar:

- 1) María escuchó y aceptó el plan de Dios con humildad y sin cuestionamiento. ¿Estamos nosotros abiertos a escuchar lo que Dios pide de nosotros? ¿Estamos siempre dispuestos a aceptar Su voluntad? ¿Lo hemos cuestionado...? ¿Qué actitud podemos mejorar en este sentido?
- 2) María encaminó el corazón de su Hijo no a buscar honores ni ambiciones ni apetencias terrenas, sino a buscar la humildad... ¿Actuamos nosotros con la misma humildad, compasión, sensibilidad? ¿Está nuestro corazón siempre volcado a nuestra pareja? ¿Qué nos proponemos para seguir fielmente la enseñanza de María?

CONCLUSIÓN

CONOCER A JESUCRISTO Y SEGUIRLO

Como hemos visto, la estructura de nuestra fe cristiana está basada en la existencia de un evento: **Jesucristo**. Es en memoria de Jesús de Nazaret que se basa la vida cristiana.

Ésta fue el camino que pudimos recorrer en este curso/albergue de Cristología. Fue un camino de regreso a Jesús, que cubre algunos lugares, hechos y actividades fundamentales de su vida.

Volviendo a los caminos de Jesús, sin duda, podemos conocerlo mejor, y reflexionar cómo nuestras vidas deben ser desarrolladas con el fin de ser considerados discípulos misioneros de Jesús.

En esta breve conclusión, vamos a utilizar como base una reflexión hecha por el Padre Manuel Hurtado, sobre lo que significa "**Creer en Jesucristo hoy**":⁸⁰

1- Volver a Jesús

Pablo nos invita a aceptar una tarea fundamental: “Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos” (2 Tm 2,8). Por lo tanto, ¿podría haber vida cristiana sin recordar a Jesús? ¿Podríamos creer en Jesucristo sin hacer memoria cotidiana del hombre de Nazaret?

Esa memoria pasa por el recuerdo de un camino: el camino de Jesús junto a los que lo seguían antes de la Pascua. Si queremos volver a Jesús, debemos entrar en ese camino que siguieron Jesús y sus seguidores.

Nosotros, como comunidad cristiana, tenemos la responsabilidad de mantener viva la memoria de Jesucristo. Y esta memoria incluye también la vida de la Iglesia.

2- Creer en Jesucristo es creer al estilo de Jesús

Para poder poner en práctica esta afirmación debemos primero entender cómo creía Jesús. Jesús marcó un camino donde los actos de fe se tornan la realidad cotidiana, especialmente en los momentos de dificultad y de crisis. Precisamente en esos momentos la confianza en el Padre se

⁸⁰ HURTADO, Manuel. “*Creer em Jesus Cristo hoje*”. **Revista Vida Pastoral**, maio-junho de 2012, Ano 53, nº 284.

convierte en el apoyo necesario en el instante más difícil de su existencia: el momento de la pasión y la muerte. Creer al estilo de Jesús es creer desde lo más profundo de nuestro de nuestro ser.

Creer al estilo de Jesús es confiar en la guía del Padre en momentos de tentación, de sufrimiento y de pasión. Esa confianza en el Padre debe estar muy presente en los momentos prolongados de nuestra oración personal, expresando palabras de abandono y confianza: “Padre, en tus manos pongo mi espíritu” (Lc 23, 46).

3- Creer en Jesucristo es creer en el Dios de Jesús

Sabemos quién es Dios porque Jesús nos revela su identidad. Solo sabemos quién es Dios a partir de las obras y de las palabras de Jesús. Jesús es quien nos muestra cuál es el contenido y la comprensión de la divinidad. Contemplando a Jesús podemos conocer la verdadera imagen de Dios.

Jesús nos enseña que su Padre no desea ser servido, sino servir. En las bienaventuranzas descubrimos que Dios no desea ser temido y obedecido, sino reconocido en el dolor y el sufrimiento. Creer en Jesucristo es creer en el Dios de los hombres y para los hombres.

4- Creer en Jesucristo es seguir a Jesús

Sabemos que el seguimiento a Jesús dice bien lo que es la vida cristiana. Seguir a Jesús es vivir al estilo de Jesús. El Espíritu nos lleva a creer que Jesús es el Cristo, es el mismo Espíritu que nos hace decir que “Jesús es Señor” (1 Cor 12, 13). En adelante, será necesario reconocer al Resucitado en el camino (Lc 24, 13-35).

5- Creer en Jesucristo es llevar en nuestros cuerpos las marcas de Jesús

A la manera de Pablo, creer en Jesucristo implica llevar las marcas de Jesús en el propio cuerpo. Esas marcas de Jesús en nuestro cuerpo significan que llevamos el sello de Jesús. Ese sello es la garantía de que le pertenecemos totalmente. Se trata de la marca del Espíritu Santo que recibimos en el bautismo.

Pero ¿qué significa llevar las marcas de Jesucristo? Llevar las marcas de Jesús equivale a vivir al estilo de Jesús. Nuestras marcas aparecerán cuando luchemos por la justicia, cuando busquemos la fraternidad y la igualdad, cuando sacrifiquemos por los pequeños y empobrecidos, cuando los hambrientos y marginados ocupen un lugar central en nuestra vida.

6- Creer en Jesucristo es creer que él está vivo, que Jesús es el Viviente

La afirmación de que Jesús vive es algo fundamental para nuestra fe cristiana. No es posible creer en Jesucristo sin afirmar que él es el Viviente para siempre. Él es la razón de nuestra esperanza. El sentido de esta afirmación es que toda la inhumanidad del hombre serán superados en la Vida de Jesús.

Por el acontecimiento de la Resurrección, Jesucristo nos empuja a visualizar las inmensas posibilidades de nuestra humanidad y no a mirar solamente nuestras heridas. No podemos buscar al Viviente entre los muertos, entre los escombros de nuestra vida personal o comunitaria, al contrario debemos enfocarnos en nuestro camino privilegiado junto al que Vive con y en nosotros.

En conclusión, la fe en Jesucristo no se limita a la simple confesión doctrinal de su divinidad, ni tampoco se limita al conocimiento racional y exterior de su persona. Creer en Jesucristo hoy es una manera concreta de vivir como creyente, una manera concreta de seguir a Jesús. Es una forma de ser hombre o mujer al estilo de Jesús, según las exigencias del Evangelio de Jesucristo. Esa es nuestra fe elemental en Jesucristo hoy.

BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA Y CITADA

- Angelo Amato. *Jesús el Señor*. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2002.
- B. FORTE. *Gesù di Nazaret, storia di Dio, Dio della storia. Saggio di una cristologia come storia*. San Paolo Edizioni, 2007.
- Basil Studer. *Dios Salvador, en los Padres de la Iglesia. Trinidad – Cristología – Soteriología*. Salamanca, 1993.
- CATECISMO DE LA IGLESIA CATOLICA.
- CHAMPLIN, R. N. *Enciclopedia de Biblia, teología e filosofía*. Vol. 1, São Paulo: Editorial Hagnos, 2002.
- Constitución Dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia.
- *Cuestiones Selectas de Cristología* para su Estudio por Parte de la Comisión Teológica Internacional. Comunicado de Radio Vaticana, 3 de febrero de 1981.
- Gerald O. Collins, La Encarnación, Editorial Sal Terrae, 2002
- Gerald O'Collins. *Christology: A Biblical, Historical, and Systematic Study of Jesus*. Second Edition, Ebook, 2009.
- Gerhard Lohfink. *Jesus of Nazareth: What He Wanted, Who He Was*. Paperback, 2015.
- Gunther Borkman. *Jesús de Nazaret*. Ediciones Sígueme, Salamanca, 1975.
- Hans Kessler. *Manual de Cristología*. Barcelona: Editorial Herder, 2003.
- HURTADO, Manuel. “Creer en Jesucristo hoy”. Revista Vida Pastoral, mayo-junio del 2012, Año 53, N° 284
- John L. Greshman. *Jesús 101: God and Man*. First edition, Liguori Publications.
- José Ramón Busto Saiz. *Cristología para empezar*. 4ª edición, Editorial Sal Terrae, Santander, 1995.
- Joseph Ratzinger Benedicto XVI. *Jesús de Nazaret I: Del Bautismo en el Jordán a la transfiguración*. Editorial Planeta, 2011.
- Joseph Ratzinger Benedicto XVI. *Jesús de Nazaret: Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. Editorial Encuentro, 2011.
- Joseph Ratzinger Benedicto XVI. *Jesús de Nazaret: La infancia de Jesús*. Editorial Encuentro, 2013.

- Matthias Neuman. *Cristología: Verdadero Dios, verdadero hombre*. Loyola Press, 2005.
- Olegario González de Cardedal. *Cristología*. Editorial: Biblioteca de Autores Cristianos, 2001.
- Padre Antonio Rivero. *Jesucristo - El más hermoso de los hijos de los hombres*. Credo Ediciones, 2013.
- Walter Kasper. *Jesús, El Cristo*. 4ª Edición, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1982.